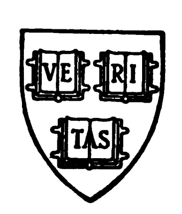



VE RI
TAS



HISTORIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS



José Gumilla
S. J.

HISTORIA

DE LA

COMPAÑIA DE JESUS

EN LA NUEVA GRANADA

POR

JOSÉ JOAQUIN BORDA

> Los Jesuitas...... Yo los he visto de cerca, eran un pueblo de héroes.
>
> LALANDE.

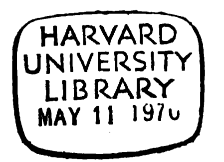
V. 1

TOMO PRIMERO

POISSY

IMPRENTA DE S. LEJAY ET C[e]

1872


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
MAY 11 1970

PRIVILEGIO

Eustorgio Salgar,

Presidente de los Estados Unidos de Colombia,

Hago saber :

Que el sõr. José Joaquin Borda ha solicitado privilegio exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título que ha depositado en la Gobernacion del Estado de Cundinamarca, prestando el juramento requerido por la ley, es como sigue :

« Historia de la Compañia de Jesus en Nueva Granada »

Por lo tanto, en uso de la atribucion que me

confiere el artículo 66 de la Constitucion, pongo por las presentes al expresado señor Borda en posesion del privilegio por 15 años; derecho que le concedió la ley 1ª parte 1ª tratado 3º de la recopilacion Granadina, que asegura, por cierto tiempo, la propiedad de las producciones literarias.

Dado en Bogotá, á 28 de abril de 1870.

Eustorgio Salgar.

L. S.

El secretario de Hacienda y fomento
Salvador Camacho Roldan.

DOS PALABRAS

El año pasado llegó á mis manos una historia de los Jesuitas del Nuevo Reino, escrita el siglo pasado por el P. José Casani.

Amigo sincero de los Jesuitas que fueron mis maestros y mis mejores amigos y por otra parte lleno de interes por todo lo que se roza con la historia de mi pátria la leí con avidez. Su lectura no me satisfizo. Escrita con poco criterio, en un estilo que no es el de nuestra época, tenia ademas la desventaja de no contener dato alguno sobre las misiones del Sur y de no llegar sino hasta

principios del siglo XVIII. Entónces resolví aprovecharme de lo bueno que contenia aquel libro y complementarlo, dando así una ligera muestra de mi gratitud á la Compañia de Jesus que tantos actos heróicos llevó á cabo en este suelo.

El Señor José Maria Vergara y Vergara, que á la sazon estaba encargado de arreglar nuestros archivos nacionales, puso á mi disposicion unos doscientos expedientes relativos al asunto y en la Biblioteca Pineda pude consultar las obras de nuestra historia.

Fruto de estas lecturas es el presente libro, que dirijo, no á los espíritus frívolos ansiosos de fantasias y romances, sino á los hombres serios que aman la pátria y la religion.

No avanzo una defensa : solo diré que el deseo de poner en claro la verdad ha guiado mi pluma.

Si algun lector encontrare cansada la lectura, especialmente en la parte relativa á las misiones, como que los hechos de estas tienen que ser semejantes y aun repetidos, recuerde cuanto mayor seria el cansancio de los varones ilustres que por

tantos años las sostuvieron y diga si seria justo que tales hechos durmiesen en el olvido.

Si algun otro encuentra severidad en mi juicio respecto de los enemigos de los Jesuitas, recuerde cuanta diferencia hay de la palabra á los hechos y que á las víctimas debe permitírseles siquiera un gemido. Recuerde tambien que al hablar de los partidos políticos, no me dirijo á individuos particulares, que muchos los hay estimables en uno y otro, sino á los hombres de accion, que son propiamente los que forman los partidos. Y aun así he procurado evitar las citas de nombres propios, en cuanto me ha sido posible. ¡ Pueda este libro destruir algunos errores históricos, llevar la verdad á algun espíritu ofuscado, despertar en algun corazon el deseo y el brio suficientes para continuar la obra de las misiones en nuestros bosques abandonados ya totalmente por nuestro gobierno, ó por lo ménos añadir una página á la historia gloriosa de las misiones católicas y levantarse como un testimonio de justicia y verdad contra las falsas imputaciones de los que persi-

guen á aquella ilustre sociedad aun despues de su caida y de su expulsion!

Bogotá 9 de octubre de 1869.

José Joaquin Borda.

Nota. Es inútil advertir que en mi calidad de hijo sincero de la Iglesia católica, acepto sus decisiones sobre esta obra, como sobre todos mis otros escritos. — El autor.

ADVERTENCIA

Las principales obras en que esta se apoya, y cuyas citas se han omitido en el testo para hacer mas fácil su lectura, son las siguientes :

Acosta (Joaquin) compendio histórico del descubrimiento y colonizacion de la Nueva Granada.

Baralt y Codazzi. Geografía y descripcion de Venezuela.

Cassani (José), de la Compañia de Jesus. Historia de la Compañia de Jesus,

Crétineau Joly. Historia de la Compañia de Jesus.

» » Clemente XIV y los Jesuitas.

Groot (José Manuel) Historia civil y eclesiástica de la Nueva Granada.

Gumilla (José) el Orinoco ilustrado.

» » Vida del P. Juan Rivero.

Julian (Antonio.) La perla de América.

Plaza (Antonio). Memorias para la historia de la Nueva Granada.

Rivero (Juan) Historia de las misiones de los llanos de Casanare y san Martin (inédita).

Rodríguez (Manuel) el Marañon y Amazónas.

Jouron Historia general de América.

Velazco (Juan) Historia del Reino de Quito.

Vergara y V. (José María) Historia de la literatura en Nueva Granada.

El autor ha consultado ademas doscientos expedientes oficiales que se conservan en el Archivo Nacional y comprenden reales cédulas, actas de donaciones, y documentos relativos á fundaciones temporalidades, misiones y expulsion de la Compañia de Jesus, y un gran número de folletos y artículos de periódicos relativos à este asunto.

TABLA DEL TOMO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

PRÒLOGO

« Es menester matar á los jesuitas que son los que principalmente nos contrarian, escribia Calvino, y si esto no se puede hacer cómodamente, es menester expulsarlos ó por lo ménos aplastarlos con nuestras mentiras y calumnias. »

Jesuitæ vero qui se maximé nobis opponunt, aut necandi, si hoc commodé fieri non potest, ejiciendi, au certe mendaciis et calumniis opprimendi sunt.

He aquí el testamento del famoso heresiarca, cumplido por el mundo entero con una fidelidad de que no hay ejemplo en ningun albaceazgo. Esto decia Calvino en los momentos en que, como los

**

heresiarcas de hoy, pretendia que al separarse de la Iglesia era solamente para reformarla y volverla á su primitiva pureza. Sus sucesores, cuando se persuadieron prácticamente que la pretendida reforma no era tal cosa sino Iglesia aparte, dejaron de odiar á los jesuitas y son hoy sus únicos sostenedores en el mundo no católico : los estiman por su gran cualidad de institutores y los dejan vivir en paz, en Inglaterra, en Alemania y sobre todo en los ejemplares Estados Unidos del Norte. Por lo que hace al testamento de Calvino, se han encargado de cumplirlo algunos de los católicos, incautos católicos, que no caen en la cuenta de que nada hay tan católico, y tan apostólico y tan romano, como esos religiosos que persiguen.

Ninguna Orden ha sido más célebre ni más odiada. El número de sus expulsiones es crecido, y en ellas mismas se apoyan sus enemigos ó los indiferentes para odiarlos, produciendo así nuevos

argumentos para nuevas expulsiones. Cuando los expulsan de España, decian en Colombia, por algo será, y esta razon hizo mucha fuerza en Colombia; y cuando se hizo la expulsion en el Ecuador fué haciéndose el cargo de que por algo seria que los habian expulsado en Colombia.

Los Jesuitas son excelentes como individuos, nos han dicho repetidas veces varios liberales; pero como Compañía son inaceptables; y como la Compañía está compuesta de esos individuos excelentes, resulta el milagro de que hay una cosa, un todo muy malo, compuesto de partes muy buenas; y como este absurdo no puede existir, tenemos por seguro que los liberales se equivocan grandemente.

Pero por absurdo que sea el orígen del odio que tienen algunos á los jesuitas, el hecho es que los odian, que las reglas del derecho de gentes no hablan de esos hombres : que las propiedades de

los jesuitas son buena y legítima presa para cualquier gobierno liberaluelo; y que en presencia de esta iniquidad universal es un acto de heroismo y de independencia el que ejecuta el autor del libro que va á leer el que tenga ya prisa por acabar estas mal perjeñadas líneas. El señor Borda ha tomado á su cargo no la defensa de la célebre y perseguida Orden, sino solamente su historia en el que fué Nuevo Reino de Granada y hoy República de Colombia. Haremos aquí una sucinta relacion antes de hablar de la obra y del autor.

Los Jesuitas vinieron durante la conquista y permanecieron en estas regiones casi dos siglos. Prestaron eficacísimos auxilios, ya convirtiendo y civilizando las tribus salvajes de Oriente, ya dirigiendo las costumbres de la sociedad española que se habia establecido en estas ciudades, y que vivia un poco sin ley por mil causas que obraban para ello. El número abundante de aventureros hacia

por sí solo un orígen permanente de turbacion: las grandes pretensiones de los caballeros linajudos luchaban con la autoridad; y ésta, un poco más autocrática de lo que convenia á sus mismos intereses, producia á su vez trastornos. En medio de aquella anarquía contínua se establecieron los Jesuitas, y viviendo extraños á tales agitaciones, lograron cumplir en silencio dos grandes obras; la de instruccion en las ciudades y la de fundaciones en los desiertos. Los resultados que obtuvieron fueron maravillosos para la civilizacion. Aun en esos mismos yermos del Oriente, donde la misma especulacion muere de fiebre, ó se devuelve asustada, lograron establecer grandes oásis, donde la grey abundante, la casa señorial que era un centro de civilizacion, el núcleo de poblacion recogida como granos de oro en el desierto y reunida en torno de la lujosa capilla, cuya esquila era el único sonido que cortaba la atmósfera tan bravía como

el suelo; todo era un beneficio inmenso para el mundo entero, pues los aborígenes del Nuevo iban entrando en la vida social sin las violencias que han escandalizado la historia.

Y luego en las ciudades donde los elementos que los rodeaban eran más análogos, la obra no era ménos importante. Allí la influencia salvadora corregia las costumbres y enseñaba las artes. Un padre era arquitecto y dotaba la ciudad con una obra que hoy mismo no desmerece, como sucede en Bogotá con la Iglesia de San Cárlos y la enorme y excelente fábrica que lo rodea; otro era músico, aquel pintor, este humanista, y el otro volvia tras larga peregrinacion por los hóstiles desiertos, trayendo algunas heridas, una enfermedad mortal tal vez, pero con toda seguridad datos curiosos, inapreciables, para la ciencia, ya fuera la botánica, la geografía ó la filología indígena.

Hemos oido con frecuencia acusar á los Jesuitas

de que extraen de los pueblos en que viven grandes riquezas, y esto es cierto. Ninguna persona, ninguna comunidad, ningun gobierno posee como ellos la ciencia económica que les hace allegar sin descanso y sin cesar, grano por grano, como la hormiga, hasta reunir riquezas, en verdad considerables. Pero lo que no notan los que tal cargo les hacen es que todas esas riquezas se quedan en las mismas ciudades donde las allegan. En España, Italia, Francia siempre que llegámos á alguna ciudad, preguntábamos si habia iglesia de Jesuitas, seguros de que si la habia, por ahí era preciso comenzar la correría artística, el exámen de maravillas que hace un viajero; y jamas nos engañamos. Siempre encontrábamos en aquellos templos desamortizados el arte en su apogeo, pero el arte costoso, como una huella que dejan en el mundo aquellos hombres prodigiosos.

Su obra en la Nueva Granada, les atrajo desgra-

ciadamente la rivalidad de otras Ordenes religiosas, entre ellas de Santo Domingo. Los permenores de aquella lucha llenan algunas páginas de nuestra historia. Al fin consiguieron sino una victoria completa, por lo ménos el descanso, descanso efímero, porque mientras creian gozarlo aquí, en la Metrópoli cobraba fuerzas el partido enemigo, que esgrimia toda clase de armas contra ellos. Al fin fueron vencidos los jesuitas; pero su misma derrota les dió mas completa victoria. Sus enemigos ocuparon con sus bienes sus papeles secretos y entre ellos no encontraron aquellos tenebrosos misterios de que esperaban hallar las pruebas, sino las de una vida sencilla é inofensiva. *Las mónitas secretas* de los jesuitas ó sea el reglamento de sus iniquidades publicado en Madrid, como un documento que se les habia tomado, resultó ser obra del exfraile Espino quien los pintaba en ellos, no como eran sino como él qui-

siese que hubieran sido para poder hacerlos sucumbir.

Todas estas intrigas aliadas podian mortificarlos pero no vencerlos, cuando les vinieron otros auxiliares más poderosos por su posicion y que les dieron aquel golpe maestro que aun resuena en la historia. Choiseul, ministro del Rey de Francia, Pombal del de Portugal y el famoso Aranda del de España, se encontraron al frente de sus poderosas naciones y lo que era más, dueños de la voluntad de sus amos. Todos tres eran Enciclopedistas y ligados los tres determinaron dar el golpe, suprimiendo á un tiempo la célebre Orden en los tres reinos, y obligando al Papa Clemente XIV á que la suprimera en toda la cristiandad. Cárlos IV de España se resistió á su valido y para vencer su obstinacion, apeló el conde á un medio muy seguro, aunque muy infame y odioso. Una carta sorprendida fué puesta ante los

ojos del Rey : aquella carta era del General de los jesuitas al Superior general en España y le decia que el juramento de fidelidad no obligaba para con Cárlos III por cuanto era hijo ilegítimo. Don Cárlos herido en sus sentimientos filiales y en su orgullo de monarca y de Borbon, dió entónces aquella famosa Pragmática que expatriaba para siempre de sus dominios (la mitad del mundo) á los jesuitas; y esta órden bárbara, apoyada por las de igual clase en Francia y Portugal sirvió de argumento ante el desgraciado Pontìfice para arrancarle la bula de supresion.

Por desgracia para la causa volteriana, la famosa carta existe todavía, y no tiene sino un solo defecto para que se le crea verdadera: el papel tiene la marca de la fábrica y la fecha, y ésta es muy posterior al dia en que fué escrita la carta! Esto importaba poco : Cárlos III no habia de poner el papel contra la luz para descubrir esto. La

letra, por otra parte, era una imitacion admirable de la del calumniador superior. Con falsedad ó no, el golpe estaba dado : Clemente XIV no pudo resistir á la pena que le causó el gravísimo paso que le habia hecho dar, y murió del sentimiento. Esto se puso tambien en la cuenta del jesuitismo, haciéndolo aparecer como envenenador del Pontífice y así se cumplió mejor el testamento del heresiarca : expulsarlos y desacreditarlos : *ejiciendi et calumniis opprimendi sunt.*

De todos los vastos dominios españoles fueron saliendo entónces los Jesuítas que en ellos residian y de que se sacudia el Rey español sobre el suelo de Italia, como quien sacude gotas de agua de un manto. Mediaba el siglo XVIII y como aquel acontecimiento fué el primero en la línea de los gravísimos que sucedieron en aquel siglo y á cual más adversos contra la Iglesia, se puede asegurar que Clemente XIV, bien á pesar suyo, por cierto,

y obligado por las circunstancias contrarias, sacrificó con sus fieles hijos algo más que á ellos, y que su bula abrió una brecha en el muro sagrado de la Iglesia.

Del Nuevo Reino de Granada salieron algunos centenares de Jesuítas que dejaron colegios florecientes, haciendas, minas en progreso, riquezas considerables, labores científicas de alta importancia. Si hubieran sido tan poderosos como lo hacian creer sus enemigos y hubieran resistido, tal vez habrian ganado la partida; pero ni la menor resistencia hicieron : bastó que el Virey les comunicara la órden de extrañamiento para que al punto tomaran el camino del destierro, sin llevar consigo otras alhajas que el Santocristo que adornaba el pecho de cada proscrito. Entre aquellos hombres que el Rey despedia para siempre de sus dominios, iba el padre Samuel Fritz, que le habia defendido palmo á palmo la frontera

más lejana de su imperio hereditario : iba toda clase de hombres útiles, desde el menestral hasta el historiador, desde el que habia averiguado las raices selváticas de idiomas desconocidos, hasta el que habia seguido el curso de los rios solitarios para describirlos en el mapa. Todos esos hombres eran ciudadanos útiles en la república pero... eran Jesuítas y para los Jesuítas no hay ley.

Los años pasaron. Murió Cárlos III : su hijo reinó y tuvo tiempo de saciarse con los amargos frutos de las doctrinas que incautamente protegió su padre, y su nieto restableció la Compañia en sus dominios casi á tiempo que los de América salian para siempre de su corona. Una de esas naciones que se separaban de la Metrópoli era Nueva Granada, donde no estaba perdida la memoria de los sabios Jesuítas expulsados en 1857 y á quienes volvió á llamar en 1843.

Apénas llegaron empezó la oposicion contra ellos.

Se agotaron las producciones de los escritos de Palafox en la « Noche, » periódico que no tenia más objeto que compadecerse de Palafox, compasion tan tierna como fingida, y callando por supuesto las respuestas y las explicaciones de aquel incidente tan doloroso para la Iglesia, pues ella, y no los Jesuítas ni Palafox, era la víctima.

Se reimprimiò como un documento recientemente cogido á los Jesuitas y se hizo con él más ruido que si se hubiera descubierto otra América, aquel ridículo cuaderno, que tiene más de ridículo que de infame, titulado : « Mónitas secretas de los Jesuitas. » Se omitió por supuesto la circunstancia de que era obra del clérigo Espino, de ella convicto y confeso en Madrid, cuando le tomaron aquel manuscrito y dieron las autoridades con él y su persona en la cárcel. Se omitieron por

supuesto los circunstancias de la vida poca ortodoxa en doctrinas y costumbres de aquel malaventurado eclesiástico, autor falsario de las ridículas « Mónitas » que fueron, en puridad, el embrion de la real Pragmática de Cárlos III, tanto por la cronología como por la redaccion.

El dia que apareció el folleto « Los Jesuitas » de don Julio Arboleda (folleto muy bien escrito, por cierto, literalmente hablando) qué alharacas! qué aspavientos!

Se acababan de encontrar, por casualidad, las reglas de la Compañía de Jesus, que aunque estaban impresas hacia doscientos y más años, nadie las habia visto, ni el impresor que las habia impreso. En aquellas reglas viejas pero nuevas, conocidas pero desconocidas, habia descubierto el autor del cuaderno que los Superiores de los Jesuitas podian obligar á sus inferiores hasta al pecado (*ad peccandnm*). Miéntras salió el folleto no

ménos bien escrito de don Mariano Ospina y don José Eusebio Caro, y el otro no ménos importante de don José Manuel Groot en que le corrigieron el latin y le probaron que *ad peccandum* no significaba *á pecar* sino *bajo pecado,* las alharacas de los periódicos anti-jesuíticos llegaron á las nubes. Pero resultó que los Jesuítas podian obligar á sus inferiores *bajo pecado*. Valiente descubrimiento! No ha habido una Orden religiosa en la Iglesia, y se cuentan por miles, que no tenga este precepto conminatorio.

Tambien se descubrió que los Jesuítas mandaban al desgraciado novicio que aborreciera á su padre y á su madre. Horror! escándalo! Pero pronto se descubrió tambien que el precepto no era original de San Ignacio de Loyola, sino de Jesucristo, el divino Redentor de la humanidad, y que no se entendia al pié de la letra sino en un sentido figurado á causa del sentido misterioso de las palabras

del Señor y á causa tambien del lenguaje oriental, que no puede ser traducido literalemente al español, sin que vengan sabios orientalistas, como San Jerónimo, á hacerlo y á explicarlo. De aquí toman pié los señores defensores citados para matar con la misma piedra á dos pájaros; y ya que convencieron de poco expertos á los adversarios, con el mismo razonamiento convencieron de poco discretos á los protestantes que mandaban leer la Biblia sin notas, cuando el que la habia traducido aunque fuera el mismo Lutero, ya le habia puesto una nota á cada palabra : la traduccion. La traduccion es, en verdad, y no se le conoce otro sentido, la interpretacion, y por eso los luteranos no estarán de acuerdo con su maestro hasta que no aprendan como vulgares las lenguas orientales.

Se reimprimió el « Piquillo Aliaga » de Scribe, novelon de grande aparato y poca sustancia, en que se hace figurar á los Jesuítas de la manera

más vulgar y mentirosa, y las ediciones del « Judío Errante » de Sue no andaban ociosas, pues circulaban por toda la sociedad. El grotesco personaje de Rodin se puso de moda. Rodin no es un tipo ni ni una copia sino un desbarro, una calumnia y una ignorancia. Si la ambicion que le asigna el novelista es solo la de mandar y enriquecer á su Orden, sin que esto le produzca grandes goces personales, es una grande tontería que no comete ningun hombre; y si es para entregarse al desenfreno aunqne sea secreto, es una calumnia infame. Los Jesuítas son de costumbres ejemplares. El resultado fué que entre el Rodin de Eugenio Sue, el padre Escobar de Scribe y las mónitas de Espino hicieron una atmósfera, como se dice ahora.

Derrotados los adversarios en todos los puntos que tocaban, acudieron á otro medio : el Gobierno declaró que estaba vigente la Real Pragmática de Cárlos III, y que por lo tanto tenian que cumplir

la ley expulsando á los que S. M. habia mandado expulsar. Era un gobierno republicano el que hablaba, era un valeroso soldado de la independencia el que encabezaba aquel gobierno: estábamos en la mitad del siglo (primero de la independencia) y sinembargo el Gobierno republicano se constituia en esbirro de un Rey absoluto. Esta idea que apareció por primera vez en el folleto del señor Arboleda fué bien contestada. Se les dijo que si la revolucion triunfante no habia derogado las Pragmáticas y reales cédulas; si nos considerábamos como súbditos españoles para el efecto de cumplir una órden del gobierno español; se advirtiese que cuando éramos súbditos todavia, se habia promulgado por el gobierno peninsular la derogatoria de aquella Pragmática como lo hizo expresamente Fernando VII, ántes de que en la batalla de Boyacá ganáramos la independencia absoluta.

Se dijo que el gobierno no podia seguir dando

á la Compañía la renta que habia ordenado el decreto legislativo que la llamó á la Nueva Granada y se renunció á la renta : que no se podia permitir que quedaran los Jesuítas como Orden religiosa, y los Jesuítas ofrecieron quedarse como simples particulares. Se dijo que la mayoría pedia sus expulsion y se presentaron al gobierno 23,000 firmas de las recogidas entre los 40,000 habitantes de Bogotá, pidiendo que no los expulsaran. Se dijo que los Jesuítas eran enemigos de la independencia, y la noble viuda del prócer de la independencia Villavicencio, encabezó con la suya las firmas de las señoras que pedian la permanencia de los Padres. Entónces se ocurrió á un argumento que no tenia respuesta : se les expulsó.

Esto pasaba en 1850.

Nueve años despues, costeados por las erogaciones de los particulares volvieron los Jesuítas á la Nueva Granada y permanecieron allí hasta 1861,

en que el gobierno provisorio del general Mosquera los expulsó fundado en un dato terrible : el oficial Benalcázar, decia el decreto, habia declarado al tiempo de morir que los Jesuítas le habian dado escapularios y lo habian enviado á la guerra á que combatiera en defensa del gobierno existente. No se pudo jamas repreguntar al declarante porque habia muerto, ni á los testigos porque declaró sin ellos. Era un argumento que no dejaba duda. Se expulsaba á los Jesuitas porque eran malos; pero entre ellos habia muchos hijos del pais, y se hizo así presente al Gobierno provisorio. Éste declaró que los hijos del pais podian quedarse; pero que fueran expulsados los Jesuítas españoles é italianos. Los del pais no podian aceptar tal excepcion y se fueron con sus compañeros. Está visto, pues, que la cualidad de estranjero complica mucho las malas doctrinas que se atribuyen á los Jesuítas. Sus propiedades ganadas con sus ahorros ó

regaladas á ellos por hijos del pais fueron declaradas buena presa de la Nacion.

Como se ve, los argumentos para expulsar á los Jesuítas de la Nueva Granada, no han tenido piés ni cabeza : pero en el mundo será citada la expulsion de ellos en la Nueva Granada como un argumento que quedará sin respuesta; porque en efecto, ¿si son buenos porqué se les ha expulsado de este pais?

En esta expulsion verificada á mano armada y en medio de la guerra, no hubo tiempo ni ocasion, por fortuna, para solemnizarla como la anterior, con un libelo. El que entónces apareció era tan aventajado en su línea, que no sólo recapituló todos los *cargos* hechos á los Jesuítas desde Calvino hasta el ex-fraile Espino, sino que le agregó uno nuevo y completamente original : denunció ante la opinion pública que las señoras de Bogotá, es decir, nuestras madres, esposas, hermanas é hijas eran

mancebas de los Jesuítas. El doctor Cuervo en su contestacion á aquel inmundo folleto no contestó tal cargo, sino que con aquella cortesía y discrecion que distinguian su talento, aconsejó al lector que borrase con la pluma en su ejemplar las líneas tales y tales de las páginas que citó. No se podia, en efecto, dar mejor contestacion. Defender á las señoras de Bogotá de tal cargo, hubiera sido una falta de respeto á la justicia, y si lo hemos nombrado es porque ademas de ser inofensivo prueba lo que deciamos al principio : que el testamento de Calvino, que manda á sus albaceas oprimir á los Jesuítas con mentiras y calumnias, si no se les puede matar ó expulsar, se cumple con una fidelidad de que no hay ejemplo en ninguna testamentaría. Pero si en esta vez no hubo folleto, hubo otra cosa mejor : la casa regalada á los Jesuítas por una señora que habia muerto, fué declarada propiedad de la Nacion y con ella una suma que

les habia dado en préstamo una persona respetable que aún vivia. Con el valor de aquella casa y esta suma habian comprado los Jesuítas una quinta y la quinta entera pasó á poder del Gobierno, quien la posee hoy, habiéndole desamortizado no sólo la propiedad sino hasta el nombre : hoy se llama Quinta de *Segovia*, en memoria de una batalla ganada por la revolucion contra el Gobierno legítimo de esta Patria tan frecuentemente *deslegitimada*.

Ademas, en esta vez, hubo una cosa extraordinaria en los anales de la Repúblicas. Se hicieron Constitucion y leyes nuevas, y por ella quedo para siempre prohibida la entrada en Colombia de ciertos hombres que llevan cierto vestido y que se llaman Jesuítas. Pongamos al reves la prohibicion : que un Gobierno religioso pusiera en sus leyes la prohibicion de que cierta clase de hombres entrara à su territorio, y se oiria en el mundo entero la

vocería con que saludaban su retroceso. Todas las razones que entónces expusieran los liberales contra semejante barbarie, las reproducimos mentalmente contra la que consta en las instituciones liberales de esta Nacion.

Tal prohibicion cierra naturalmente la obra que tenemos á la vista y el prólogo en que de ella hablamos, y no teniendo materia para continuar porque nos lo veda la Constitucion liberal, pasaremos á hablar del autor y de su desempeño en la obra que ha acometido.

El señor don José Joaquin Borda y Bermúdez nació en Tunja el 13 de febrero de 1835 y se crió en Bogotà á donde se habia trasladado su familia. Entró al Colegio de los Jesuítas en 1846 y estuvimos allí juntos hasta que nos expulsó el Gobierno, tomando nuestro colegio. Borda tomó entónces con nuestros maestros el camino del destierro, estuvo con ellos en su colegio de Niveles un año más y re-

gresó á Bogotá. Siguió la carrera del comercio sin dejar de cultivar al mismo tiempo la literatura en que tiene conseguido ya un nombre honroso (1), y la política en que obtuvo puestos notables. Durante los años de 1852 á 1866 viajó con frecuencía á Europa, Norte América y á las repúblicas del sur. El matrimonio tan honroso como feliz, que contrajo en aquel año, lo fijó en Bogotá y aprovechó la calma de su nuevo hogar para dedicarse á pagar la deuda contraida con sus maestros por el pan del alma con que lo alimentaron. Sepultóse entónces en la Biblioteca pública y en el Archivo nacional, donde por espacio de un año estuvo leyendo y apuntado datos sobre la historia de la célebre Compañía en Nueva Granada.

La Compañia de Jesus ha sido discutida desde

1. Sus poesias fueron impresas en Lima, y reimpresas en la Habana. Ha sido fundador y colaborador de varios periódicos literarios de Bogotá.

su nacimiento hasta el dia, de hoy todavía no han ganado la cuestion ni sus amigos ni sus adversarios. Ayudar, pues, á ese grande y universal debate con un libro más y mayormente cuando es histórico como este, es ayudar á buscar la verdad. No importa que el autor se muestre desde las primeras líneas parcial en favor de los Jesuítas : su opinion es una opinion más en favor de ellos. Lo que importa mucho á amigos y enemigos es la gran copia de datos auténticos, históricos, muchos de ellos desconocidos, que contiene este libro, porque tanto el defensor como el adversario de una causa necesitan fechas y hechos para sus razonamientos; luego sacará cada uno las consecuencias que le inspiren su conocimiento.

Por lo expuesto se ve que este libro interesa á todos, digo á los que tienen empeño en estudiar la célebre Compañía fundada por uno de los mas agudos ingenios que ha tenido el mundo.

Y si es tan interesante cualquier libro que contribuya á comprobar la historia de la Compañia, lo es mucho mas cuando se refiera á las Misiones, tan poco estudiadas y conocidas. Allí es donde unos y otros deben estudiar mas y mas á los Jesuitas. Hicieron realmente una obra meritoria para la civilizacion, como lo aseguran sus partidarios ó se dedicaron à amontonar riquezas y fanatizar indios, como lo dicen sus enemigos? El hombre que sentencie en esta cuestion sin tener en cuenta los documentos, probará que sabe amar ú odiar, pero no que sabe discernir. Esta obra, lo repito, está escrita con esmero y honradez en cuanto se refiere á la diligencia que su autor puso, para estudiar, investigar hasta poner en limpio los hechos, los nombres y las fechas que son la urdiembre de la historia ya sea rudimentaria ó filosófica; pero está escrita con parcialidad porque el autor juzga y senténcia en favor de los Jesúitas

como Cretineau Joly, y otros que de ellos han tratado. Mejor seria una historia completamente imparcial, me dirá acaso algun lector y yo contestaré que ese prodigio no es conocido en el mundo. Una historia imparcial! Seria una historia sin autor por que éste no puede ménos de darle su personalidad á lo que escribe, y su personalidad son sus ideas. Si omitiera un hecho á su propósito sería falsario; si los expone todos y saca de ellos una consecuencia, ó si, sin sacarla, vá narrandolos en favor de su conviccion, está en su derecho.

Borda dirige actualmente el colegio de su nombre en Bogotá, pagando así á la Humanidad el beneficio que recibió de sus maestros. Los pocos ratos que sus tareas le dejaban libres en los años pasados, los empleó en la lectura y estudio de los libros y documentos de que se ha servido para escribir la presente Historia. Para escribirla em-

pleó toda su voluntad, toda su inteligencia : si no le quedó mejor, más no pudo hacer y esto sirva de disculpa para con el lector, que por lo que á mi toca, despues de haberla leído, digo que mejor no se pudiera haber hecho y que me alegraria de ser el autor de tan bien meditada historia en vez de serlo de este mal desempeñado prólogo. Mas ya que me ha tocado escribir estas líneas, con no poco perjuicio del lector y honra mia, vaya mi nombre á donde vaya el de Borda, ya que un mismo libro los unirá en esta vez como la misericordia de Dios, el buen juicio de nuestros cristianos padres y la bondad de nuestros maestros los queridos claustros del Seminario conciliar donde empezó la amistad que nos une. Y dado el caso de que el lector haya tenido la mala suerte de empezar su lectura por este prólogo más bien que por el libro que sigue, justo es ya callarme para dejarle, como compensacion y premio, tiempo para

pasar á las páginas de la obra donde el reposado y culto estilo del autor hará perdonar el desaliñado mio. Allí verá el lector cuán bueno es poder escribir bien, cosa que envidio sin poder imitarla.

J. M. VERGARA Y VERGARA.

Paris, 1.º de Marzo de 1870.

CAPITULO I

El 14 de setiembre de 1502 descubrió Cristóbal Colon la Nueva Granada, llamando Gracias á Dios el cabo que apareció á sus ojos en la costa de Mosquitos.

El 6 de agosto de 1538 fundó el Mariscal Gonzalo Jiménez de Quesada la ciudad de Santafé de Bogotá, en el sitio real de los Zipas, llamado Teusaquillo, en una hermosa esplanada de los Andes, de doce leguas de diámetro, regada por abundantes aguas y cobijada por un cielo benévolo.

Ya se habian fundado otras poblaciones en el litoral y se habian subyugado algunas tribus salvajes de las muchas que poblaban el territorio actual de los Estados Unidos de Colombia, y todas

ellas, como la colonia de Quesada, progresaban rápidamente. El Sumo Pontífice y el rey de España, crearon el Arzobispado de Santafé, disponiendo que fuese su primer prelado don fray Juan de los Barrios y Toledo, quien, así como sus antecesores don Juan Fernández de Angulo y don fray Martin de Calatayud, la habia gobernado eclesiásticamente desde su silla de Santa Marta.

Los españoles continuaban trayendo sus familias de la Península, y los indios domeñados por la espada del guerrero y por la palabra de algunos sacerdotes, venian poco á poco al recinto de la vida civil y empezaban á fundar esa clase social mezclada de dos y á veces de las tres razas que forman nuestro pueblo bajo, raza que ora se ejercita en la agricultura y en el servicio doméstico, ora se consagra á las artes, ora se bate en las discordias intestinas causadas por los descendientes de sus conquistadores.

Cuando la ley se llevaba en la punta de la espada; cuando el valor y el sufrimiento no tenian á la vista los premios del honor, sino la esperanza del

lucro; cuando era tan grande la diferencia entre el vencedor y el vencido; ¿qué podia nivelar la sociedad y hacer fructuosas las conquistas de las armas sino la Religion de Cristo? Sin ella, la naciente sociedad se habria convertido en un cáos; inútiles habrian sido los esfuerzos de Colon y no existirian probablemente las sociedades americanas, mas ó ménos trabajadas hoy dia por las pasiones políticas, pero que siempre prosperan y tienen reservado un porvenir de gloria y de grandeza. Los sacerdotes católicos venian con los conquistadores, suavizando su aspereza y recordándoles los mandatos de una religion de amor, que condena la sangre y la violencia, que hace á los hombres miembros de una familia é hijos del Padre Celestial, cualesquiera que sean su raza y su fortuna.

Los conquistadores marchaban al traves de los rios caudalosos y de las riscosas montañas, descubrian tierras, peleaban, triunfaban, y cargados de oro, proseguian sus conquistas.

Los sacerdotes echaban el cimiento de una iglesia, al rededor de la cual se establecian algunas

familias, y á donde los salvajes venian á buscar proteccion y encontraban la luz del alma.

Desde los primeros años de la colonia se ocuparon en estas civilizadoras tareas los Padres de Santo Domingo y San Francisco, como poco despues los de San Agustin, todos los cuales han prestado servicios eminentes á la causa de la civilizacion en nuestro pais y han echado, si así podemos decirlo, los cimientos de la sociedad civil.

¿Podrian haber dejado vacío su puesto los miembros de la Compañía de Jesus? No : soldados batalladores, consagrados á la defensa y gloria de las banderas de Cristo, tenian aquí un campo inmenso que no podian despreciar.

Parece que Dios habia inspirado á Ignacio de Loyola el pensamiento de fundar su órden religiosa para oponer un dique al protestantismo, que, nacido por aquel tiempo en Alemania, debia extenderse á la Inglaterra, introducirse en algunas otras naciones de Europa y pasar en fin los mares para dar su estandarte á los pueblos que forman hoy la gran República del Norte.

Por otra parte, algunas Ordenes religiosas habian decaido de su primitivo vigor, y el descubrimiento de América, con sus innumerables salvajes, pedia á la Iglesia nuevos operarios que le trajesen la semilla evangélica.

Corria el año de 1590. La Compañía de Jesus, constituida por la bula del Papa Paulo III proclamada el 27 de setiembre de 1540, habia tomado un ensanche extraordinario. Mas de cinco mil individuos formaban ya en sus filas ocupados en la enseñanza de las letras y en la predicacion evangélica. Laynez y Salmeron la habian representado gloriosamente como oradores del Papa en el Concilio de Trento; Francisco Javier la habia establecido é inmortalizado en las Indias; otros jesúitas ilustres la habian extendido en Italia, en Francia, en Alemania, en Portugal; sus misioneros habian penetrado en el Perú y en el Brasil, en la China y en el Japon; entre sus miembros habian brillado figuras como el duque de Gandía, Luis Gonzaga y Estanislao de Koska; por último, luchando brazo á brazo con el protestantismo y extendiendo por doquiera la

luz de la ciencia y de la verdad, habia fundado multitud de colegios cuyos discípulos brillaban en el clero, en el foro, en la magistratura, y conquistaban con sus méritos la mitra ó el capelo. Uno de esos discípulos habia gobernado la Iglesia con el nombre de Gregorio XV.

A la cabeza de la Compañía de Jesus se encontraba el Padre Claudio Aquaviva, hijo de un príncipe romano, dotado á un tiempo de vigor juvenil y de aquella sávia que sólo es propia de una edad avanzada. Habia subido á aquel eminente puesto á la edad de treinta y siete años y en circunstancias difíciles.

La colonia fundada por el Mariscal Quesada habia marchado rápidamente en los cincuenta y dos años de su existencia política. El Doctor don Antonio Gonzalez, que en 1590 fué recibido en Santafé como Presidente, Gobernador y Capitan General del Nuevo Reino de Granada, deseaba ilustrar su gobierno, fundando en él la Compañía de Jesus, y trajo a los Padres Francisco Victoria y Antonio Linero y á un religioso coadjutor. Poco despues

entró el P. Antonio Martínez, que de la provincia de Lima venia á esta ciudad, con los mismos deseos que traian de España los otros Padres. « Hicieron diligencias para la fundacion y, aunque la favorecia tanto el Presidente, no tuvo efecto. Con su buen ejemplo dejaron muy edificada á esta ciudad, porque todos tres eran excelentísimos predicadores. Volvió á España el P. Linero con el religioso coadjutor y á Lima el P. Antonio Martínez. El P. F. de Victoria eligió para su vivienda el Hospital y asistiendo con gran caridad á los enfermos, estuvo algunos meses solicitando su fundacion. Reconoció que no tendria efecto hasta que hubiera arzobispo y se fué á su provincia de Lima. » Hemos copiado literalmente las palabras de Zamora, porque el P. Touron, dominicano frances que ha escrito una historia basada sobre la de Zamora en la parte relativa al Nuevo Reino, tergiversa los hechos relacionados con los jesúitas y dice, hablando de la entrada de éstos á Santafé, que el Señor Lobo Guerrero habia recibido nuevos misioneros, *que no se esperaban*. Con esto da á entender que vinieron

contra la voluntad del Prelado, lo cual no es exacto. En 1598 fué nombrado arzobispo de Santafé don Bartolomé Lobo Guerrero, á la sazon inquisidor en Méjico: pero no quiso partir á su destino sin que le acompañasen algunos jesúitas. Acompañóle, en efecto, el P. Alonso Medrano, natural de Marchena, el cual despues de haber terminado sus estudios en España, habia pasádo à Méjico. Alli habia estado diez años y habia aprendido la lengua tagala, lo que podria facilitarle el estudio de las lenguas indígenas. Venia tambien con el Arzobispo el P. Francisco Figueroa y todos llegaron felizmente al término de su viaje, dando en seguida principio á sus respectivos ministerios.

La codicia de los conquistadores y sus costumbres desenfrenadas habian empezado á extender entre los desgraciados indios á un tiempo la corrupcion y la desesperacion. Habia algunos sacerdotes notables por su virtud y su ilustracion; pero habia tambien otros un tanto descuidados, por lo que llegaban á buen tiempo los jesúitas. Esta necesidad

era tan notoria que el P. Gonzalo de Lira, provincial en Quito, hizo mérito de ella en una relacion histórica que presentó a su General sobre la fundacion de la Orden en estos paises. El P. Touron, olvidándose de la circunspeccion que debe guiar la pluma del historiador y del sacerdote, lo califica de atrevido é impostor. Estas son las palabras de Lira : « En mas de ochenta años que hace que se conquistó (el Nuevo Reino) hasta que se fundó la Compañía, la ignorancia estaba muy arraigada en él, por no haber estudios ni curiosidad en los eclesiásticos. Y así los curas eran á una mano tan idiotas que no habian tomado el arte de la lengua latina en las manos. » Para contradecir este aserto que puede ser doloroso, mas no por eso injusto, cita Touron al agustino Mallol, al dominicano López y al franciscano Pedro Simon. Aparte de que aquellas son honrosas excepciones, observaremos que el último no vino á Santafé hasta el año de 1604 y que la única parte de sus « Noticias historiales » que se ha dado á luz no apareció hasta el año de 1627, impresa en Cuenca.

Cuatro años hacia que los jesúitas ejercian el ministerio eclesiástico en Santafé, cuando fueron llamados por el General para dar cuenta de su conducta. Partieron en efecto, en 1602, llevando consigo honrosas cartas de recomendacion del Arzobispo, del Presidente, que lo era á la sazon don Francisco de Sande, y de varias personas notables que deseaban sinceramente el progreso de la Colonia.

En vista de estas manifestaciones mandó el P. General que saliesen de Méjico algunos otros jesúitas con direccion al Nuevo Reino, y Felipe III expidió la siguiente cédula :

« EL REY. Por cuanto por cartas que me han escrito el Presidente y Oidores de mi Audiencia del Nuevo Reino de Granada, y el Arzobispo y Cabildo eclesiástico y seglares de la ciudad de Santa Fé, Tunja y Pamplona, que se han visto en mi Consejo Real de las Indias, se ha entendido lo mucho que importa para bien de aquel Reino, que los Religiosos de la Compañía de Jesus funden en él, para que con su buena doctrina ayuden á la

conversion y enseñanza de los indios, y la juventud se ocupe en ejercicios virtuosos. y necesarios para su buena crianza, por haber mucha gente moza y clérigos criollos, que tienen necesidad de estudio y doctrina; y que Alonso de Medrano y Francisco de Figueroa de la Compañía de Jesus, vienen á estos Reinos, y tienen casa en la dicha ciudad de Santá Fé, á darmé cuenta de ello y á llevar mas religiosos; y Fernando de Espinosa, como Procurador General de la dicha Compañía, mé ha representado que el General de ella, por constarle de lo sobredicho, ha dado licencia á los dichos Religiosos, para que lleven ocho para la dicha fundacion, suplicándome le mandase dar licencia para ello; y habiéndome consultado, acatando lo susodicho, lo he tenido por bien. Y por la presente doy licencia á los Religiosos de la Compañía de Jesus para que puedan fundar en el dicho Nuevo Reino de Granada, sin embargo de cualquiera órden que haya en contrario. Y mando al Presidente y Oidores de la dicha mi Audiencia, y al Arzobispo de dicho Reino y otras Justicias, y

Jueces eclesiásticos y seglares, que no lo impidan, que asi es mi voluntad.

Fecha en Valladolid, á 30 de diciembre de 1602

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro Señor.

JUAN DE IBARRA. »

En cumplimiento de las órdenes dadas por el Rey y por el General salieron de Méjico y llegaron el 27 de setiembre de 1604 á Santafé los Padres Martin Fúnes, superior, Juan Bautista Coluccini (ó Colinucci, como otros escriben), José Dadey, Bartolomé Rojas y Diego de Torres.

Inmediatamento se proyectó la ereccion de un colegio, aunque no habia fondos para empresa de tal magnitud en un pais naciente y atrasado.

Ya el Arzobispo don fray Luis Zapata de Cárdenas, que figura como nuestro primer arzobispo, por haber sorprendido la muerte al Illmo señor Barrios y Toledo ántes de que le llegase el palio, habia fundado un seminario bajo la advocacion de San Luis, pero que terminó con la muerte del fundador.

La real cédula de 23 de enero de 1588 reprende á la Audiencia por haber consentido en que el Cabildo eclesiástico en sede vacante, suprimiese el seminario de San Luis, privando asi á la colonia de un plantel de sabiduría y de virtudes y no dando cumplimiento á las prescripciones del Concilio de Trento sobre la materia. Y en otra cédula de la misma fecha excita al Arzobispo á continuar la obra de su predecesor.

Los reyes de España, fuerza es hacerles justicia, no miraban con indiferencia la suerte y porvenir de los indios. Culpa era de los aventureros conquistadores la crueldad con que aquellos eran tratados y la ignorancia en que seguian viviendo. A mejorar su suerte tendia indirectamente la creacion del seminario y la obligacion impuesta á éste, desde 1607, de dar educacion gratuita á los hijos de los caciques. Creemos, sin embargo, que esta gracia no se llevó á efecto, pues no sólo sabemos que las diez y ocho becas y las medias becas de aquella fundacion se dieron posteriormente á los españoles, sino que tenemos á la vista un memorial original del

P. Pedro Fabro dirigido al Rey en 23 de abril de 1751, por medio de los Padres Procuradores Fernando de Vergara y Martin de Egurvide, en el cual se queja, entre otras cosas, de que las Cajas Reales habian suspendido el pago de alimento para los cuatro colegiales y Becas reales fundadas para hijos de ministros.

Mas no adelantemos los sucesos. El ilustre Arzobispo compró las casas del tesorero Juan de Albis é instaló en ellas el primer colegio de jesúitas, asignando de sus rentas quinientos pesos anuales para la mantencion de los Padres y dando otras cantidades para refaccionar y mejorar la obra material. El Presidente Don Juan de Borja dió dos mil pesos y le fijó una pension anual sobre la encomienda de Guatavita que le pertenecia. El Cabildo secular dió una cantidad, á fin de que se estableciese la clase de gramática; y algunos particulares, entre quienes se hicieron notar los Oidores, concurrieron tambien con sus donaciones. Este colegio se fundó en el edificio que hasta nuestros dias se ha llamado Las Aulas. El espacioso salon en que hoy tienen sus

sesiones los Representantes de la Nacion, servia de iglesia; los Padres estaban alojados en las piezas altas que hoy ocupa la biblioteca nacional, y las piezas bajas se destinaron para las escuelas.

El 27 de setiembre de 1604 se abrió el Colegio y el P. Dadey hizo delante de la Audiencia, de los dos Cabildos y de lo mas notable de la sociedad de Santafé, la proclamacion de los estudios, pronunciando una hermosa oracion latina y anunciando la apertura de clases para los idiomas español y latin, como tambien para la filosofía y la teología.

Los esfuerzos de los jesúitas produjeron el resultado que debia esperarse; las aulas se llenaron de alumnos. Los Padres Francisco Lugo, Antonio Rangel y Lorenzo Lazorraga vinieron de Europa á secundar los esfuerzos de sus hermanos. El Sumo Pontífice expidió una bula erigiendo en universidad el nuevo plantel y el ilustre Arzobispo redoblando sus esfuerzos procedió á comprar las casas que fueron del arcediano don Francisco Porras Mejía, en 8,000 pesos que tomó de los fondos aplicados por el Ilustrísimo

Señor Zapata al seminario. En este edificio renovó la fundacion del colegio y lo puso bajo la direccion de los Padres de la Compañía, dándole el nombre de *Seminario de San Bartolomé*. Fuera de las becas de que hemos hablado, los convictores debian costear su educacion y alimentos, lo que venia á formar la renta principal del colegio; á esto se añadió una parte de los productos de los beneficios y curatos en todo el Arzobispado. El vestido se componia de hopa negra, bonete y beca roja con las armas del Rey.

Ese inmenso edificio todo de calicanto, con sus piezas atinadamente establecidas, sus bellos salones y sus anchurosos patios; ese edificio que contiene hoy la Universidad nacional, el Seminario conciliar, la Biblioteca pública, el Museo y la Cámara de Representantes, y que brinda espacio para mas de dos mil alumnos, no se llevó á cabo, como puede suponerse, sino en el curso de largos años, con grandes penalidades y ahorros. Al tiempo de fundarse, el Hermano Rafael Ramírez cultivaba una huerta y con su productos se mantenian los Padres: lo

demas se empleaba íntegramente en levantar el colegio.

Asi se fundó San Bartolomé, « de donde, dice el historiador Zamora, salen rios de sabiduría para las cátedras, púlpitos, confesonarios y misiones animadas de quel ardiente zelo de la salud de las almas y de la mayor gloria de Dios, que animaba á su santísimo fundador. » Y en otra parte añade. « Es tan ilustre y necesaria esta fundacion como se manifiesta cada dia en los hombres insignes en letras escolásticas y expositivas que salen de este colegio, admirando la multitud de doctos que concurren en las oposiciones de curatos y canongías: de que ha tenido y tiene muchos y doctísimos sugetos prebendados en esta catedral ó en otras de las Indias, y algunos señores obispos que siempre han reconocido deber sus honores á la beca que tuvieron en este insigne colegio. »

El P. José Dadey, nacido en Mondovi, despreció grandes honores por hacerse jesúita y en calidad de tal vivió cincuenta y cuatro años en el Nuevo Reino, siendo el Seminario el teatro principal de

su heróica laboriosidad. Desde el principio se dedicó á hacer clases de teología y gramática. El poquísimo tiempo que le quedaba lo dedicó al estudio de la lengua muisca y tales fueron sus progresos que escribió una gramática y un diccionario, los primeros que existen de aquella lengua, y sin dejar sus clases de teología y gramática, abrió otras dos, de castellano para los indios y de chibcha para los españoles. Murió el 30 de octubre de 1660 á los 86 años, de los cuales habia pasado setenta en la Compañía.

Tambien era italiano (de la república de Luca) el P. Juan Bautista Coluccini, cuya memoria no sólo es venerable por las virtudes que lo adornaron y por los servicios que prestó á los indígenas en las misiones que daba en los pueblos vecinos á Santafé, sino que tambien es grata á las ciencias y las artes, pués fué él quien trazó el modelo y dirigió la construccion de nuestro famoso templo de San Cárlos. Concluido el cuerpo de la iglesia, hubo de suspenderla por falta de fondos y se retiró á Honda en donde permaneció très años, hasta

que le llamó el provincial Luis de Santillan, para que la concluyese. Volvió, pues, á tomar la escuadra y continuar su obra; mas al concluir los cuatro arcos torales se notó que dos de ellos flaqueaban, por lo cual hubo de rehacerlos paciente y laboriosamente, concluyendo al fin ese edificio que hace honor á la Compañía, y siendo en seguida Rector del colegio. Este ilustre jesúita murió a los 70 años de edad y se le sepultó en la iglesia que habia fabricado. Sus últimas palabras fueron estas: *Feci, Domine, quod jussisti; fac tu quod promissisti.*

El P. Santillan habia dado ántes una mision en Tunja, en asocio del P. Gonzalo Núñez, y fueron acogidos con tantas muestras de benevolencia en aquella ciudad abundante en familias nobles, que al punto empezaron á hacerse donaciones para la fundacion de un colegio. Vecino hubo que regaló con este objeto seis mil pesos, visto lo cual por el provincial Gonzalo de Lira, ordenó la fundacion que tuvo lugar el año de 1611. A la Compañía de Jesus se debe, pues, aquel hermoso colegio que es el mejor y mas rico del Estado de Boyaca, no

obstante las leyes de desamortizacion expedidas en estos últimos tiempos, como se debe tambien la magnífica iglesia adjunta, que fué construida por el P. José de Tobalina, natural de Oñate en Vizcaya. Los jesúitas tenian en Tunja tres ocupaciones á cual mas hermosas : esparcir la instruccion en la juventud, predicar las doctrinas del evangelio y suavizar la suerte de los indios que eran tratados no ya como esclavos sino como bestias de carga.

El fervor de los religiosos se aumentó con la canonizacion del P. Francisco de Borja, su general, fiesta que los jesúitas de la Colonia se prepararon á celebrar con gran pompa, pero que fué turbada por los violentos terremotos que en aquel año conturbaron la colonia.

Los indígenas amedrentados doblaban ya el cuello al yugo español y, perdido el dominio de su suelo, servian como esclavos á los invasores. Al rededor de las poblaciones españolas se formaban otras de indios, hechas de madera sin labrar y cubiertas de paja. Los jesúitas escogieron tres de éstas para permanecer en medio de los infelices

indios, consolándolos en su infortunio, enseñándoles la doctrina de Cristo y haciéndolos hombres, en el mas bello sentido de esta palabra. Estas poblaciones fueron Cajicá, Fontibon y Duitama. Hombres que habrian podido brillar en Europa prefirieron la oscuridad de éstas miserables poblaciones, buscando una diadema mas bella que la de los lauros humanos. Entre ellos se cuentan Coluccini, Dadey y José Hurtado.

Habia nacido el último en Cuenca del Ecuador por los años de 1578 y poco despues de hacerse jesúita vino á Santafé. El fué quien empezó á formar las haciendas de los jesúitas de que se apoderó mas tarde el gobierno español, y su principal teatro como ministro católico, fué el pueblo de Fontibon. A su llegada se celebraban los oficios divinos en un caney[1]: Hurtado resolvio construir una iglesia. Para esto, recogió limosnas en Santafé, llevó obreros y bajo la direccion de éstos hizo trabajar á los indios. No contento con terminar y adornar la iglesia, mandó hacer un órgano y dió

1. Bobío.

á las fiestas religiosas una magnificencia que dejaba encantados á los indios. Conociendo asi mismo su aficion á la música, estableció una escuela de solfeo, la primera que hubo en el Nuevo Reino y de la cual salieron maestros para todas las misiones. No satisfecho con hacerles agradables los ejercicios del culto, predicándoles constantemente en su lengua chibcha de que era gran conocedor, quiso hacerles amable la vida. Fomentando la agricultura é inspirándoles amor á la propiedad les fundó labranzas en que todos trabajaban y de cuyos frutos se destinaba una parte á los pobres [1].

Cuando mas contento se hallaba entre sus indios, una peste asoladora vino á cebarse en la poblacion y á ejercitar sus virtudes. Pidió entónces medicamentos á Santafé y, al mismo tiempo que les administraba los sacramentos, les daba en sus males el alivio que podia. Al morir, los acompa-

1. Estas labranzas, son los únicos *resguardos* de indígenas poseidos hoy en comunidad. Los de los demas pueblos fueron repartidos y cada indígena vendió su parte por precío vil : con estos pedazos se han formado grandes haciendas donde trabajan á jornal sus antiguos dueños.

instancia su permanencia en la ciudad. Una piadosa Señora puso á disposicion de los Padres una gran casa con solar, en donde se fundó mas tarde el templo debido á las limosnas de los particulares y á la donacion que hizo de toda su hacienda D. Estéban Rangel. La fundacion tuvo lugar en 1622 en la octava de la Asuncion y la misa se dijo en una sala baja que servia de capilla, notándose como coincidencia bien particular el contenido del Evangelio de aquel dia en que se leen estas palabras: *Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier excepit eum in domum suam.*

Hemos anotado la fundacion de las principales casas de los jesúitas, situadas en el interior del Nuevo Reino, y ahora hablaremos de la que tuvo lugar en Cartagena, por los años de 1605.

Gobernaba aquella importante diócesis el santo obispo Juan de Ladrada, del la órden de Santo Domingo, cuando llegaron al puerto algunos Padres que debian esparcirse en distintos puntos de la América meridional. Al llegar conocieron que la mies era abundante y los operarios muy pocos,

por lo cual resolvieron el Superior, el Obispo y el Gobernador D. Gerónimo Zuaso Casasola que se quedasen los Padres Francisco Perlin y Hernando Núñez. Un caballero portugues les dió en alquiler una casa y en ella comenzaron á ejercer su ministerio; pero como necesitaban una iglesia y rehacer el edificio, empezaron á pedir limosna, obra en que los acompañó el piadoso obispo saliendo á las calles y yendo de casa en casa, ya que su pobreza no le permitia ayudar de otro modo al establecimiento definitivo de la Compañía. Con este noble ejemplo se animaron los cartageneros y al fin se llevó á cabo la obra de arquitectura mas hermosa que se ha fundado hasta hoy en todo el pais.

Algunos años ántes habia muerto doña Catalina Cabrera y entre varios legados para obras pías, dispuso que del remanente de sus bienes se fundase un convento de monjas de la Concepcion. Al hacerse el cómputo resultaron solamente 2,456 pesos, suma demasiado pequeña para que se pudiese realizar el pensamiento de la fundadora. El obispo en vista de esto y con el permiso del rey y del

Papa Clemente VIII, señaló las casas de Catalina Cabrera para la fundacion del colegio de los jesúitas y le aplicó 400 pesos de renta anual, con obligacion de enseñar gramática. Lo demas se destinó á la fundacion de un hospital.

Sobre este destino dado por el obispo á la hacienda de Catalina Cabrera en favor de los jesúitas y del Hospital, suscitaron un pleito los procuradores de los religiosos franciscanos, quienes exigian se fundase el convento de la Concepcion. El Provisor del obispado, don Bernardino de Almanza, que no era partidario de los jesúitas, sentenció en contra de ellos, fundándose en la falta de cumplimiento de algunas fórmulas. Pero nada de esto tuvo consecuencia, pues habiendo apelado los jesúitas al tribunal metropolitano y habiendo muerto el Obispo á tiempo que el Provisor era trasladado a la catedral de Charcas, todo quedó en suspenso y los procuradores no volvieron á tocar la cuestion. Esto ha dado márgen al P. Touron para calumniar á los jesúitas. Ya porque nos basta citar el testimonio del P. Zamora de quien sacó todos los

documentos para su libro, y que en esta vez se atrevió á adulterar, ya tambien por que este mendaz jansenista ha sido victoriosamente combatido por el señor José Manuel Groot en su interesante Historia civil y eclesiástica[1], no nos detendremos á restablecer hechos y citar razones.

Auxiliado por los cartageneros y protegido por las autoridades civil y eclesiástica continuó su marcha próspera el colegio, que tuvo la gloria de contar entre sus primeros y mas insignes moradores al P. Pedro Claver, elevado por la Iglesia á los altares. Séanos permitido insertar aqui lo que en otra parte hemos dicho á este respecto.

« Grandes han sido los crímenes de la raza blanca, como grandes tambien y heróicos sus servicios á la humanidad. Ha sido el primero, si no el único actor, en el drama laborioso y cruento de la civilizacion. En América, donde se han dado cita las tres razas, todo lo grande en heroicidades y crímenes se debe á ella. Ha diezmado y tiranizado á la raza indígena; pero tambien la ha reducido á la

1. Pagina 166.

vida civil, cediéndole los despojos del banquete de la civilizacion y abriendo sus ojos á la luz de la verdad religiosa. Ha esclavizado y tratado con ferocidad á la raza negra; pero ha reconocido al fin el gran crímen de la esclavitud y lo ha borrado de sus instituciones, dando á aquella raza infeliz no solo la garantía de sus derechos civiles sino tambien la de sus derechos políticos. Durante la colonia, cuando se traficaba en grande escala con el cuerpo y el alma de los africanos desventurados, la caridad católica encontró un campo anchísimo donde explayar su impulso generoso.

En el siglo XVII la ciudad de Cartagena, con una poblacion cuádrupla de la que hoy tiene, era un emporio de riqueza y de comercio. A su puerto llegaban los galeones de España conduciendo las manufacturas de Europa que debian surtir el continente hispano-americano y llevar en retorno los caudales sacados de las minas de Méjico, Perú y demas secciones americanas. Los cargamentos que en sus vastos almacenes se despositaban, atraian el comercio de lejanas tierras y formaban

de Cartagena un centro de comercio, que no puede imaginarlo hoy quien penetra por sus derruidas murallas.

A ese puerto llegaban tambien los cargamentos de séres humanos, traidos del Africa, para regar los campos con el sudor de su frente y enriquecer con él á los codiciosos agricultores y comerciantes. Parece increible que entre hombres formados con las enseñanzas cristianas haya existido por tanto tiempo y se haya ejercido con tanta crueldad el dominio del hombre sobre el hombre.

Desembarcaban por entónces en Cartagena innumerables negros, como han estado desembarcando desde entónces hasta ahora poco tiempo, en los Estados Unidos, en el Brasil y en la isla de Cuba, destinados al laboreo de las minas y al cultivo de la tierra en los paises ardientes, donde la raza blanca sucumbe sin poder dedicarse al trabajo. Los mercaderes iban por ellos á Guinea, Angola y otros puntos, en donde los vendian sus reyes ó sus vencedores en las guerras, por pequeñas cantidades de aceite, aguardiente y víveres. Calculábase por

aquel tiempo el valor de un negro en Africa á razon de cuatro pesos y su venta á razon de doscientos en Cartagena.

Venian, entre ellos, de distintas naciones é idiomas: solo en Guinea se cuentan 30 idiomas. Estos eran los preferidos y se llamaban *negros de ley*, por ser de piel mas oscura, mejor talle, mayores fuerzas y mas brio. Los del Congo y de Angola, que eran en Cartagena los mas abundantes, se distinguen por la docilidad de su carácter y su propension á las prácticas religiosas, en las cuales, despues de bautizados, encontraban un consuelo para sobrellevar su desdichada suerte, con la esperanza de una vida inmortal. Los demas eran de las islas de Santo Tomé y Carabal. En la isla de Cuba hemos visto algunos de estos carabalíes; silvestres altivos, su mas grato alimento es la carne humana y llegan á tal punto que devoran á sus propios hijos. Sus dientes son afilados y duros como el acero: al acabar su racion de carne, quebrantan los huesos con piedras y se los comen.

El número de estos infelices trasportados á Car-

tagena llegaba anualmente á catorce mil, y el año de 1633 llegó á haber en el puerto juntos catorce navíos, cada uno con 800 ó 900 negros.

Esos infelices venian desnudos, amontonados en aquella especie de tumba de madera, mal alimentados, sin ventilacion, ni espacio donde moverse, sin quien cuidase de sus enfermedades ni les dijese una palabra de consuelo. Se habia generalizado entre ellos la idea de que los traian para que su sangre sirviese para teñir las banderas de los blancos y carenar los buques, y para sacarles la grasa. Por manera que todos esperaban la muerte al llegar al puerto, destino que muchos desearian como el término de su infeliz existencia.

Así, apiñados, continuaban en Cartagena hasta que eran vendidos de nuevo ó repartidos en las posesiones del campo. Algunos que venian de contrabando eran encerrados en sótanos, tanto mas estrechos, mal ventilados y mal sanos, cuanto mas se deseaba ocultarlos á la autoridad.

En medio de aquel cuadro de horrores que clamaba al cielo y cuyo solo recuerdo causa espanto,

cincuenta en Cartagena, consagrados al servicio de los infelices negros. Bautizó treinta mil de ellos, y al fin cubierto de úlceras, procedentes de su roce con los enfermos, murió con la resignacion de Job, conservando, á pesar de la enfermedad, su rostro bello y sonrosado como en la primera edad de la vida.

Discípulo suyo, el mas aventajado de todos, fué el R. P. Pedro Claver, hijo de una familia opulenta de Verdun, el cual prefirió á sus títulos el nombre hermoso de *esclavo de los negros*.

Cuarenta y un años vivió en Cartagena, y la historia de esos cuarenta años es un tejido de heroicidades que pasman de admiracion el espíritu y dejan en el alma una impresion de ternura inefable.

Al avistarse un buque de negros, Claver se preparaba con las limosnas recibidas en la ciudad para ir á recibir á sus hijos: al verlos, los abrazaba, les daba alimentos y derramaba en sus almas el bálsamo de la esperanza.

En las horribles enfermedades de que adolecian por causa del clima y del abandono, practicaba tan

sublimes actos de caridad, que la sola narracion de ellos da vértigo. Un sacerdote que en cierta ocasion lo acompañó á una de aquellas sentinas de miseria en que estaban postrados los negros, y á donde él se sumergia como un ángel de bondad para curarlos y aliviarlos, cayó á tierra sin sentido con la vista de aquellas miserias y con los olores que llegaron hasta él.

De puerta en puerta mendigaba para ellos: su cuarto era una botica para los pobres; su lecho era ocupado las mas de las noches por algun infeliz negro y su manteo le servia para cobijar á los desnudos ó para recostar en él á los que solo tenian por lecho el duro suelo. Su corazon era para ellos una fuente de inagotables consuelos: su voz sólo se empleaba para hablarles del cielo é instruirlos en los deberes del hombre para con Dios, para consigo y para con sus semejantes. Cuántas lágrimas enjugadas! cuántos dolores aliviados! En sus labores de sacerdote católico se cuentan cuatrocientos mil bautismos. El resto de su tiempo lo empleaba en la oracion y en la enseñanza de los intérpretes.

Sin embargo no era éste mas que el primer capítulo de sus obras de beneficencia.

El Hospital de San Sebastian estaba dirigido como ya hemos dicho, por los hospitalarios de San Juan de Dios, con un celo y una actividad que los honra. Desprovisto de rentas, abrigaba, sin embargo, un gran número de pobres, sobre todo cuando llegaba alguna armada. A su sosten contribuia incesantemente Claver, recorriendo la ciudad con una alforja en que recogia las limosnas, y luego curando á los enfermos y haciendo los oficios del mas humilde criado.

El Hospital de San Lázaro recibia igualmente sus asíduos y heróicos cuidados. Esa lepra ardiente que no tiene esperanza de cura, que cunde como incendio, devorando las carnes y cebándose hasta en los huesos, sin que haya parte reservada á su estrago; aquella lepra que convierte el cuerpo en el reverso de la belleza humana, haciendo de él un foco de miseria, de desdicha y de horror; aquella lepra tenia amontonadas allí á sus víctimas, sin un sacerdote que les administrase los sacra-

mentos de la Iglesia, y sin un médico que les recetara, porque todos huian del contagio.

Claver penetró allí, para dar los consuelos de la religion á los moribundos, el alivio á los enfermos y la sepultura á los muertos. Renunciamos á contar los actos de caridad que con tales enfermos practicaba : la mano se estremece al tratar de narrarlos y duda uno de que fuese hombre aquel que de tal modo pudo vencer la naturaleza, y que concibió tan alta idea del alma humana y de los deberes del hombre para con los que sufren. Basta decir que los mismos elefanciacos huian unos de otros horrorizados... Solo Claver tenia brazos para enlazarlos á todos y un corazon repleto de ternura para que todos se recostasen en él...

Movido de sus ejemplos, el capitan Diego de la Torre mandó aumentar á costa suya el hospital y levantar en él un templo decente y casa para un capellan.

La enfermedad parecia huir espantada de aquel hombre santo, que ademas de su vida en constante agitacion, para el bien de la humanidad, vivia

privado no sólo de todo leve placer, sino áun de las cosas mas necesarias á la vida.

Acometido en fin de una especie de parálisis, pasó cuatro años entre la vida y la muerte, consagrando, sin embargo, sus escasas fuerzas al alivio de otros séres, á pesar de lo que él mismo sufria.

Poco ántes de morir se hizo llevar al Hospital de San Lázaro: queria abrazar á sus enfermos por última vez y dejarles para consuelo su testamento de amor. El dia 8 de setiembre de 1654 espiró en medio del duelo y la veneracion de toda la ciudad, que durante su larga vida habia asombrado con su caridad portentosa. Los triunfos de los conquistadores no presentan un espectáculo mas sublime, que este humilde sacerdote, tendido en su pobre féretro, ante un pueblo que de rodillas besaba sus piés y los cubria de lágrimas [1]. »

En 1643 habia fundado el colegio de Mompox el P. Márcos González. Los vecinos de aquella poblacion estaban divididos por opiniones y

1. Estudios sobre la beneficencia pública y privada. Cap. XXII.

enemistades personales, siendo la cuestion jesúitas una de las que los dividian. González llegó con un compañero en la primera semana de cuaresma y dió principio á una mision en que sus palabras iban acompañadas con el ejemplo de una vida penitente y abstraida de lo terreno. Los vecinos aceptaron la oliva de paz que el misionero les presentaba, y el tercer domingo de cuaresma se acercaron á los altares del Dios vivo con la paz en el corazon y en la mas completa armonía. Empezáronse la iglesia y el colegio en un solar que se compró al cabildo en dos mil pesos, para lo cual dieron limosnas los mas pudientes vecinos y los regidores que con todas véras patrocinaron la ereccion y que salieron en corporacion á recibir las limosnas. Como llegasen otros Padres y se aumentasen las necesidades, don Lázaro de Corcuesa, rico propietario, vino en auxilio de los jesúitas y obtuvo por su generosidad el titulo de patrono y los honores consiguientes. Al ver el colegio ya dotado no faltó quien pretendiese impedir la continuacion del edificio, sosteniendo que el título de patrono

pertenecia sólo al Rey. Formalizóse el pleito y vino á la Audiencia de Santafé; mas ésta declaró, en vista de las cédulas reales, que todo estaba en debida forma.

El segundo rector de aquel colegio fué el P. Cristóbal Cotriño, natural de Santafé y sobrino del Arzobispo Arias de Ugarte, quien le llevó á Lima á educarse. Volvió á su pais natal ya de jesúita y mereció reemplazar al P. González, cuyos talentos habian producido tan buenos frutos en Mompox. En una peste que se desarrolló en aquella ciudad hizo prodigios de caridad y acometido al fin por la fiebre, espiró santamente.

Don José Alvaro Alonzo y Mesa y su esposa, doña Beatriz Montero, fundaron el colegio de San Javier de Panamá en agosto de 1651, « a fin de que, dice la escritura de fundacion, el dicho colegio tenga lo necesario para su fábrica de iglesia y sustento de los religiosos que lo habitan y han de habitar. » Para esto dieron la suma de 40,000 pesos, manifestando su deseo de que se estableciesen cátedras de filosofía y teología, á fin de que los hijos de Panamá

no se viesen obligados á ir á Lima á concluir sus estudios. Estas clases no pudieron abrirse hasta el año de 1744, en que el sacerdote panameño, don Francisco Javier de Luna Victoria, despues obispo de Panamá y de Trujillo, señaló de su peculio 6,900 pesos de renta; y se obtuvo, á peticion de la Audiencia, que se erigiese el colegio en Universidad.

El fundador y primer rector fué el P. Hernando Cavero, enviado al efecto por el Provincial de Quito, Gabriel de Melgar.

CAPITULO II

Algunos jesúitas de Lima llegaron en 1585 á la ciudad de Quito, fundada cincuenta y un años hacia.

En 1594 fundó en ella el ilustrísimo Señor don fray Luis López de Solis el Seminario de San Luis y lo puso bajo la direccion de los Padres de la Compañía, por creerlos, segun dijo en el capıtulo II de la ereccion, « de mucho ejemplo y suficiencia en letras.... siguiendo en esto los ejemplos de los Sumos Pontífices, los cuales han encargado á la dicha Compañía los principales seminarios.... « Y porque la Sacra Congregacion de los Eminentísimos Cardenales, en la respuesta é interpretacion del Concilio de Trento, tienen ordenado que donde los de la Compañía pudieren ser habidos se les encargue las

lecciones y enseñanza en los dichos seminarios. »

El colegio de San Luis, fundado en un edificio magnífico y con una iglesia suntuosa, fué bien pronto, como el de San Bartolomé, un verdadero semillero de sabiduría y de virtud. En él se formaron jóvenes ecuatorianos y granadinos que ilustraron á uno y otro pais, sirviendo al mismo tiempo á la causa católica. Los jesúitas de Quito no se ocupaban solamente en instruir á la juventud secular, sino tambien y muy especialmente en formar operarios que continuasen su obra y misioneros que se lanzasen al descubrimiento y reduccion de los inmensos paises que los rodeaban, oscurecidos por las tinieblas de la barbarie y de laidolatría.

De allí salieron los eminentes varones que fundaron las célebres misiones del Marañon y las que evangelizaron gloriosamente la parte meridional de nuestro territorio.

El P. Rafael Ferrer, valenciano, fué uno de los primeros jesúitas españoles que llegaron á Lima, de donde pasó á Quito y fué el primero de su Orden que pisó nuestro suelo.

Las poblaciones fundadas en el Caquetá habian desaparecido á impulsos de la ferocidad de los bárbaros. Esto no impidió que el fervoroso jesúita emprendiese la obra de buscar á los mas feroces de aquellas selvas, los Cofanes, y de reducirlos á vida civilizada. Solo, sin compañero alguno, entró á la provincia de Ibarra y atravesando por el pueblo de Pimampira la gran Cordillera Oriental, pasó por la provincia de los Jumbos y llegó á la de los Cofanes, á orillas del Amazonas. Los indios le recibieron como Apóstol y vieron llenos de admiracion su vida penitente y consagrada al bien de la humanidad. Fundó en breve la poblacion de San Pedro, que llegó á contar 3,000 indios, y posteriormente, en 1604, fundó las poblaciones de Santa María y Santa Cruz. En seguida trató de ganarse, por medio de los indios ya conquistados, á los de los paises mas lejanos y cuando creyó realizable su proyecto, emprendió una correría que duró dos años y medio, durante los cuales recorrió mas de mil leguas de terreno desconocido, atravesando la multitud de rios que caen por una y otra banda al Marañon. En 1608

volvió al seno de sus Cofanes y los últimos meses de ese año los empleó en arreglar sus apuntes de viaje y en formar su catecismo y vocabulario de la lengua cofana, papeles de suma importancia que hasta fines del siglo pasado se conservaban en los archivos de Quito.

Habiéndose inclinado mucho hácia el sur en la pasada correría, emprendió otra hácia las comarcas del oriente. A las 50 leguas descubrió el gran lago Puequeya; caminó otras 50 leguas y descubrió el curso del hermoso rio Putumayo, que naceen Mocoa. Recorrió otras tantas leguas hácia arriba y hácia abajo por la banda occidental de aquel rio, y regresó á los Cofanes en donde terminó sus apuntes de viaje.

En 1609 se fué á Quito y volvió el año siguiente con dos compañeros, el P. Fernando Arnolfino, á quien dejó en el pueblo de Santa Cruz, y el P. Estéban Pérez, á quien dejó en Santa María, reservando para su residencia el pueblo de san Pedro.

Sus felices exploraciones habian incitado á los españoles á emprender nuevamente la conquista y

á formar otra vez las poblaciones arruinadas. No contentos con esto, trataron de establecer un presidio. El P. Ferrer, que conocia muy bien el terreno que pisaba, se opuso á ello y emprendió viaje á Quito con ánimo de hacer que se devolviesen los soldados: los indios, que estaban ya enfurecidos con los españoles, resolvieron deshacerse tambien del Padre. Al tiempo de pasar un rio candaloso le volcaron el palo que servia de puente y le sepultaron en las ondas, á principios de 1611.

El Padre Ferrer habia estado en Cali, bella ciudad fundada el 25 de julio de 1536 por Miguel Muñoz y de órden de Belalcázar en el ameno y risueño valle de Lili, en el del Cauca; y su ejemplo y sus palabras no habian sido infructuosos. Habia allí un jovencito de noble familia llamado Diego de Cayzedo, educado en la religion cristiana con aquel esmero de que todavía quedan hermosos ejemplos en algunas familias de este pais que conservan su pureza y rigidez primitivas. Cayzedó se propuso imitar al Padre Ferrer: así fué que obtuvo de sus padres permiso para ir á

educarse en el Seminario de San Luis, con ánimo de entrar en la Compañía. Desde su llegada al colegio se grangeó el afecto de todos por su dulzura y sus prendas personales; pero como era de constitucion endeble y de salud achacosa, los superiores aplazaron algun tiempo su admision. Al tomar el vestido de jesúita, nada le pareció extraño; pues estaba ya hecho á la virtud, y espontáneamente siguió por el duro sendero que le habian trazado Gonzaga y Koska. En esa vida de virtud y penitencia continuó sus estudios hasta acabarlos, bien que no pudo obtenerse el fruto esperado, pues la muerte vino á cortar en flor su vida, esparciendo el dolor entre sus hermanos y en toda la ciudad que le miraba como á un ángel. Alma privilegiada, vino al mundo para vivir en una sola aspiracion hácia Dios, para ser amado en su vida y llorado en su muerte.

Los jesúitas tuvieron motivos especiales para no fundar colegio en Cali, aunque se les pidió con instancia, ofreciéndoseles cuantiosas limosnas; pero hacian allí misiones cada tres años. De la juven-

tud de aquella ciudad salió el P. Manuel Rodríguez, autor del notable libro histórico de las regiones del Marañon, y que mereció por sus talentos y respetabilidad ser nombrado procurador de los jesúitas residentes en América cerca de sus superiores de Europa. Nacieron igualmente en Cali los Padres Estéban de Cayzedo, Matias Lazo y Andres Cobo de Figueroa, notables por su virtud y talentos.

La aspiracion mas ardiente de los jesúitas de Quito era el descubrimiento de las regiones del Marañon y la conversion de sus salvajes : pero, rebelados los Cofanes y no hallándose otro lado por donde entrar, resolvieron ocuparse por el momento en evangelizar á los pueblos vecinos.

Los misioneros que de Santafé pasaban á Quito veian en su tránsito la tribu de los Paeces, que habitaban la cumbre y las laderas del páramo de Guanácas, tribu tosca y completamente bárbara que apénas tenia levísimo vislumbre de la existencia de Dios. Dos Padres fueron á visitarlos y lograron atraerlos con algunos regalos. Algunos de los indios solian bajar de los picachos y crestas de

los montes, cuando asomaba algun viajero, y allí cambiaban sus frutos por abalorios y herramientas. Los Padres los sacaron á la ceja del monte, les hicieron construir una ranchería, con una cabaña grande que les servia de iglesia, y mientras el uno los doctrinaba, el otro hacia largas correrías á los pueblos circunvecinos. Casi todos andaban desnudos, áun en los montes frios; pero algunos empezaban á usar, dice Rodríguez, una camiseta como un costal ancho, que les caia desde los hombros hasta los pies, de manta tosca, que no se quitan del cuerpo hasta caérsele á pedazos, cadadia mas inmundas de los barrizalesy malezas en que andan; traen siempre lanza ó dardo en las manos, y en la cabeza una cestilla que llaman tacillas de Paez, de juncos ó cortecilla de carrizos tan bien tejidas que en ella cogen agua para beber.

Aquellos bárbaros corpulentos y feroces, vestidos con semejante traje, inspiraban terror á quien los encontraba en la soledad de esos montes.

Siendo casi impossible hacer comprender á los bárbaros la verdad religiosa, empezaron á ense-

ñar la lengua castellana á los niños; luego uno de ellos siguió hácia el valle de Neiva, y el otro, á quien llamaban generalmente el Padre Jerónimo, espiró en la soledad y el desamparo de Guanácas.

Posteriormente entraron á la region de los Paeces el P. Gaspar Cujía, insigne entre los suyos, el P. Ignacio Navarro y el P. Juan de Ribera, hombre de gran talento, que en breve se posesionó de la lengua y escribió en ella muy útiles catecismos. Cujía fué enviado al Marañon, y Ribera, sin abandonar á sus indios, que iban en tropas á las labranzas de Popayan, recorria toda esta diócesis con el fervor del apóstol. Murió en Cali y largo tiempo fué venerado su cuerpo en aquella ciudad.

Cerca del año 1640, el P. Francisco Fuentes, provincial en Quito, fundó el colegio de jesúitas de Popayan, ciudad cuyos cimientos echó Belalcázar en diciembre de 1536, y de la cual dice Rodríguez: « Bien se han dado á conocer en estos reinos sus gobernadores ricos y sus obispos santos, Mendoza, Vallejo y Montoya y otros. Tambien es aplaudido allá por sus flores, por sus frutas,

por su cielo, suelo y pan, que le juzgan sin igual en aquellas partes, y en todas son estimables los ingenios que produce y que han lucido tanto en los estudios de Quito.» Entre los jesúitas notables que produjo se cuentan los dos Padres Mosqueras y el P. José Nieto Polo, célebres escolásticos y oradores de fama, y los Padres Luis Coronado y N. Figueroa, insignes misioneros.

Despues de algunos años entraron á Guanácas el P. Francisco de Orta y el P. Vicente Centellas, los cuales hallaron al P. Navarro consumido como un esqueleto por la escasez y las penalidades, y completamente mudo, pero contento con haberse sacrificado por los indios. Catequizados ya muchos de estos, aficionados los mas de ellos á vivir en las haciendas de Popayan, se retiraron los Padres, á los veinticinco años de trabajo, dejando el curato á un individuo del clero secular[1].

1. Este curato es tal vez *Guambia* (hoy. Silvia), que es el mas antiguo é importante de los pueblos de *Tierra adentro*. Los otros pueblos *Vitoncó, Jambaló*, etc., y el caserio de *Asnenga* permanecen en un miserable estado. Estos indios de *Tierra adentro* se han adquirido un renombre de ferocidad en nuestras guerras civiles á las que en malhora han sido llamados. El asesinato

Los Padres Cristóbal de Acuña y Andres Artieda exploraron el rio Amazonas en 1640 y el primero de ellos publicó en España sus observaciones y la historia sucinta de su viaje, con un memorial dirigido al Rey, en que le suplicaba mandase poblar y resguardar el rio para utilidad del Monarca y bien de los gentiles que serian reducidos á la fé.

Tal fué el orígen de aquellas célebres misiones. Nosotros, áun cuando no tratamos de escribir la historia de los jesúitas de Quito, algo diremos acerca de ellas por haber figurado entre sus misioneros muchos insignes varones nacidos en nuestro suelo.

El P. Figueroa, natural de Popayan, fué enviado muy jóven por su distinguida familia al co-

del virtuosísimo ciudadano don Manuel Antonio Arboleda, cometido por ellos en 1861, llenó de oprobio el nombre de esas tribus semisalvajes, que subsisten en el interior de la República con una organizacion casi independiente.

Ocupan estos indios la rama de la cordillera central que separa los valles del Cauca y de Neiva, y se extienden por las cumbres de la cordillera casi hasta Barragan. Nunca se ha hecho censo de ellos; así es que el número que les asignan en las geografías es un mero cálculo.

Aunque hay curas en Guambía y en Jambaló, vendria bien una mision que redujera á esos infelices bárbaros á mas cultas costumbres y completara la obra del P. Navarro.

(*Nota del Editor.*

legio de Quito, en donde empezó sus estudios, dándoles fin en el seno de la órden de los jesúitas con notable brillo. El P. Cujía, fundador y capitan de las célebres misiones del Marañon, le tuvo por uno de sus principales compañeros desde el año de 1640. Veinte y cuatro años vivió en aquellas apartadas montañas, convirtiendo bárbaros, fundando poblaciones y aliviando las penalidades de los demas religiosos á quienes gobernó en calidad de superior. Sus momentos de descanso los consagraba al estudio, por lo cual se habia hecho conocer su nombre en virtud y letras, no solo de los misioneros sino tambien de sus principales jefes en Roma.

Los indios Cocamas se rebelaron el año de 1663 contra el misionero jesúita que los doctrinaba, y poco faltó para que lo sacrificasen, como sucedió con unos Padres de San Francisco que por aquella época se presentaron en las reducciones. Varias otras tribus siguieron el ejemplo y rebeladas, se escaparon á los montes, por lo que el Teniente de Borja, con órden de su gobernador don Juan Mauricio de la Vega, los persiguió y dió muerte á los diez mas culpables.

El P. Figueroa vino á estas reducciones y con su afabilidad y su prudencia logró impedir los malos efectos de esta medida, inspirando confianza á los salvajes. Corria, sin embargo, el año de 1666 y todavía se encontraban algunos indios rebelados y enfurecidos contra los blancos. En una de sus correrías tomó Figueroa el rio Apena, para continuar por el Marañon el viaje que habia emprendido desde la Concepcion de Jéberos, cuando al entrar al gran rio se halló con gran número de canoas cargadas de indios Cocamas, Chepeos, Ucayales y Maparimas. Figueroa arrimó su embarcacion á la playa, saltó á tierra y les hizo señal de acercarse. Los salvajes aceptaron su invitacion y saltaron á tierra diciendo, segun la costumbre de las misiones « Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, » y besándole la mano. En esto un indio, que se cree haber sido Pacaya, cacique de los Cocamas, le dió por detras de la cabeza un golpe de remo que le tendió por tierra. Los demas se lanzaron sobre él y le acabaron de matar, haciendo lo mismo con los pobres indios

que le acompañaban. Despues echaron al rio el cuerpo y llevando la cabeza en triunfo, siguieron á la Concepcion de Jéberos, en donde degollaron á otros cuarenta indios y al español Domingo Salas que acompañaba al Padre.

Su muerte causó profundo dolor en la mision y en el colegio de Quito. Un Padre fué con cinco soldados á buscar su cuerpo para darle honrosa sepultura : pero solo encontró sus anteojos, una patena y algunos papeles despedazados. El año siguiente una escuadrilla española surcó las aguas del Marañon, y castigando á los sacrílegos asesinos, dió la paz á aquellas regiones.

El espíritu del P. Cayzedo se habia trasmitido á un sobrino suyo llamado Estéban Cayzedo, hijo como él de Cali, y como él educado entre los jesúitas de Quito. En 1666 llegó este Padre á Archidona, curato que pertenecia á los jesúitas y estaba situado en un pais montañoso á la entrada de las misiones, por lo que servia á los nuevos operarios de escuela ó seminario en que aprendian el idioma de los indios y el modo de tratar á esa

pobre gente. Despues se le envió á la tribu de los Abijiras, reunidos hacia poco en un pueblo á orillas del Napo. « Fervoroso misionero y nada tímido de peligros, » como dice Rodríguez, se dedicó totalmente á su empleo, y habria sido abundante el fruto de sus trabajos, si su constitucion débil no se hubiera rendido á ellos. Sus enfermedades le obligaron á salir á curarse en Quito ; pero no pudieron apagar su celo por la salvacion de los salvajes. Asi fué que regresó á la mision y poco despues espiró santamente entre los hijos que tantos afanes le costaban. De los bienes qué le tocaron en su herencia dejó una parte á las misiones.

El mismo año en que el P. Figueroa entró al Marañon, es decir, en 1640, habia nacido en Cartagena de Indias el P. Pedro Suárez. Pasó muy jóven á Santafé é hizo sus estudios de latinidad y filosofía en el colegio máximo de San Bartolomé, entrando luego á la Compañia, que hallaba en él un corazon purísimo y un espíritu ilustrado. Con otros cinco jóvenes filósofos fué enviado al colegio

de San Luis y tuvo ocasion de hacer el viaje desde Popayan en compañia del historiador Rodríguez. A poco de llegar á Quito se ordenó de sacerdote y empezó á dedicarse al estudio de las lenguas indígenas, obteniendo por fin que se le nombrase misionero. Señaláronle la nacion de los Abijiras, á orillas del rio Curaray y partió inmediatamente, entrando por el Napo y dedicándose desde luego con inmenso fervor á la santificacion de los indios que se le confiaban. Habiendo pasado un año sin que se tuviesen de él noticias, fué á verle el P. Güells, antiguo misionero muy conocedor de aquellos parajes, y llegó despues de un mes de viaje.

Cuál seria su asombro al encontrar sólo las ruinas cubiertas de maleza, de la poblacion incendiada ! Con los ojos llorosos y las manos trémulas empezó á remover aquellas cenizas y halló por fin la caja de ornamentos y los libros medio quemados y un pedazo de sotana : el silencio y la soledad reinaban en el contorno; no era posible adivinar la suerte que habia cabido al infeliz misio-

nero. Hasta nueve años despues no se vino á saber cómo habia sido la muerte del P. Suárez. Los siguientes detalles los hemos tomado de una carta en que el P. Juan Lorenzo Lucero da cuenta á sus superiores de Quito.

En la nacion Abijira dominaba la poligamia. El cacique Quiricuare tenia doce mujeres. Semejante vicio debia destruirse inmediatamente, sopena de hacerse imposible el establecimiento de la religion católica, y por esto los esfuerzos del Padre se dirigieron á arrancarlo de raiz. Quiricuare resolvió entónces atropellar el obstáculo que se le oponia en su vida desenfrenada, y dirigiéndose con otros seis, iguales en costumbres, á la casa del Padre, le hirió á traicion con su lanza. El Padre, al sentirse herido, se hincó de rodillas, fijó los ojos en el cielo y cruzó sobre el pecho las manos, diciendo estas solas palabras : *Dios mio! Dios mio!* Los otros indios le atravesaron tambien el cuerpo con sus lanzas y uno de ellos le hirió en la boca para impedirle pronunciar esas palabras que por siete años quedaron resonando en los co-

razones de los asesinos. Trataron despues de cortarle la cabeza para beber en su cráneo; pero no pudieron conseguirlo, por lo que llenos de asombro y de terror lo sepultaron todavía vivo, diciendo: « Este no es hombre como los demas, sino de una naturaleza superior. » Al acabar de matarle le robaron los vestidos y las alhajas de la iglesia; pero se desarrolló entre ellos una disenteria de sangre y atribuyéndola, no á castigo de Dios, sino á las campanas y los vestidos, lo arrojaron todo, incendiaron la poblacion y se escaparon. El P. Suárez murió á los veinte y seis años de edad, en el primero de mision.

Don Jerónimo Baca, gobernador de Maínas, envió una expedicion compuesta de nueve españoles y ciento sesenta indios que descubrieron lo sucedido y castigaron á los culpables.

Quiricuare habia muerto á lanzadas á manos de los suyos.

En Quito se conservaba un magnífico retrato del P. Suárez junto con otros dos del P. Figueroa y del P. Ferrer, y una copia fué enviada al anciano

padre del mártir. Tambien se guardaba en los archivos de Roma la carta en que pidió se le enviase á las misiones de los salvajes, escrita con su propia sangre.

En 1672, las misiones del Marañon estaban á cargo de unos pocos jesúitas del Ecuador y del Nuevo Reino. El pueblo de San Javier de los Gayes acababa de fundarse en la cumbre de una montaña bañada por el Pastasa y el Bohono, á tres dias de la mision de Roamainas. De una y otra se encargó el P. Agustin Hurtado, hijo de Panamá, que, siendo estudiante de filosofía en San Bartolomé, habia ido en compañía del P. Suárez. Siete años hacia que se ocupaba en sus pacíficas labores el virtuoso sacerdote, cuando llegaron al pueblo dos mulatos. Recibióles con dulzura y convino en que permaneciesen á su lado ayudándole, como lo prometian, en la mejora de la poblacion y en el adelanto de los indígenas. Por desgracia, bien pronto dieron muestra de sus depravadas costumbres y no pudiendo permitir el misionero que se destruyese en un dia lo que en tantos años habia

formado, les afeó su conducta, les hizo ver la venganza que podian recibir por parte de los indios, ofendidos en lo mas caro que tiene el hombre, su esposa, y sobre todo con la ira de Dios. No pudiendo obtener que mudasen de vida, los amenazó con dar parte al teniente de Borja para que los hiciese salir del pueblo. Uno de ellos enfurecido contra el Padre, le acometió una mañana con su puñal y dándole repetidos golpes, dejó en orfandad la mision. Los indios, al saber el gran crímen y la gran desgracia, se apoderaron del agresor y lo despedazaron con sus lanzas. El Padre tenia 39 años de edad y ocupaba el puesto de superior de las misiones.

Entre aquellos misioneros habia otro hijo de Cali, el P. Miguel Silva, de muy buena familia, educado en el colegio de San Luis. Los Jéberos, los Roamainas y los Gayes gozaron durante seis años de sus servicios. En el de 1678 volvió á Quito, y de regreso á sus amadas misiones por el fragoso camino de Jaen de Bracamoros, se dió una caida, enfermó gravemente y murió, á la edad de 34 años.

Ignoramos las fechas del nacimiento y muerte

del P. Juan Lorenzo Lucero, el mas antiguo y mas insigne operario de los que tenian por entónces las misiones del Marañon. Velazco dice, al hablar de este egregio varon: « He dicho ya que fué el mayor hombre que en el siglo 17 vió el Reino de Quito, digno por su sabiduría y talentos de gobernar una entera monarquía. Fué quien mas y con mayor gloria trabajó en las misiones del Marañon. Ganó la mayor parte de las naciones y su fama esparcida por los bosques mas retirados, hizo que los indianos saliesen en busca suya, pareciendo cosa de encanto el imperio que Dios le dió sobre los corazones. El P. Vieyra, predicador del rey de Portugal, que lo trató por cartas, asombrado de su sabiduría y de sus hechos, contrapuso en una de sus obras al Lucero de Occidente con el sol de Oriente, San Javier. De 29 años que estuvo en las misiones fué superior los veinte y fué sacado para Rector del colegio de Popayan en 1688. » Habia nacido en la ciudad de Pasto. La siguiente carta escrita á su provincial da alguna idea de su carácter y de sus empresas.

« La carta que V. R. se sirvió de escribirme desde Latacunga recibí en estas márgenes del Marañon, y luego al punto visité como superior las misiones. Puse en los Roamainas al P. Francisco Fernández, en lugar del P. Miguel de Silva, difunto en Jaen de Bracamoros, cuya noticia dió ya por mi órden á V..R. el P. Juan Jimenez, á quien tengo puesto por cura de San Francisco de Borja, donde cuida de los pueblos de Mainas, San Luis Gonzaga, nuestro Padre San Ignacio y Santa Teresa de Jesus. El P. Francisco Fernández, ademas de cuidar del pueblo de los Santos Angeles de Roamainas, cuida de San Javier de Gayes. El P. Pedro Ignacio de Cáceres cuida del pueblo de la Limpia Concepcion de Jéberos y de otros tres, como son Chayavitas, Muniches y Paranapuras.

Yo estoy en esta Laguna, donde tengo tres naciones juntas, como son Ucayales, Jitipos y Chepeos. Tengo á mi cargo tres dias de Rio arriba y á la lengua del agua otras cuatro reducciones, como son Santa María de Guallaga, San José de Maparimas, N. P. S. Ignacio de Mayurunas y S. Esta-

nislao de Otanavis. Tengo tambien de gente de tierra, en distancia de un dia, tres pueblos, como son San Lorenzo mártir de Jibilos, San Javier de Chamicuros y San Antonio abad de Aguanos. Estos últimos pueblos visito en mula, porque los caminos son llanos y tiesos, aunque siempre debajo de árboles, por ser todo esto bosque espesísimo que áun los pueblos gozan sólo de aquel despejo que les da la importunidad de las hachas y machetes, y es tanto el vicio de la tierra que á seis meses de descuido estan los pueblos sin forma de pueblos, porque la infinita ramazon del bosque salvaje los encubre, de forma que parece se han desaparecido.

Las comodidades que tenemos por acá son solamente tener por cierto se salvan muchos de estos bárbaros, que parece dijo de ellos David hablando con Dios : *Homines et jumenta salvabis*, *Domine*. Son estos indios animales estólidos, sin gobierno, porque jamas reconocieron príncipe ; mandan los hijos á los padres, los agravian y hieren ; matan sus hijos, unas veces porque nacen mujeres y no varones, á que mas se inclinan ; otras veces por-

que la mujer tuvo pereza de criar á su hijo, que esta es la razon que dan cuando los reprendemos. El modo de matar las crias es meterlas vivas en unos agujeros que hacen, donde las ahogan echándoles ceniza encima muy despacio, en que fundan la piedad maternal, pues á no ser madre del infante la que ejecuta la muerte dicha, sino mujer extraña, con cogerlo de un pié y echarlo al rio y reir mucho, estaba todo hecho. Cuando muere alguno de enfermedad, dicen lo hechizaron; porque entre éstos la muerte no es natural sino casual, causada de veneficio de otro á quien ellos tienen por Mohan. Decirles que *statutum est hominibus semel mori*, es hablarles en gerigonza. Pedirles los cuerpos muertos para enterrarlos en la iglesia es darles una lanzada, y aunque entierro muchos en la iglesia á que asisto con rigor, á una vuelta de cabeza hallo muchos enterrados en sus casas. Otros hay que ni en la iglesia ni en sus casas los entierran, porque dicen es lástima que á sus parientes se los haya de comer la tierra, con que los descuartizan como á carneros y

entre todos los deudos se los comen. Los huesos muy bien asados, los muelen y revueltos en sus vinos se los beben con grande llanto. Hacen luego una grande borrachera, que dura ocho dias, donde beben, se embriagan, se tiznan con jagua y lloran sus difuntos con grandes alaridos.

En muchos tiene ya hoy otra forma la nueva cristiandad, porque Nuestro Señor ha sido servido de mirarlos con ojos especiales de piedad. El año pasado, á principios de junio, entró la peste de las viruelas en los primeros pueblos de Rio arriba; llegó aquí la noticia y con ella dispuse cinco procesiones en que hubo muchas penitencias á que asistí predicando con la palabra, y con la obra, haciendo cuanto pude por darles ejemplo de penitencia. Confesaron y comulgaron muchísimos con tal ternura que me hacian llorar; pero viendo que sin embargo de todo caminaba la peste, el dia 23 de junio ví 75 canoas de gente en esta Laguna, diciéndome todos desde ella : « Retírate, Padre; no aguardes la peste, porque si la esperas te ha de matar. Lloraban todos, dando desde las canoas

grandes gemidos y añadian: « No huimos de ti, Padre amado, sino de la peste; porque tú nos quieres y ella nos aborrece. Adios, adios! *Caquire tanu, papa, Caquere ura Dios ica-totanare*, que quiere decir: quédate con Dios, hombre esforzado, Dios te guarde y te dé mucha vida.

Quedé sin esta parcialidad como en un desierto; porque aunque restaban las dos de Chepeos y Jitipos, juzgué habian de hacer lo mismo, y áun llegué á sospechar me querian matar, porque en todo el tiempo de la despedida dicha no parecieron en el pueblo. Entréme á mi iglesia, encendí luces y descubrí á la Vírgen Santísima, donde estuve de rodillas mucha parte del dia, aguardando se hiciera en todo la voluntad de Dios. Como á las cinco de la tarde vino junta toda la gente restante; salíles al encuentro á la puerta de la iglesia; eran, como dije, Jitipos y Chepeos. Al acercarme dijeron todos el *Alabado*, en tono alto y devoto, y á porfía unos por un lado y otros por el otro me cogieron las manos y me las besaron. Dijéronme venian á hablarme; díjeles que hablasen lo que

gustasen, que ya les oia de buena gana. « Hemos » entendido, dijeron, estás muy pesaroso de ha» ber visto la facilidad con que han dejado este » pueblo los Ucayales, habiéndoles tú reducido á » él con tanto trabajo, y ya se ve tienes razon; » pero ahora deseamos mucho alegrarte y para » eso te ofrecemos nuestra compañía, aunque haya » de venir la peste, pues los que muriéremos he» mos de subir al cielo, porque moriremos cre» yendo en Dios y doliéndonos mucho de haberle » ofendido. Los que Dios quisiere que escapemos » estamos aparejados á rastrear los retirados y » traértelos otra vez. »

Con este razonamiento quiso Dios consolarme. Visité los enfermos de arriba, consolándolos y sacramentándolos y bautizando a muchísimos infieles. Entró aquí la peste y á una dió tambien en los tres pueblos de la tierra adentro y duró desde octubre hasta principios de mayo.

El trabajo que tuve en asistir á tanto enfermo casi incapaz de asistencia por el pestilente hedor del contagio en tierras tan sumamente calientes,

no es decible, ni mi intento es explicarlo, dejándolo todo para el dia del Juicio donde para confusion mia se verá claramente las muchas ocasiones que Nuestro Señor me ha dado para servirle y lo poco ó nada que todo se ha aprovechado mi alma, pues, como dijo San Agustin, *non quam multum sed quam benè*. Murieron muchísimos y juzgo que todos se salvaron porque fuera de confesarse en sana salud, lo hacian tambien cuando les comenzaba el achaque. Los gentiles tomaron ejemplo de los cristianos y venian á mí á bandadas pidiéndome el bautismo. En ménos de quince dias, sobre asistir á tanto moribundo, instado de ellos, bauticé y puse óléo y crisma á 600 indios. Cuando estos morian y yo los enterraba, mandaba repicar las campanas, y como para los cristianos antiguos se doblaban, dándoles yo la distincion de unos á otros, quedó ya por comun dicho suyo decirme: « Padre, ya murió N. el que no debe nada y es fuerza que mandes repicar á su entierro. » Cuando moria de los cristianos antiguos alguno, me decian: « Murió uno que debe y así ro-

guemos á Dios por él, y las campanas dóblense; » con que todavía he tenido ocasion de explicarles el purgatorio, que era ántes imperceptible para estos indios.

Habrá como ocho dias se me vinieron cinco indios de los retirados y me dicen estan los demas de camino para venirse, sin embargo de que toparon el Rio abajo gran comodidad de vivir sin ley de Dios, que es lo que la carne tanto apetece. Toparon con tres pueblos de Omaguas, los cuales les hicieron mucho agasajo. Estos tales dicen se me acercan de miedo del Portugues, que desde la ciudad de San Luis y castillo del gran Pará, donde estan haciendo rostro al Holandes, se han subido á la gran Omagua en busca de cautivos. Asegúranme se vendrán los mas, que son como tres mil indios, y claro está que los trae el miedo del Portugues, porque á vueltas de rescatar cautivos juzgo les hacen mucho daño. En todo este mes de junio aguardo aquí la gente retirada de este pueblo, y por agosto juzgo me vendran á ver los Omaguas que he dicho, y puede ser conchave yo con ellos se me pue-

bien seis dias de esta Laguna. Lo que siento mucho es no tener que darles; porque sin los dones de hachas y cuchillos no se hace nada, y con ellos se obra mas que con las escopetas y estruendos militares. Hoy no tiene la Mision una libra de hierro ni una onza de acero. Ya veo que de Quito es dificultoso venga, y así ha cerca de cuatro años que no nos envían una hilacha. Las sotanas son de manta y sobre las carnes no dejan de congojar, aunque con mucho consuelo de entender servimos á tan soberano Señor. *Nudos amat erœmus*, dice el P. San Jerónimo, con que por esta parte no hemos menester más. Lo que deseamos es tener con qué proseguir nuestras conqüistas espirituales y para eso diré á V. R. en papel aparte un medio que me dieron unos indios de la jurisdiccion de Jaen, distantes de Borja siete dias sólo. Guarde Dios á V. R. muchos años, para aumento de éstas sus conquistas del Marañon y Amazonas. Laguna, y junio 3 de 1681.

S. de Vuestra Reverencia,

Juan Lorenzo Lucero.

El historiador Velazco divide en tres épocas las misiones del Marañon: la 1ª desde 1650 hasta 1682 en que se redujeron 32 tribus y se fundaron 30 pueblos; la 2ª desde 1683 hasta 1727 en la cual se redujeron 34 tribus y se fundaron 75 pueblos; la 3ª desde 1727 hasta 1768 en la cual se redujeron 36 tribus y se fundaron varios otros pueblos.

Permítasenos recordar los nombres de los mas ilustres Jesúitas de aquella época.

El P. Gaspar Cujía, de quien ya hemos hablado, pertenecia á una noble familia de Cerdeña y llegó á la América en 1634. Siendo Provincial de todos los jesúitas residentes en el Ecuador y en el Nuevo Reino, tuvo la gloria de establecer las misiones en nuestros Llanos de Casanare, Meta y Orinoco.

El P. Lúcas de la Cueva, español, vivió 35 años en las misiones, haciendo prodigios de caridad. El P. Raimundo Santa Cruz abrió el camino del Napo y el de Pastaya, escribió la gramática y diccionario de la lengua Cocama, y lleno de mereci-

mientos murió en 1662, ahogado en uno de los afluentes del Marañon.

El Padre Enrique Richter figuró entre varios ilustres alemanes que evangelizaron el Marañon. Redujo todo el Ucayale y algunas otras tribus y le mataron los Cunibos. El P. Samuel Fritz, aleman, evangelizó la tribu de los Omaguas á quienes sacó de sus islas á las riberas del Marañon en un trecho de 250 leguas desde mas abajo de la boca del Napo hasta la del Rio Negro. En esta enorme extension dispuso fundar todas las poblaciones: y era tal su actividad que en ménos de dos años fundó 40 pueblos con órden maravilloso, pertenecientes á seis tribus distintas. Sintiéndose enfermo en 1869 por el excesivo trabajo, pasó á curarse en el gran Pará. Con este motivo pudo observar y delinear la parte baja del Marañon para concluir su mapa geográfico de aquel rio. Cuando se hubo repuesto quiso volver á las misiones; pero el gobernador de aquella plaza lo puso preso por saber que en él tenian un adversario ilustrado y poderoso las pretensiones indebidas de la corona de Portugal en

el territorio de la corona de España, pretensiones que abriga hasta hoy el gobierno brasilero. Escribió al Rey fidelísimo pidiendo la libertad, y se le devolvió, mandando el Gobernador que le acompañase una escolta hasta la boca del Napo á fin de que reconociesen las poblaciones fundadas por los misioneros de Quito y diesen cuenta exacta de todo porque así convenia al servicio real. Quiso el P. Fritz dar cuenta al virey del Perú para que impidiese los planes de los portugueses; pero no pudo realizarlo hasta 1692 y la falta de medios ó la demasiada buena fé no dejaron que se evitase el mal. El Gobernador del Pará envió en 1710 una expedicion de 1500 portugueses y 4000 indios de guerra, los cuales subieron el Marañon hasta la boca del Napo y se apoderaron de todos loo 40 pueblos sin la menor resistencia. Aprisionaron la mitad de los habitantes y los demas huyeron aterrados á los bosques. No estaba allí Fritz sino el P. Juan Bautista Sanna que siguió con sus infelice sindios al Pará. Allí escribió al Rey pidéndole que lo hiciese regresar á sus misiones:

la contestacion fué trasportarlo á las Indias Orientales. Asi se apoderó el Portugal de aquel territorio perteneciente á la corona de España en el enal reedificó las poblaciones destruidas, fundó otras y levantó varias fortificaciones. Este territorio usurpado es de cerca de 400 leguas. En vano clamó el P. Fritz á Quito y á Lima. Esta disidencia, dice La Condamine, mas parece querella de misioneros que de las dos coronas, si se hace juicio de ella por el poco interes que toma en aquel negocio la Corte de España, á quien no fructifican nada estas tierras, que solo pueden ser útiles á los portugueses, ocupando estos con sus colonias las bocas del rio y siendo dueños de su navegacion.» A los 22 años enviaron multitud de gentes para que poblasen el territorio é hiciesen fortalezas en él, apoderándose de todo el Napo hasta la boca del Aguaripo. A esta nueva usurpacion se opusieron valerosamente los Padres Juan Bautista Julian y Nicolas Singler, consiguiendo que las pacíficas reducciones rechazaran á los injustos agresores. El P. Singler trabajó una docta exposicion en que

demostró los derechos y posesiones de la corona de España en todo el rio Marañon, con la cual hizo enmudecer al Gobernador del Pará. Esta exposicion fué enviada á la Corte en 1737, por el P. Visitador Andres de Zárate, que le dió la última mano despues de registrar los archivos de Quito. Al salir los misioneros del Marañon en 1767, feroz é inhumanamente tratados hasta Lisboa, como dice Velazco, vieron á los ingenieros y soldados que iban á fundar, por órden del ministro de Portugal, una fortaleza en la boca del Aguarico y otra en la del Napo[1].

El P. Simon de Rójas evangelizó en el Putumayo la tribu de los Yetes, fundando el pueblo de San Simon, cuyo órden y cultura despertó la envidia de los españoles de Quito. Destituyóse de él al

1. Para mas pormenores en esta lucha ya secular con nuestra pérfido vecino, véase la *Memoria Histórica sobre los limites de la República de Colombia con el Imperio del Brasil*, que ha publicado en este año el señor José M. Quijano Otero, Bibliotecario Nacional. Colombia de cuyo territorio han satido expulsados *tres* veces los jesúitas, les debe un voto de gratitud por la defensa que de sus derechos han hecho áun en tiempos en que ni las ciegas autoridades españolas los vigilaban.

Padre y se erigió en encomienda; pero solo duró un año, pues ofendidos los indios con la ferocidad de los encomenderos los despedazaron á todos y se retiraron á los bosques.

Entre los misioneros alemanes, muchos de los cuales pasaron larguísimos años entre las distintas tribus del Marañon, hubo algunos célebres tambien por su instruccion. El P. Enrique Frantzen escribió las memorias de las misiones en las cuales estuvo cuarenta años, tan detalladas que, incendiado el archivo de ellas, no hizo falta. El P. Carlos Brentano escribió la una extensa historia de las misiones que se perdió en Europa con su muerte. Tambien escribió varios tomos sobre el mismo asunto el P. Adan Widman. El P. Martin Iriarte poseyó con perfeccion los idiomas de los Incas, de los Encabellados, de los Omaguas, de los Yameos y de los Mayorumas. El P. Juan Ullauri, jóven poeta del Ecuador, fué el Apóstol de los Lamas, durante 20 años é investigó con solicitud los misterios de la naturaleza y los puntos concernientes á la historia de aquel pais y del Marañon. El P. Ignacio Franciceis que habia

sido misionero en el Darien, de cuyo idioma escribió diccionario y gramática, estuvo tambien en el Marañon. El P. Andres Camacho, de Popayan, conquistó la nacion Murata y obtuvo el triunfo del Evangelio sobre los Jíbaros siempre rebeldes. El P. Luis Coronado, de Popayan, tuvo una gloria semejante, reduciendo la pérfida nacion de los Payaguas regada con la sangre de muchos de sus hermanos.

Los jesúitas redujeron tambien las tribus de Natagaimas y Coyaimas en el Estado del Tolima. Eran ámbas numerosas: industriosas é se habian hecho célebres por su valor en la guerra con los Manipos y Pijaos, y se dilataban en 40 leguas de llanuras bellísimas y á lo largo de la cordillera. Recibieron gustosas la doctrina evangélica y en poco tiempo fundaron nuevas poblaciones que se convirtieron en parroquias seculares el año de 1654. Apesar de los disturbios posteriores con los españoles, siguieron recibiendo á los jesúitas con demostraciones de alegría cuando iban á mision, y los internaban en sus bosques, de lo cual

da fé por experiencia propria el P. Velazco. Este inteligente jesúita hace mencion de multitud de geroglíficos que revelaban su antiguo adelanto y de las comodidades con que vivian.

Los Noanamas, Chocóes y Citaráes, tribus cada una de 20,000 individuos, con diferentes idiomas, poblaban la extensa y ardiente region del Chocó, cuyo territorio desigual, cubierto ora de torrentes y colinas, ora de rios correntosos y de cerrados bosques, está lleno de minas de oro y platina y posee dos canales naturales, el San Juan y el Atrato, separados tan solo por un bajo istmo de 5 kilómetros de anchura, para comunicar los dos océanos. Son tan feroces y aguerridos que áun hoy, despues de tres siglos, conservan su independencía. No se atrevieron á intentar su conquista el mismo Belalcázar, ni mucho ménos sus sucesores, que antes bien fueron algunas veces víctimas del furor de los bárbaros. Por muchos años aterraron al gobierno de Popayan, y destruyeron varias ciudades, como Toro, Arma, Anserma y Cartago.

Hallábanse independientes y triunfantes de los

españoles, cuando los jesúitas resolvieron conquistarlos. Pedro de Cáceres, natural de Panamá, y Francisco de Orta fueron los escogidos para la difícil empresa. Los valientes salvajes no solo los respetaron al verlos desarmados, sino que, siguiendo el estandarte de la Cruz, fundaron poblaciones al rededor de ella, y los dos misionero, haciéndose dueños de la lengua, los instruyeron en la doctrina del cristianismo. El P. Carvajal, nativo de Popayan, entró en 1669 á esa florida cristiandad como vicario general del obispo, con ámplias facultades, y la ciudad lo llenó de regalos, tanto para el templo como para los indígenas; pues, gracias á aquella conquista religiosa, Popayan se veia libre de invasiones de los indios. En 1672 entró el P. Antonio Marzal con un compañero y en 1685 el P. Juan Izquierdo. Estos siete operarios mantuvieron la mision por espacio de treinta y dos años.

De repente el clero secular quiso disfrutar de aquellos curatos que tanto florecian, y los ricos capitalistas creyeron llegado el tiempo de emplear á

los indios en el trabajo de las minas. Conociendo los jesúitas que servian de estorbo á unos y otros, hicieron entrega de las misiones y se retiraron en 1689, á las selvas del Marañon, en donde nadie podia disputarles el apostolado. Al tiempo de partir hicieron esfuerzos supremos para que los indios se comprometiesen á recibir á los nuevos curas y prestasen obediencia á los tenientes, pues las tres provincias se erigieron en tenencias del gobierno de Popayan, y lo consiguieron. Empero los indios empezaron á morir rápidamente en el trabajo de las minas; por lo cual los quedaban aunque no quisieron hacer dañó á los españoles, celosos del cumplimiento de su palabra, abandonaron su pais cediéndolo á sus opresores. Para suplir su falta, los españoles introdujeron negros esclavos. Las tres tenencias se erigieron en 1793 en gobierno separado, compuesto casi en su totalidad de negros y mulatos.

CAPITULO III

Diego de Ordaz subió el Orinoco en 1531 y llegó hasta la boca del Meta; pero sus bergantines no le permitieron entrar á Casanare, region que se suponia llena de ciudades riquísimas. Alonso de Herrera avanzó un poco más en 1531 ; mas una flecha envenenada le dió la muerte y su gente regresó á la isla de Trinidad. El aleman Spira fué el primero que penetró á los Llanos en 1537, regresando á Coro despues de un viaje infructuoso de cinco años. Más afortunado, Fredeman logró llegar por los Llanos basta Santafé, al tiempo de su fundacion. Visitaron tambien los Llanos Felipe de Urre, que buscaba el fabuloso Dorado, en 1588 ;

Hernan Pérez de Quesada, que con el mismo objeto salió de Bogotá con 200 hombres, y su hermano el Mariscal Gonzalo, que en 1569 salió con una florida expedicion de 300 españoles y algunas mujeres y 1500 indios auxiliares. Todos regresaron sin fruto alguno, despues de haber pasado infinitos trabajos en aquellas inmensas soledades de clima húmedo y abrasador, pobladas de mosquitos, de fieras y de salvajes. Baste decir que el Mariscal no alcanzó á traer de regreso veinte y cinco personas de su comitiva.

Tal era la region á donde iban á establecerse los jesúitas. Y por cierto que no les habria sido muy difícil la reduccion de los indios que la habitaban, si la codicia y la crueldad de los conquistadores no hubieran sembrado el odio y el espanto en los corazones de los indígenas.

En 1606 habia penetrado hasta sus bosques á orillas del Meta, el capitan Alonso Jiménez. Salieron á recibirle cuatro mil Achaguas con la mayor afabilidad. Les hizo fundar iglesia y les prometió tratarlos bien : pero un dia dió á sus soldados

órden de prenderlos en la misma iglesia y con sogas y colleras los sacó de sus tierras para venderlos á los hacendados. La mayor parte de los cautivos murieron de susto y de rabia : los demas se internaron en sus bosques llevando el recuerdo indeleble de aquella ferocidad. « Quedó tan horrorizada esta nacion, dice el P. Rivero, con la invasion pasada, que ya no se fiaba como ántes de los que miraba desde este tiempo no como si fueran hombres sino como á monstruos del abismo, nacidos para su mal y destruccion del mundo, cuya noticia y hostilidades habia volado y extendido hasta lo mas remoto. »

Lázaro de la Cruz, tan feroz como Jiménez, entró despues al Meta y cautivó un gran número de Achaguas, con lòs cuales emprendió viaje de regreso. Uno de los desesperados indios se levantó de noche, penetró hasta donde se hallaba el jefe de los españoles y viéndole dormido, tomó una escopeta que estaba á su lado y trató de darle con ella en la cabeza. Pero el miedo le hizo errar el golpe y se lo descargó en el brazo. A los gritos del

caudillo se despertaron sus soldados y enfurecidos como hienas, despedazaron á los infelices cautivos. El P. Rivero se lamenta, como verdadero sacerdote católico, de esos hechos horribles y reprueba con la acritud merecida á esas fieras humanas que tanto atormentaban á los salvajes y que tantas veces se mancharon con su sangre inocente.

El V. obispo de Chiapas, Fray Bartolomé de las Casas, dice lo siguiente, hablando del mal trato dado á los indios.

« El conquistador habia distribuido los pueblos y sus habitantes con los bienes de estos entre los oficiales y soldados de su expedicion á título de encomienda, pero realmente como esclavos, para que sirviesen los indios al español que la suerte les destinaba por señor, con sus propias personas, las de sus mujeres é hijos, con sus bienes y el oro, perlas, esmeraldas y otras piedras preciosas que tuviesen ó pudiesen haber y con otros cualesquiera medios posibles para multiplicar sus riquezas. »

Y mas abajo añade :

« Actualmente se verifica que recibiendo un es-

pañol comendador desde ciento hasta trescientos indios por esclavos, manda cortar las cabezas á treinta ó cuarenta, y dice á los demas : ya veis lo que haré con vosotros si no me servis bien. »

« Algunos españoles han enseñado á sus perros á mantenerse con carne humana; por lo cual salen á caza de hombres, matan á quince ó veinte indios, ceban á sus perros y aun sucede que un español pida prestado un cuarto del cadáver de un indio, prometiendo pagarlo en el dia siguiente si saliere á caza, ó bien en el primer dia que tenga proporcion*.

Los jesúitas no reparaban en los peligros : eran discípulos é imitadores de Javier, el apóstol de las Indias orientales. Nuestro gran arzobispo Arias de Ugarte se apresuró á secundar sus designios y en 1628 salieron de Santa Fé cinco misioneros para los Llanos, los cuales llegaron felizmente á la cordillera, por caminos peligrosísimos, ó mejor dicho,

* Las Casas, *Obras completas*. Edic. de Nicolás Arias ; Madrid, 1822, pág. 188, 195.

por trochas abiertas en montañas seculares y desfiladeros.

Al trasmontar la cordillera oriental, descubren los ojos el océano de sabanas de distintos matices, que presentan dos grandes zonas. En la primera, desde el rio Upia hasta el Charte, se elevan los páramos de Toquilla con sus ásperos y precipitados declives, que conducen al valle de las salinas. Desde el Charte al Casanare se alzan las descarnadas cimas de Lajas, Pisba y Canoas, dando seno en sus quiebras á valles deliciosos que riegan sonantes y tumultuosas aguas.

En estos valles se detuvieron los misioneros.

José Dadey se encargó del pueblo de Támara sentado en una meseta á 1,400 pies sobre el nivel del mar, la cual domina los valles de Panto, y las aldeas de Paya y Pisba en el valle de este nombre.

Al P. Diego de Acuña tocó el pueblo de Morcote, situado entre la cordillera y un ramal de colinas donde se fundaron despues otros pueblos.

Tobalina se encargó del pueblo de Panto en el valle de su nombre y el P. Molina, del de Chita, en el

valle de Casanare, no léjos de la Sierra Nevada.

Aun hoy se encuentra poco cultivo en la primera faja de aquel suelo, por la calidad del terreno, casi todo cubierto de cerros estériles y empinados. Las vegas de los rios son igualmente estériles y estan cubiertas de piedra rodada. Esta zona tiene de extension como 196 miriámetros cuadrados.

La segunda zona, en su primera faja, que limitan la cordillera y el Meta, está formada por una planicie baja, cubierta de gramíneas, y sus rios estan bordados de riquísimas selvas. La segunda baja entre el Meta y el Guaviare, es alta y está cubierta de gramíneas y palmares que van á perderse en el Orinoco.

Los indios que habitaban las faldas de la cordillera eran muy numerosos. Solo Morcote. Panto y Támara contaban seis mil almas. Los de Panto eran de genio suave y se mostraban deseosos de civilizarse. Por el contrario los Tunebos (que en número de 2,000 habitan hoy á orillas del rio Cabugon y sus tributarios) eran sucios, habladores y pretensiosos. Cuando alguna moza no tenia ca-

rate, no podia encontrar novio. Al hablar de los blancos decian que Dios les habia dado riqueza al hablar de los Giraras sus enemigos, que les habia dado cura para que los azotase como merecian; y al hablar de sí mismos, que les habia dado entendimiento.

La codicia de los españoles habia establecido lo que llamaban el tributo o servicio personal, es decir, la esclavitud. El gobierno español estableció posteriormente las encomiendas perpetuas por las cuales se cedia á los particulares un territorio, á fin de que sus habitantes fuesen reducidos á la vida civil y el encomendero percibiese el fruto del trabajo de los indios. La edad média renacia en América, con utilidad, es cierto, pero tambien con grandes abusos.

Los indios, acostumbrados á su libertad y poco adictos al trabajo, se iban internando poco á poco en las selvas. Sin embargo, los españoles habian logrado formar algunas poblaciones que tenian ya sus curas, y obligaban á los indios á cultivar el algodon que estaba reservado, en tributo, al rey.

El primer cuidado de los misioneros fué aprender los idiomas de los indios, lo que les fué muy difícil, pues los curas que habian existido allí en el espacio de veinte años, no habian aprendido una palabra, y los indios hablaban pésimamente el español. Los jesuitas no solo aprendieron el idioma, sino que escribieron gramáticas, diccionarios y catecismos.

Habian llevado consigo abalorios, espejos y otras cosas de esta naturaleza que á los ojos de los inocentes salvajes tenian incalculable precio y que servian de cebo para atraerlos. Cuando ofrecian á los indios rebeldes algun faldellin ordinario, venian al punto trayendo sus familias, y cuando se añadia á esto alguna sarta de abalorios, un espejo, unas tijeras, la alegria llegaba al colmo y la sujecion era completa. ¡ Cuánta sangre inocente no habria podido ahorrarse, si con una raza tan dulce é inofensiva hubiesen empleado estos médios todos los conquistadores, en vez de los arcabuces y los perros de presa !

Esta conducta para con los indios y las exhor-

taciones hechas á los españoles para que modificasen su aspereza, aumentaron las poblaciones é hicieron que los indios se dedicasen gustosamente al trabajo, al mismo tiempo que se construian iglesias y se daba principio á nuevos pueblos.

Entretanto, sinembargo, se levantaba en Santafé una acusacion contra los misioneros. Decíase que estaban negociando con los indios y haciéndose ricos. Esta acusacion la hacian los mercaderes, á quienes los Padres no permitian que esquilmasen á los indios, como tambien algunos sacerdotes que creyeron poder hacerse ricos, si les concedian los curatos de los Llanos. La Audiencia tomó la defensa de los Padres: pero la autoridad eclesiástica se puso en contra de ellos y el nuevo arzobispo, don Julian de Cortázar, tuvo á bien nombrar clérigos seculares para los curatos, dando á los jesúitas órden de retirarse. Dejaron estos en el dolor á sus infelices indios y obedecieron inmediatamente, aunque bien persuadidos de que nadie podria suplirlos en una empresa que solo ofrecia espinas.

El capitan Alonso Pérez de Guzman fundó la poblacion de Tame con 450 indios Airicos y Giraras, no léjos de un caserío español que tenia por nombre Espinosa de las Palmas. Los Giraras á quienes por cuatro años gobernó con vara de hierro, se aprovecharon de una entrada que hizo á tierra adentro, para ir á la poblacion española y degollar á sus habitantes. A él lo alcanzaron en el monte y despues de batir á sus treinta soldados le dieron muerte á él y á todos los demas. La real Audiencia envió á don Martin Mendoza y Berrío á castigar á los indios, lo que hizo, ahorcando á 16 de los principales á orillas del Arauca. En este punto reunió á los demas y les hizo fundar la poblacion, que tres años despues se trasladó al primer sitio.

Sucedióle, como gobernador, Alonso Sanchez Chamorro, que por sus crueldades para con los indios fué asesinado por los dos que le servian de asistentes; miéntras dormia siesta.

En cuanto á la parte religiosa, sucedió lo siguiente. Los curas nombrados por sucesores de

los jesúitas abandonaron bien pronto las pobla ciones y la Compañía fué llamada de nuevo; pero no creyó conveniente aceptar. El Arzobispo don Cristobal de Tórres hizo jurar al clérigo Damian Ugarte que iria á los Llanos. Lo cumplió éste; pero se volvió á los ocho meses y poco despues murió en Santafé. El gobernador que veia totalmente desamparadas las misiones envió de corregidor á un mestizo llamado Hernando Ortiz, que doctrinaba á los indios. Tres religiosos agustinos se establecieron posteriormente en los curatos de los jesúitas.

A la sazon gobernaba el arzobispado en sede vacante don Lúcas Fernandez de Piedrahita, nuestro historiador, amigo sincero de la Compañía, como que se habia educado en ella, y celoso por la gloria de la religion. Este señor habló con el Provincial Hernando Cavero y entre los dos y con anuencia del Presidente don Dionisio Pérez Manrique, se resolvió que la Compañía volviese á las misiones de los Llanos.

El 13 de abril de 1659 salieron los PP. Francisco

Jiménez y Francisco Alvarez con órden de explorar el terreno, pero sin tocar en los curatos que ocupaban ya los PP. de la Candelaria.

Despues del molesto y peligroso viaje llegaron á la entrada de los Llanos, tocaron en Panto, atravesaron el Casanare, donde habia una encomienda numerosa de Achaguas, siguieron por dilatadas sabanas de clima abrasador y llegaron á Tame, poblacion sentada á orillas de su rio, que divide en trece brazos sus abundantes aguas.

Desde Casanare, los indios, al ver sus vestidos negros, salian en tropa y les presentaban sus hijos para que los bautizasen. En Tame fueron recibidos con arcos y flores, enmedio de la salvaje música. Los viejos bautizados en la primitiva mision mantenian vivo el recuerdo de los primeros Padres, preguntaban por ellos y manifestaban deseo de verlos otra vez en sus selvas. Molina era quien habia dejado mas grata memoria. « ¿Y cómo no, decia un anciano tunebo, si cuando él estaba por aquí, todos éramos santos? » Palabras que por sí

solas forman la apología del insigne varon y de sus trabajos evangélicos.

Los nuevos operarios celebraban una funcion que tuvo para los ancianos tales recuerdos y para los jóvenes tal encanto, que hubo de prorogarse por ocho dias y al terminarse dieron un banquete de carne y bizcocho, demasiado delicado por cierto para tan toscos paladares. Luego les repartieron peines, navajas y abalorios y se despidieron prometiendo volver.

De regreso encontraron una partida de Guahivos que comerciaban en totumas y piedras de iguana. Detuviéronse al ver á los españoles y éstos empezaron á insinuárseles con tan buen éxito, que manifestaron su deseo de llamar á los parientes para que oyesen la doctrina, como lo hicieron, dejando bautizar á sus niños y conviniendo en fundar una poblacion cristiana. Los regalos que se les hicieron, contribuian en gran parte á tan buena disposicion, pues los indios son interesados sobre toda ponderacion.

Despues de 49 dias de viaje llegaron los explo-

radores á Santafé, con buenos informes sobre el fruto que se podia obtener y sobre la necesidad de fundar una poblacion á orillas del Casanare, rio que los conduciria al descubrimiento de regiones vastísimas.

Tocó la gloria de entablar por segunda vez las misiones á los PP. Alonso de Neira, Ignacio Cano y Juan Fernández Pedroche, que partieron llevando consigo ornamentos, vasos sagrados y cuadros de santos suficientes para servir cuatro iglesias; asi como tambien una partida de telas burdas, vidrios, machetes, cuchillos y cascabeles para los indios.

Por convenio con la autoridad eclesiástica cambiaron el curato de Tópaga, que el P. Ellauri habia elevado á un estado tan floreciente, por el de Panto, miserable aldea en que pretendian formar un punto intermediario para sus comunicaciones con Santafé y para guardar las telas y herramientas que se fuesen necesitando en las reducciones. El P. Cano se quedó en Panto y el P. Neira en la encomienda de Casanare, mientras que los indios

tunebos quedaron al cuidado de Fernández Pedroche.

Por lo demas, las misiones iban á emprenderse en grande. Solamente los Llanos granadinos les presentaban un territorio de 2,360 miriámetros cuadrados, regado por rios caudalosos como el Orinoco y el Meta.

Las tribus salvajes que desde luego se encontraron fueron las de Achaguas, Giraras y Airicos, que poblaban las orillas y las cercanías del rio Ele, sabanas inmensas de sorprendente verdor, y esteros en constante evaporacion, que presentan el aspecto de un golfo sin límites que brilla, se mueve y se mece á lo léjos, mientras que al acercarse desaparece como óptica ilusion.

Los indios andaban con el grueso y largo cabello ungido con aceite de coco, la barba arrancada desde la niñez y el rostro pintado con tintas de colores. Eran diestrísimos en el manejo de la flecha y de la macana, especie de espadas de madera endurecidas al fuego y sumamente pesadas. Su vicio principal era la embriaguez. No tenian

templos ni ídolos; pero en sus creencias religiosas se alcanzaba á traslucir la idea de un Sér supremo y de la inmortalidad del alma, el recuerdo del Diluvio y aun el conocimiento de la Encarnacion del Verbo; creencias que eran mas extensas entre los Giraras. Todos ellos, y en especial los Achaguas eran bien formados y de carácter dócil, sencillo y benévolo.

Pedroche se captó la voluntad de los inconstantes Tunebos, que vivian desparramados, y en 1661 los juntó en el sitio de Patute, en un pueblo que llamó Nuestra Señora del Pilar.

Por el mismo tiempo, reducia el P. Neira á los Achaguas, si bien de carácter mas suave y racional, no por eso ménos entregados á la barbarie y la inaccion. Conservábase entre ellos muy fresco el recuerdo de los antiguos jesúitas, por lo que ahora no presentaba gran dificultad su reduccion. En mes y medio levantó con ayuda de sus indios un hermosísimo templo de madera en San Salvador del Puerto, que así se llamaba la aldea recien fundada. La forma de la iglesia era ochavada,

con tres naves, en medio de las cuales doce columnas sostenian la techumbre en forma de media naranja, con cincuenta pies de diámetro. Vestian la parte exterior tapias de tierra y el interior estaba pintado con los colores de que hacian uso los indios.

El dia de la dedicacion predicó el P. Neira en lengua achagua á un crecido y fervoroso auditorio. Por la tarde dió una fiesta en que danzaron al compas de flautas y tamboriles los indios jóvenes adiestrados por él

El P. Cano, doctrinero de Panto, atendia tambien á Tame.

Los que habian logrado escaparse de esta poblacion, despues del fusilamiento de Arauca, continuaron en los montes y aliándose con los belicosos Chinatos, se armaron jurando guerra á los que habian ayudado á la persecucion de sus compañeros.

Es de advertirse que entre estos indios se extiende la venganza hasta la cuarta generacion, lo que muchas veces la hace perpétua.

Los rebeldes mas encarnizados se habian re-

tirado á los orillas de los rios Ele, Cuiloto y Arauca, cuyas sabanas se pierden sobre el Orinoco y el Meta.

De estos se encargó el P. Antonio de Monteverde, que llegó á los Llanos por la vía de Guayana.

Habia venido á este país con una expedicion francesa que halló la colonia destruida por los vecinos de la Guayana holandesa. Los expedicionarios se retiraron desalentados y volvieron á su patria. Monteverde, que no buscaba riquezas ni comodidades, se quedó solo en el inmenso desierto, recorrió tierras desconocidas, cruzó rios correntosos é ignorados, y sin temor á las fieras, á la falta de sustento y á los peligros de toda especie, llegó al fin á los Llanos. Sus manjares habian sido las yerbas silvestres, su lecho los huecos de las rocas y de los troncos, y Dios su único guía.

Cuando llegó á los Llanos, un cacique llamado Castaño, de gran valor y ánimo orgulloso estaba en las tierras por donde corre el Ele, que baja engrosado con los yelos de los picachos de Chisgas y Guacamaya. Sabiendo que los indios estaban for-

mando poblacion, salió de las breñas en direccion á Tame. Viéronle llegar unas indias que estaban sembrando en los alrededores y se quedaron yertas de espanto; pero dos de ellas se escaparon y dieron aviso á sus parientes. Mientras estos se armaban de arcos y macanas, Monteverde salió de la poblacion, solo y sin armas. Los de Castaño le tendieron los arcos para asaetearle; mas, admirados de su valor y subyugados al fin por sus palabras, volvieron los arcos hácia abajo y prometieron hacer la paz.

Los de Tame ya estaban formados en batallones y con los arcos vueltos al cielo, saltando cada uno en un solo punto y dando todos desentonados alaridos: eran las señales del combate. La noticia de la paz que se iba á celebrar fué recibida con aplauso y se procedió al acto, segun el uso. Todos volvieron las flechas hácia el suelo, dispararon y presentaron les arcos desarmados al enemigo. Si alguno despues de esta ceremonia, hubiese disparado su flecha, habria muerto al punto á manos de los suyos como infame y traidor. En seguida arrojaron

todas sus armas, excepto la macana, hicieron alejarse al Padre y empezaron á darse unos á otros, golpes que no podian causarles heridas mortales y á echarse en cara los motivos de sentimiento que cada cual tenia. Una vez dados los golpes y dichas las quejas, pasaron á darse cariñosas palmadas en las espaldas en señal de abrazarse; con lo cual quedó la paz asegurada, y empezaron las danzas y convites.

Todos quisieron quedarse con el Padre y fueron recibidos en Tame, excepto los Chinatos á quienes se prometió la fundacion de un pueblo en su tierra. De los Giraras solo seis acompañaron al soberbio Castaño que en adelante cumplió su palabra, viviendo quieto en los bosques.

Hernando Ortiz turbó algun tanto la calma de la reduccion, deseoso de dominar á los indios y de continuar en su vida libre. Con el objeto de perder á los misioneros que lo reprendian, y de hacer que los indios los aborreciesen, se valió de la calumnia y promovió la desercion de los neófitos. Sus cartas al gobierno eclesiástico de Santafé estuvieron á

punto de dar fin á las misiones como en la primera ocasion.

Ni era éste el único peligro de las reducciones que se iban formando á esfuerzos de los Padres, quienes servian de abogados á los indios, impidiendo que les exigiesen el servicio personal ó los esclavizasen. Los encomenderos, que miraban á los indios como *suyos* y que así lo decian, sólo cedian á las lágrimas de los misioneros ó á los amenazas de que á veces tenian que hacer uso en nombre del cielo contra su crueldad.

En 1662 se encontraba en Panto un cacique llamado Alonso, de grande autoridad entre los suyos y muy celoso cristiano. A esfuerzos suyos se fundó la poblacion de San Javier, á seis leguas de Tame, en una bellísima llanura fecundada por el rio Macaguane. Estos indios habitaban las sabanas altas que se elevan al pié de los declives de la sierra nevada. Al llegar á San Javier en número de 450, encontraron todo preparado. Monteverde habia vendido hasta su propia ropa, para dar á los recien venidos las herramientas y enseres necesarios.

Despues de esta fundacion contrató la de otra con los indios Luculios. Rozáronse los montes á orillas del Arauca, formáronse ranchos y sembráronse cacaotales. De repente aparecieron los indios chinatos y cortaron en flor las esperanzas de Monteverde, matando á todos los colonos é incendiando los caneyes.

Al mismo tiempo una cruel disenteria diezmó los Llanos, sin que hubiese médicos ni medicinas que aminorasen sus horrores. Los mohanes, que asi se llamaban los adivinos indígenas, hicieron creer á la multitud, que despues de haber observado el vuelo de las aves, el giro de los peces y el rumbo de las fieras podian anunciar la muerte de todos los que no abandonasen las reducciones y se volviesen á los bosques. Qué esfuerzos no se necesitaron entónces para impedir la destruccion del edificio elevado con tantas fatigas y sacrificios! El carácter supersticioso y voluble de los indios le daba un cimiento de arena : sólo fuerzas sobrehumanas podian impedir que se desplomase.

En ésta situacion llegaron tres nuevos y jóvenes

operarios : Cristóbal Jaime y Antonio Castan, españoles, y Dionisio Maisland, frances, que habia estado á expensas del Gobernador Martin de Mendoza en la Guayana, donde habia formado dos poblaciones cristianas.

Monteverde, superior entónces de las misiones. emprendió la difícil reduccion de los Guahivos y Chiricoas, dos tribus numerosas muy semejantes y unidas entre sí. Su vida errante y su genio vivaz y voltario les daba un aire á los gitanos de Europa. Siempre andaban errantes, negociando en aceite de coco, esteras y hamacas. Se mantenian con la pesca y la caza de venados y vivian frugalmente, lo que no impedia que estuviesen entregados á vicios vergonzosos y que fuesen ladrones por instinto y por sistema. No sólo llevaban rapada la barba, como los demas indios, sino tambien la cabeza, en lo cual los acompañaban las mujeres; y para conseguirlo se untaban tres ó cuatro veces un betun, que al despegarlo, se llevaba consigo el vello y sus raices. Las mujeres cargaban el aceite de coco y las hamacas de pita

que ellas mismas trabajaban. Los hombres iban adelante, sin reparar en aquellas infelices hembras, cuyas cargas les tocaban á ellos; los niños, por pequeños que fuesen, marchaban detrás á paso largo.

Excitólos Monteverde á abrazar el cristianismo, prometiéndoles que los defenderia de los blancos, y Maguate, uno de sus caciques, encantado con el modo de vivir que el Padre les proponia, demarcó, en 1664, une poblacion á orillas del Panto, que se llamó San Ignacio de los Guahivos. Una vez formados diez caneyes, cada uno para cien personas, y labradas las tierras, llamó al P. Maisland para que se encargase de los nuevos feligreses, sin dejar por eso los que tenia á su cargo. Este misionero y el P. Castan los dirigieron por mucho tiempo luchando con su inconstancia y su inclinacion á la vida errante.

A orillas del Ariporo se extendian unas ricas llanuras, caprichosamente salpicadas de palmeros moriches, yagua y chaguaramas. Alli fundó Monteverde la segunda poblacion de estos indios, que quedó al cuidado del P. Agustin Rodríguez.

De ámbas poblaciones se escapaban todoslosdias algunos, y hubo vez de irse en fuga cuatrocientos. Los misioneros salian á buscarlos en los montes y despues de increibles penalidades volvian con los piés despedazados por los abrojos, el rostro y los manos por los zancudos, pero regocijados, como el Buen Pastor, con la oveja perdida.

Despues de siete años de reduccion, el P. Castan dictó en Ariporo leyes y castigos, conforme á lo cual fueron azotados tres indios. Aquella misma noche huyó la poblacion entera, quedando solo Maguate con su familia. Despues de mil esfuerzos inútiles, hubo de regresar el Padre á Santafé, y llegó á Ariporo otro jesúita jóven, de prudencia y de genio suave, el cual habló largamente con Maguate. Al instante envió éste un comisionado á los fugitivos, diciéndoles que ya estaba depuesto el Padre que los habia azotado y no podria volver á poner los piés en la poblacion; que en su lugar estaba un Padre muy bueno, muy hermoso, que no tenia pelo de barba y que no azotaba. Despues de seis meses de trabajo, se formó nuevamente la aldea.

No faltaban agitaciones de otra clase en aquellos desiertos que empezaba á alumbrar la luz evangélica. En Tame se suscitó una contienda entre Castaño y el corregidor, que estuvo á punto de ensangrentar la poblacion. Ya iba á empezar el combate entre los partidarios de uno y otro, cuando Monteverde se lanzó enmedio de los dos campos y logró, con sus palabras y con el respeto que á todos inspiraba, restablecer la paz. « Se entró con su bordon, dice Rivero, en medio de las dos filas, entre las lanzas y macanas, levantando la voz con tono alto y severo, á que añadia mayor eficacia su agigantada estatura y respetable rostro encendido. »

Levantóse tambien un soberbio cacique llamado Simon, quien inspirando á los indios la idea de que iban á ser subyugados por tropas españolas cuya próxima llegada anunciaba, logró escaparse con algunos de ellos. Pasó por el pueblo de San Javier y alborotó al cacique Tripay, indomable y traidor como ninguno, el cual se retiró al monte y acompañado de los mas valientes, volvió sobre

San Javier con ánimo de dar muerte al Padre Jaime. Quiso Dios que éste se hallase predicando en un pueblo de españoles, por ser Pascua de Resurreccion. Asi fué que no le hallaron los rebeldes y hubieron de contentarse con saquear la iglesia y la choza cural, dejando dardos clavados en las puertas de una y otra, en manifestacion de lo que habrian querido hacer con el Padre. A los indios les prometieron volver despues á rescatarlos de su cautiverio, segun decian. No pasó mucho tiempo sin que Tripay intentase realizar su promesa; y para esto se acercó á la poblacion con mayor número de indios, acampó á sus inmediaciones, dió sus órdenes, señaló las partidas que debian atacar la iglesia y la habitacion del Padre y se dispuso para dar el asalto al amanecer. Al ir á despertarle los suyos al rayar el alba, le hallaron muerto ! El espanto fué tal, en vista de tan visible castigo del cielo, que, arrepintiéndose del crímen que intentaban perpetrar, se dirigieron á la poblacion á rendir obediencia al Padre.

Neira continuaba entretanto con sus dóciles

Achaguas de San Salvador. Algunos indios de tierra adentro llegaban á comerciar con *quiripa*, especie de moneda, formada de caracoles labrados que servia de adorno á las mujeres y á los hombres mas acomodados. De estos se valió el misionero para penetrar al interior y así, dejando en su lugar al P. Alonso Viñas, navegó rio abajo el Casanare durante seis dias. Esta era en aquel tiempo la vía frecuentada por los misioneros; en el dia nadie va por ella, por temor á los Guahivos y Chiricoas que recorren las márgenes del Casanare y del Meta. Neira llegó al desembocadero del rio Aritagua, por entre bosques húmedos y poblados de mosquitos; siguió el camino por tierra con mayores penalidades y peligros, casi sin alimentos, puesta su vida en manos de la Providencia; y en un terreno pantanoso dió con una poblacion que le recibió de paz. Su dulce carácter le grangeó el amor de los indios, que le retuvieron nueve meses, al cabo de los cuales se retiraron con el misionero á otro punto que tomó el nombre de San José de Aritagua. Una peste asoladora les hizo comprender los

males que les esperaba en un clima tan malo, en un sitio tan lejano de todo auxilio y siguieron con Neira á aumentar la poblacion de San Salvador.

La actividad de Neira era incansable : teniendo noticia de una poblacion de Achaguas que vivia en el interior, tomó doce indios de los mas hábiles, se embarcó en un piragua, navegó rio abajo el Casanare, entró al Meta, y á los cuatro dias llegó á la desembocadura del Amuturi, en cuyas riberas halló algunas balsas de Guahivos. Buscó una ensenada, hizo atar la piragua y enterrar los víveres, que se reducian á pan de cazabe, para encontrarlos conservados á la vuelta y con lo necesario tomó camino por tierra. Al principio solo hallaban montañas pobladas de palmeros, cuya espesura no les permitia caminar sino haciendo rodeos y muchas veces deshaciendo lo andado : despues hallaron extensas sabanas, cubiertas de cañaverales, cuyas cortantes hojas les herian el rostro y las manos.

Es de advertirse que aquellos heróicos misioneros andaban ordinariamente descalzos, ó cuando mas

llevaban en las plantas un pedazo de cuero atado por encima, lo que en nuestro tiempo llaman las *quimbas*.

Para ahuyentar las serpientes y las fieras prendian fuego á los cañaverales; pero las raices quedaban entónces como puas y navajas que ocultas bajo las cenizas les punzaban los pies. Ademas tenian que ir haciendo puentes para las quebradas y anchos arroyos que se les oponian al paso, como el Caracata, el Ascaricuti y el Atanare. A los tres dias se acabó el cazabe; pero unos indios enviados á la aldea Onocuture que estaba cerca y en demanda de la cual iban, volvieron con el cacique y algunos indios cargados de víveres y hamacas para que el Padre descansára. La cultura del cacique admiró á Neira. En el momento de llegar le abrazó, y le acompañó hasta la media noche excusándose de no haber ido con mas anticipacion á su encuentro. Al dia siguiente le hizo salir temprano para evitar el calor, mandando á sus indios que le llevasen la ropa y dándole la mano cuando debian pasar algun puente. Neira entró con sus bogas bien

vestidos, uno de los cuales iba tocando clarin, á la aldea cuyos pobladores estaban en los árboles y en los cumbreras de las casas. En la plaza habia un gran caney, que llamaban Dauri, donde los indios tenian sus borracheras, y en donde colgaban sus hamacas, despues de las horas de trabajo, y se tendian á contar sus historias. A ésta casa entró Neira, admirándose de encontrar en ella una fila de asientos con espaldar, esmeradamente forrados en piel de lobo de agua. Señaláronle el puesto principal, entraron los indios á saludarle y despues pasaron á darle quejas de los españoles, qué se habian llevado por esclavos á muchos de ellos. El Padre, que conocia su lengua, les manifestó que no venia á su tierra sino como á la de sus hijos; no á molestarlos sino para defenderlos de los blancos y tambien de sus implacables enemigos los Guahivos y Chiricoas.

No faltó quien propusiéra que se le diese muerte: pero Neira desbarató sus planes, les hizo perder el miedo y la creencia de que él fuese espia de los blancos, y empezó á iniciarlos en los misterios del cristianismo.

Una vez se alborotaron los indios y empezaron á huir porque corrió la voz de que venian Guahivos; los ancianos los detuvieron, diciéndoles : Hijos, qué teneis? Junto á vuestro abuelo estais. Daban éste título al anciano misionero como el mas tierno y respetuoso. « Acabada la doctrina, dice una carta de Neira, dirigida á don Diego de Egües, hice venir á un Guahivo que entendia la lengua achagua, hice disparar el arcabuz, y mandéle que dijese á los otros, ó á sus parientes, cuyos candeladas se veian estaban á média legua de aquí, que no me tocasen en las labranzas de ningun Achagua; que supiesen que yo vivia con estos mis hijos y saldria tras ellos y me la pagarian.

« Estando en esta plática, llegó el indio trompetero con el clarin y poniéndose cerca de sus oidos sin advertir el guahivo empezó á tocarle de repente; con qué el indio se estremeció y amedrentado me dijo : « Yo me estaré quedito junto á ti, no me hagas mal; te traeré pescado y un par de hamacas para que me mires bien. » Despues dió aviso á los de su nacion y los Achaguas permanecieron tranquilos.

Neira dió á esta reduccion el nombre de San Joaquin y despues regresó á San Salvador, dejando en su lugar al P. Castan y prometiendo á sus indios regresar, lo que cumplió en 1665.

Los indios que le habian esperado con ánsia le recibieron con júbilo y derramaron lágrimas de alegría cuando les anunció que yá nunca volveria á separarse de ellos. No fué difícil convencerlos de los inconvenientes que tenia para la vida el sitio de Onecuture, tan léjos de todo comercio humano, por lo cual escogió un amenísimo sitio entre los rios Casiaricuti y Atanari y trasladó á él á sus indios, que fundaron un hermoso pueblo, pues tenian habilidad para ello, con lindas y muy aseadas casas y una buena iglesia. Este pueblo se llamó San Joaquin de Atanari y floreció mucho á pesar de las dificultades que despues surgieron.

Dieron los indios en la idea de que era venenosa el agua del bautismo; pero las reflexiones de los misioneros y la costumbre que adoptaron de bautizar á los niños en la primera fuente que hallaban, bastaron para destruir aquella preocupacion.

Las mujeres eran tratadas con tanta inhumanidad; de tal modo se habia echado sobre sus hombros el peso de la vida que se consideraba con justicia como la mayor desgracia el nacer mujer. Cuando aquellas infelices se desposaban, sus parientes celebraban los desposorios llorando y exclamando : « Ay, desdichada niña! eras niña y ya eres esclava. » Muchas madres, al nacer sus hijas, las enterraban vivas, y fué muy difícil destruir esta costumbre.

Los buenos Achaguas se hallaban en perfecta paz, con sus alcaldes, sus regidores y sus ministros de justicia bien establecidos, cuando fueron atacados en guerra abierta por los Guahivos y Chiricoas, en 1667 y 1668. Esta guerra no fué promovida por los indios ya reducidos, sino por varios que andaban errantes, viviendo del robo y la violencia.

Durante tres años habian estado entrando á la poblacion como amigos, haciendo sus cambalaches con los Achaguas. Sucedió que visitando el alcalde las labranzas, halló á unos Chiricoas talando y

robando una haza. Siguióse entre ellos un altercado y el alcalde mató de un flechazo á uno de los que robaban, el cual resultó ser hijo de un cacique célebre, de genio arrebatado y furioso, que llamaban Bacacore. Al saber la muerte de su hijo, juntó gente y resolvió acabar con la poblacion, en la cual se presentó varias veces con numeroso ejército, dejando privados de alimento á los de San Joaquin, que eran débiles y cobardes, mientras que los suyos estaban hechos á las aventuras peligrosas. Siguiéronse tan repetidas irrupciones, que los indios estaban armados aun en la Iglesia y constantemente habia espías y centinelas en los árboles.

Mision de paz era la de los jesúitas : pero no podian dejar á los inocentes á merced de los opresores, cuando podian contribuir á su defensa. Neira estaba ausente : en su lugar estaban Castan y Julian Ortiz Payan. Ellos hicieron conocer á los amedrentados Achaguas el peligro y la necesidad de la defensa, puesto que si huian, el sacrificio seria inevitable. Sus exhortaciones produjeron buen resultado; pues habiendo atacado Bacacore,

lo rechazaron los Achaguas. Repitió el asalto al dia siguiente y un nuevo triunfo coronó á los defensores de San Joaquin. Bacacore conoció que aquel resultado no se debia al valor, sino al órden; habló á sus tropas, excitándolas á aumentar su número para un próximo ataque general y conviniendo en ello todos sus capitanes, señalaron dia y se retiraron por distintos puntos. Un Achagua escondido entre la maleza oyó este convenio y dió parte de él en la poblacion, que á tal nueva se llenó de terror. Ya estaban tratando los Achaguas de rendirse y entregar á los misioneros, cuando la víspera de la Purificacion de la Vírgen á cuya intercesion se habian amparado, se presentaron en S. Joaquin catorce soldados prófugos del presidio de Guayana, y al parecer enviados del cielo para proteger al desgraciado rebaño. Traian armas blancas, regulares arcabuces y unas pocas libras de pólvora. « Pero llegaron los pobres hombres, dice Rivero, mas para rendir sus huesos á los horrores del sepulcro que para rendir contrarios en el horror de la campaña; flacos, consumidos, calentu-

rientos, casi totalmente desnudos. » Los religiosos dividieron con ellos su escasa ropa y les dieron un poco de sopa de maiz, única cosa de que podian disponer, pues hacia meses que ellos sólo tomaban cazabe remojado en agua de ají, porque los Guahivos no habian dejado sementeras en sus constantes irrupciones. Su llegada, sinembargo, reanimó á los indios que se aprestaron á la defensa, en partidas que iban cada una al mando de un español, reservándose algunos de éstos para acudir al punto que fuese necesario.

Tres dias despues de la llegada de los soldados apareció el enemigo en cuadrillas, que cercaron la aldea y atacaron por todas partes. Al frente venia Bacacore, que era de pequeña estatura, tuerto y calvo.

Los Achaguas ocupaban el círculo de la aldea y sus mujeres é hijos estaban en la iglesia, al cuidado del P. Castán. Resistieron bien el primer ímpetu, pero empezaron á flaquear en un punto. Entónces los arcabuces tronaron y los invasores se desbandaron, creyendo que el brillo de la pólvora

era el rayo del cielo. Su valor, sinembargo se reanimó y el combate continuó con gran brio. Los dos sacerdotes, entre una nube de flechas que silbaban llevando la muerte en sus puntas envenenadas, animaban y confortaban á sus indios. Payan que era de ánimo timidísimo y de cuerpo endeble notó que Bacacore habia tomado una casa y empezó á llamar mas gente. Ea, ea! gritó el cacique, aquí está: matémosle y es nuestra la victoria. Al decir esto descargó sobre él su terrible macana. El Padre retiró la cabeza y salvó así la vida; pero recibió en un hombro el golpe, que le dejó para toda la vida un agudo dolor. Iba ya el indio á darle el segundo golpe, cuando el Padre se abrazó con él y empezó á forcejear. Llegaron en esto los suyos é hicieron prisionero al cacique. En seguida acudieron al lado opuesto por donde ya penetraban los enemigos y lograron rechazarlos. Entónces los Guahivos y Chiricoás hicieron el último esfuerzo y unidos en peloton acometieron por un solo paraje. Lograron desbaratar las filas de los Achaguas; pero las balas de los arcabuceros

dieron fin al combate. Los cuatro capitanes cayeron prisioneros; los demas, en gran parte, fueron despedazados. Al dia siguiente se veia el campo cubierto de macanas, que arrojaban los invasores para apresurar su fuga y los cadáveres sobrenadaban en las ondas ensangrentadas del Atanari.

Las autoridades condenaron á muerte á los prisioneros. Los PP. quisieron convertirlos al cristianismo y abrirles las puertas del paraiso; pero los indios permanecieron sordos á sus consejos. El dia señalado, se les amarró á unos leños en los cuales espiraron cubiertos de flechas; despues los colocaron empalados en los caminos, teatro de sus crímenes.

Creíanse ya seguros con esta victoria, cuando una india guahiva les dió parte de que enfurecidos los de su nacion por la derrota y muerte de sus jefes, habian armado otras partidas y asociados á los terribles caribes, se estaban reuniendo en el monte de Guayepege. Con esta noticia se resolvió acometerlos, ántes de que se hiciesen fuertes. Pusiéronse en camino de noche, anduvieron una legua, y al rayar la aurora, divisaron un inmenso

bosque de palmas. Era el monte fragosísimo de Guayepege, de cuatro leguas de largo y una de ancho. Nadie conocia la entrada ni ménos podia saber el punto donde se hallaba el enemigo. Pero un Achagua, diestro en reconocer senderos y dotado de un oido finísimo, costeó un poco el palmar y parándose en un punto donde otros ojos no habrian hallado un sendero, les dijo que se pusieran en forma, que estaban cerca. Obedecieron todos, penetraron en silencio y á poco andar dieron con los Guahivos desprevenidos, en un pequeño llano que quedaba en el centro del palmar. Requirieron estos las armas; pero no les dieron tiempo los Achaguas que se lanzaron en columna cerrada hiriendo y matando sin compasion. Los capitanes trataron de contener la fuga de sus Guahivos : pero mas pudieron en sentido contrario los arcabuces españoles. Una vez declarada la victoria, se recogió del campo gran cantidad de flechas y macanas y sobre todo de cazabe, plátanos y otras provisiones de que habia mucha falta en la poblacion, pues las sementeras habian sido taladas por los enemigos.

Esta escasez y el temor de ser acometidos nuevamente por los Guahivos y Chiricoas que fundaban todas sus esperanzas y su modo de vivir en la guerra, obligaron á los Padres á escribir á sus superiores pidiendo auxilio; con tanto mayor razon cuanto que de los catorce soldados españoles seis estaban enfermos y ocho habian resuelto partir en busca de una vida ménos estéril. Los emisarios volvieron sin socorro y con órden expresa de que se abandonase la poblacion y se dirigiesen los Padres con los indios á Casanare. Recibióse la órden con júbilo en San Joaquin por saberse que toda la colonia de San Salvador era de Achaguas y que vivian en quietud y libres de la dominacion de los blancos. Desgraciadamente no habia víveres y el viaje debia ser largo. Si hubiese habido embarcaciones, se habria hecho con facilidad : por tierra, los peligros y los sufrimientos tenian que ser inmensos. Como en todo el trayecto del camino, que serpenteaba paralelo al curso del rio, estaban las guaridas de los Chiricoas y Guahivos, resolvieron los Padres entrarse por los bosques no ex-

plorados aun, teniendo por único guía el sol.

Una vez resuelto el viaje, cada cual preparó su carga: los Padres llevaban á la espalda los útiles de la iglesia y sus hamacas, el breviario bajo el brazo y un bordon por apoyo; los indios sus mochilas de ropa, herramientas y demas enseres; las indias una carga igual y encima los pequeñuelos que no podian valerse por sí.

Con estos preparativos emprendió marcha la original caravana, yendo uno de los Padres al frente y otro detras. Los primeros quince dias se pasaron sin novedad: tenian alimento y los Padres los animaban con su palabra y con su ejemplo, habiendo sucedido mas de una vez que, para alijerar el peso á las indias, echasen uno ó dos niños sobre su propia carga y otros tantos en sus brazos. Luego empezaron á concluirse los víveres y aunque este pueblo era de Dios, no recibia maná, por lo que empezó el descontento y las quejas contra los Padres, que los habian ido á sacar de su reposo. Sinembargo, la vuelta sin víveres era imposible, y San Salvador debia de estar cerca. Un

arroyo les brindó abundante pesca, de la cual no quisieron guardar nada los indios que se contentaban con lo presente sin cuidarse de lo porvenir. Concluida ésta, acudieron á las raices y cogollos de las palmas que les ofrecieron manjar delicioso. Tambien cazaron algunos venados y despues de saciarse, nada quisieron guardar; el trabajo les era odioso y estaban acostumbrados á ir con el dia. Al fin hubieron de apelar á los *guapos* raiz que servia de pasto á los jabalies y muy gustosa al paladar de los Guahivos y Chiricoas, por cuyo motivo era afrentoso entre los demas indios comerla.

Los Padres como los indios estaban ya fatigados, macilentos y afligidos cuando para mayor conflicto se presentó la epidemia de viruelas. Las quejas aumentaron entónces y los indios postrados por la fiebre se resistieron á continuar, no obstante los esfuerzos de los misioneros. Se hallaban en un valle donde no habia ni raices que pudiesen servir de alimento. Los misioneros salian á buscar *guapos*, los lavaban, los cocian y los distribuian á los enfermos de aquel triste hospital. Una noche,

al tenderse el P. Payan en su hamaca colgada de dos árboles sintió su cuerpo lleno de picaduras y juzgó que seria efecto de los innumerables tábanos y mosquitos de aquella ardiente y húmeda selva; pero bien pronto comprendió que estaba atacado de viruelas; con lo que se llenó de gozo, pues estando enfermo, su voz tenia mas autoridad. Y así saltando al amanecer de la hamaca donde habia pasado una noche de fatiga y de insomnio, sacó fuerza y puso en marcha el ambulante hospital en que todos parecian condenados á morir de hambre y miseria. Pasaronse algunos dias durante los cuales murieron algunos indios y el Padre se restableció. Estaban ya á la entrada de San Salvador del puerto de Casanare y habian pasado en el desierto cincuenta y cinco dias. Los indios de esta reduccion salieron á recibirlos de fiesta : cada familia se encargó de mantener por lo pronto á algunos de los recien llegados y los Padres, que parecian cadáveres, pudieron tomar algun reposo y reparar los harapos con que venian cubiertos.

Con este refuerzo y con los salvajes que los Acha-

guas ya reducidos atraian amigablemente fué creciendo la aldea de Casanare, de modo que sus habitantes en 1769 ascendian á 1,200. Progresaban igualmente las poblaciones recien fundadas y se habrian podido formar otras si hubiese habido suficiente número de operarios. Esto hizo que los misioneros refundiesen varias en una, como se hizo con las de los Arauocas y los Eles, entónces pequeñas, que florecieron en adelante bajo la direccion de los PP. Pedro de Ortega y Felipe Gómez.

Gobernaba á la sazon, como Presidente del Nuevo Reino, don Diego de Egües y Beaumont, notable en España por su alta alcurnia y por los puestos que ocupó en la magistratura y en la marina; pero mucho mas entre nosotros por el fomento que dió á los intereses materiales y por los esfuerzos que hizo para plantear la civilizacion en estas desconocidas regiones. Este caballero puso especial cuidado en lás misiones y de acuerdo con la autoridad eclesiástica, señaló territorios á las diversas órdenes religiosas, dejando á los jesúitas la parte que tenian en Casanare, Meta y Orinoco. Ya

desde 1560, habia prohibido Felipe II las conquistas en el Nuevo Mundo, queriendo que primero enarbolasen los misioneros el estandarte de la cruz civilizadora. Pero como los abusos crecian y los indios eran víctimas de la codicia de los españoles, don Diego de Egües tomó á los convertidos bajo el patrocinio real y mandó una cantidad de lienzos con las armas del rey para distribuir en las poblaciones cristianas. Estos lienzos servian á las familias indígenas como de patente de libertad y las ponian en las puertas de sus casas, para que los españoles no los llevasen á trabajar en los trapiches y plantíos de algodon. De consiguiente todos vivian tranquilos y las reducciones empezaron á florecer considerablemente.

Poco despues murió el Presidente en Santafé, y los jesúitas, á quienes tanto habia favorecido, le hicieron pomposos funerales en su iglesia de San Ignacio y le dieron sepultura en sus bóvedas. Don Diego de Villalba y Toledo, que le sucedió en el mando, protegió tambien á los indios y á los misioneros.

(1) Hoy San Cárlos.

CAPITULO IV

Monteverde, conocedor práctico de las immensas regiones de Orinoco y sabedor de las dificultades con que los misioneros tropezaban para llegar á los Llanos, viniendo desde Europa por Cartagena y Santafé, intentó unir las misiones de los Llanos con las de Guayana en donde habia un presidio que protegeria á los operarios. Y por cierto que realizada esta idea, pobladas las orillas del Orinoco y domadas sus tribus salvajes se habria abierto un porvenir hermoso á aquellas regiones espléndidas en donde todo es grande y magnífico.

Su idea fué acogida con entusiasmo entre los jesúitas de Santafé, todos los cuales se ofrecieron para esta empresa. El provincial nombró al fervoroso jóven Julian de Vergara y al venerable sacerdote Francisco Ellauri de quien ya hemos dado noticia.

Llegados á Casanare, se embarcaron en el rio de este nombre, pasaron el Meta y luego se confiaron á las olas del Orinoco. El calor era excesivo; los mosquitos se cernian como nubes sobre ellos sin dejarles descanso y su único alimento era el desabrido cazabe.

Cuando llegaron á Guayana, encontraron unos soldados desnudos, hambrientos y desesperados, á quienes nada se pagaba y que sólo vivian de la caza; pues la colonia habia sido incendiada por los holandeses. Vergara tomó el oficio de doctrinero y Ellauri empezó á catequizar sobre el territorio y sus habitantes; pero poco tiempo despues de haber principiado sus penosas tareas, se sintió acometido de una fiebre que le detuvo en cama dos meses, al fin de los cuales espiró abandonado del

mundo, en febrero de 1665, á la edad de 63 años, de los cuales habia vivido 40 en la órden de los jesúitas, admirando á todos con sus virtudes. Lo que llenaba su alma de amargura, era contemplar las vastas regiones que ya no podria evangelizar : asi murió Javier á la vista de la China!

Vergara continuó en sus labores hasta el año siguiente, en que se volvió á los Llanos, trayendo noticias acerca de aquellos paises y de la mala situacion del presidio.

Luego que se supo que esta situacion no provenia del carácter de las tríbus indígenas, sino de la desidia de los gobernadores, se contrató el presidio de la Guayana con el gobierno de Santafé y el Provincial del Nuevo Reino dispuso que con los soldados que iban a formarlo se embarcasen los PP. Vergara é Ignacio Cano, llevando este último el despacho de cura en propiedad, á cuyo destino estaba asignado un corto emolumento. Embarcáronse todos; pero los indios remeros, á quienes maltrató el Capitan, con la aspereza propia de aquella época, volcaron la canoa en que iban los ví-

veres, se echaron al rio y desaparecieron en los bosques. Siguióse á esto el hambre, de manera que llegaron al presidio extenuados, rendidos y, lo que es peor, sin hallar consuelo. Los PP. se ocuparon desde luego en aminorar sus penas y poco despues recibieron una embajada de indios que pedian ser reducidos á la vida civil, con tal que no se les obligase á vivir en el presidio, sino que se les dejase en su distrito, situado á ochenta leguas de distancia. Vergara consultó á los Llanos por medio de un caribe, si debia aventurarse en esta empresa, y el superior de los Llanos consultó al de Santafé. La respuesta fué que, no habiendo proteccion alguna por parte del gobernador de Guayana ni cubriéndose á Cano el pequeño sueldo que como á cura le pertenecia, volviesen los dos PP. á los Llanos, en donde serian mas fructuosos sus servicios.

Los holandeses establecidos en la Guayana, enemigos á un tiempo del catolicismo y del nombre español, no solo hicieron directamente la guerra á las nuevas poblaciones, sino que celebraron alianza con los caribes, á quienes compraban acci-

tes y drogas, como tambien esclavos, dándoles en cambio bagatelas y armas de fuego en cuyo manejo los adiestraron. Estos indios vagabundos y feroces turbaron largo tiempo las reducciones, bajando en escuadrillas de piraguas y trayendo muchas veces por jefes á holandeses disfrazados de indios, es decir, desnudos y pintados como ellos.

Resignándose á establecer la comunicacion en menor escala y habiéndose sabido en 1666, la existencia de los Sálibas, cuyo número era de mas de dos mil, pero cuyo lugar de residencia se mantenia oculto, salió de Santafé en demanda de ellos un Padre que fué probablemente Julian Ortiz Payan, á la sazon recien llegado de Europa. Despues de graves penalidades, llegó á la poblacion de San Joaquin con todo el cuerpo lacerado por los implacables mosquitos y victima de una fiebre pútrida : la naturaleza triunfó de la muerte, sin auxilio de médicos ni de medicinas. Durante la convalescencia, se aplicó al estudio de la lengua del pais; luego que estuvo restablecido en su salud, se embarcó en una piragua y, surcando las

aguas del Atanari, salió al caudaloso Meta, que le condujo aguas abajo hasta cerca de su desembocadura en el Orinoco. Allí desembarcó y siguió por tierra el curso del rio, internándose á trechos en él, por si descubria algun caserio de Sálibas. Sólo en las cercanías de San Joaquin halló cuatro chozas con diez y ocho indios de aquella nacion, que esquivaron mañosamente el dar razon de los suyos, é hicieron creer que los Sálibas habitaban tierras lejanas á inmediaciones de la Guayana; por lo que resolvió volver á San Joaquin. De paso halló una partida de cuarenta Achaguas á quienes llenó de promesas y regalos, consiguiendo que abandonasen sus bosques y fuesen á avecindarse en San Joaquin.

Mas feliz fué Monteverde, quien sabiendo que los Sálibas vivian abajo del Meta á orillas del Cinareuco, salió de Tame el 28 de Julio de 1669, se embarcó en el Meta y el 4 del mes siguiente llegó al término de su peregrinacion, hallando á los Sálibas en el pueblo de Janique, nombre tambien de su jefe.

Los Sálibas, cuyo número llegará hoy á dos mil, son de hermosa presencia, dóciles y tímidos. Los Caribes y Chiricoas los tenian por entónces dominados y en sus frecuentes irrupciones los devoraban ó los esclavizaban. Eran notables por sus creencias supersticiosas. A los muertos los sepultaban con todas sus armas é insignias y al cabo de año los exhumaban para quemar los huesos, cuya ceniza se tragaban en los últimos vasos de un largo festin, persuadidos de que asi heredaban el valor del difunto. Para el nombramiento de sus jefes tenian pruebas terribles. Colocaban al candidato en tierra y el pueblo le azotaba: si daba un *ay!* quedaba reprobado; si sufria el tormento con entero ánimo, traian hormigas bravas, que habian guardado en unas bolsas sin darles de comer, y se las ponian en el cuerpo. Los pocos que toleraban estos tormentos recibian el grado de capitanes. Todo esto dará idea del atraso en que se encontraban.

Acompañado de cuatro soldados, Monteverde se presentó á estos indios y el cacique con algunos

de los suyos salió á recibirle, no de muy buena gana, pues estaba en la creencia de que todos los Españoles soló trataban de esclavizar á los indios. El Padre, conociendo el carácter cauteloso y débil del cacique, mandó con imperio que le preparasen un buen caney para descansar, lo que obtuvo sin esfuerzo. Al dia siguiente, habló con suavidad á los indios, y abriendo la mochila de viaje, presentó su provision de abalorios, espejos y cascabeles, que los dejaron deslumbrados, más que si hubiese sido un rio de diamantes. Cuando las distribuyó entre aquellas inocentes criaturas, se pasmaron de admiracion ante la liberalidad del Padre y perdieron todo temor, por lo cual Monteverde les prometió quedarse entre ellos y fundarles una poblacion. Los salvajes, por su parte, le hicieron saber que su tribu se extendia á muchas leguas y tenia numerosas poblaciones en las cuales dominaba un solo idioma. En seguida mandaron aviso á aquellas poblaciones, haciendo elogio cumplido de la dulzura y liberalidad de su huésped.

Semejantes noticias no podian ménos de con-

mover á toda la tribu y de animarla á aceptar la doctrina que con tanta suavidad le proponia Monteverde. No siendo suficientes los esfuerzos de éste, vino en su auxilio el P. Antonio Castan y en poco tiempo fundaron tres grandes poblaciones á las cuales dieron el nombre de la Vírgen. En seguida se entregaron con todo el ardor de su alma á los trabajos del apostolado, cuyos frutos brotaban como por encanto. Desgraciadamente el incesante trabajo y los malos climas iban quebrantando aquellas vigorosas naturalezas. La fiebre acometió á Monteverde, que despues de pocos diasespiró en brazos de su compañero y hermano, á la edad de cuarenta y siete años, de los cuales habia pasado diez en los Llanos. Castan habia recibido el contagio y conociendo que su última hora se acercaba, se tendió en tierra con un crucifijo en las manos y espiró rodeado de sus salvajes.

Los insignes operarios Alonso de Neira y Bernabé Gonzalez fueron escogidos para cubrir el puesto de los soldados que habian caido glorio-

samente en el combate: pero al llegar á Janique fueron acometidos de fiebre, por lo cual resolvieron los superiores dejar aquella mision, puesto que siendo tan pocos los operarios en todos los Llanos, no podrian cubrirse las vacantes ocasionadas por la muerte. Enmedio, pues, de las lágrimas de los Sálibas, volvieron los misioneros á Casanare, dejando bautizados á los niños y bien instruidos á los adultos. Por lo demas les dejaban ganados y sementeras de maiz.

Semejante rebaño no podia abandonarse para siempre: todos clamaban por ir á aquella tierra que parecia rechazar de su seno á la raza blanca, y decian con el profeta: « Los párvulos piden pan y no hay quien se lo reparta. » En 1679 tuvo noticia en Bogotá el Provincial, de la próxima venida de algunos Padres, é inmediatamente despachó á los operarios Ignacio Fiol y Felipe Gómez, para que visitasen á los Sálibas y examinasen el estado de la mision, informándose de la situacion de todo el Orinoco. Difícil seria averiguar si fué mayor la alegria de los misioneros ó la de los sal-

vajes, despues de cuatro años de abandono: los unos eran padres y los otros hijos agradecidos. Gómez se quedó con ellos y Fiol acompañado de hábiles remeros navegó rio arriba, haciendo muchas entradas á tierra y adquiriendo noticias consoladoras acerca de aquella vasta region en donde era casi uno mismo el idioma, y que confinaba con la provincia extensa del Airico. Cumplida la comision, volvieron ámbos á los Llanos, en donde se quedó Gómez, y Fiol pasó á dar informes verbales á Santafé.

Marchaba en paz el reino bajo la direccion del Presidente D. Francisco del Castillo y Concha, que emprendió una santa lucha contra los encomenderos, á despecho de los cuales tasó los tributos de las encomiendas y alivió algun tanto la suerte de los indios. El arzobispado tenia al frente al Doctor Antonio Sanz Lozano y estos mandatarios, á pesar de las ruidosas disputas en que mútuamente se envolvieron, trabajaron mucho, lo mismo que los Oidores, por ensanchar las misiones, sobre todo en el Orinoco poblado de numerosas tribus

o-

n-

ban

s sa-

veres

ieras.

n pre-

poder

víctimas

laciones

l P. Ver-

como tambien estableciéndo sementeras y haciendas en que se ejercitasen los indios y cobrando amor á la propiedad, contrajesen hábitos de órden y de sociedad. Pronto estuvieron tan bien arregladas las poblaciones, que todas quedaron al cuidado del P. Radiel y los demas continuaron en busca de nuevas almas. Los nombres de aquellas poblaciones eran Adoles, Berva, Cusia, Masibai, Duma y Cataruben, de los nombres de las tribus que las formaban. Radiel las visitaba todas, y cada una de ellas recibia sus contínuos sacrificios, de modo que bien podria decirse que aquel hombre se habia multiplicado en bien de la humanidad. Pero en 1684, es decir, en el segundo de la mision, tuvo que vadear un rio y las olas lo arrebataron, sin que pudieran valerle sus escasas fuerzas ni la habilidad de los indios que se lanzaron á las ondas para salvar al que era su padre: sólo pudieron sacar su venerable cadáver y guardar su santa memoria. Contaba apenas 40 años de edad.

El 3 de octubre del mismo año aparecieron unas

piraguas montadas por 140 Caribes, que sorprendieron y atacaron á la misma hora los pueblos de Cataruben donde estaba Fiol; Duma, donde residia Teobast y Cusia, donde habitaba Beck. Los Sálibas huyeron amedrentados y los Padres salieron al encuentro de los caribes, creyendo que podrian contenerlos y ajenos de pensar que no solo anhelaban destruir el rebaño sino matar al pastor. Efectivamente, los caribes se lanzaron sobre ellos y con sus mazas y macanas les dieron muerte, cebándose despues en sus cadáveres. Robaron las poblaciones, profanaron los vasos sagrados, se revistieron de los ornamentos, mofándose de la religion, cuyas ceremonias imitaban con escarnio y así, revestidos con las insignias sacerdotales, devoraron una parte de los cadáveres de los mártires, dejando el resto á las aves y fieras. Ocho indios Sálibas que no pudieron huir tan precipitadamente como los demas, cayeron en poder de los Caribes ébrios de sangre y fueron víctimas de su furor. Despues, incendiaron las poblaciones y se dirigieron al lugar donde residia el P. Ver-

gara, que por ser la proveduría, estaba abastecida de los víveres, telas y ornamentos necesarios para la mision: pero no acometieron al misionero ni á los indios y, contentándose con pedir algunos manjares, se retiraron.

Vergara resolvió abandonar aquel punto que no podria salvar y con los veinte y cuatro indios que le acompañaban, preparó cazabe, maiz y raices para el viaje, como tambien algunos ornamentos y vasos sagrados. Despues, hizo un hoyo en un corral de vacas y enterró alli los lienzos, herramientas y abalorios destinados á surtir las nuevas poblaciones y dijo adios a aquella tierra empapada con la sangre de sus hermanos.

Al coronar un montecillo vecino, descubrieron á los caribes, que entraron al caserío y lo incendiaron, despues de abrir la fosa y sacar el depósito.

No teniendo embarcaciones, resolvieron seguir por tierra el curso del Meta. Las penalidades eran grandes é incesantes: ora daban con un bosque impenetrable, ora con un rio no vadeable; pero

el recuerdo de los caribes y la provision de sustento les hacia llevaderos estos trabajos. A los quince dias se les acabaron los víveres y empezaron á mantenerse con yerbas y raices no conocidas. Una danta que llegó a caer en su poder les gustó, dice Rivero, « en está ocasion mas que terneras y faisanes en otras. » A los setenta dias de camino encontraron una mala canoa que les dió no poco consuelo, pues cupieron todos en ella hallando algun descanso, especialmente el P. Vergara, que sufria de su gota artética y á la sazon estaba acometido de tercianas. Por la noche dormian en tierra y al amanecer cogian yerbas para alimentarse, despues que el Padre celebraba el sacrificio de la misa, teniendo por altar el tronco de un árbol y por templo la espléndida y salvaje naturaleza aun no explorada. A los ciento cinco dias de viaje, llegó Vergara con sus compañeros á Casanare el dia 22 de enero de 1685. Sus hermanos residentes allí, lloraron la muerte de Fiol, de Teobast y de Beck, pero no desmayaron; pues los dóciles y agradecidos Sálibas,

víctimas de los Caribes, no, podian ser olvidados por los jesúitas. Fiol habia nacido en Palma de Mallorca el 18 de junio de 1629 y habia sido misionero durante veinte años en España, dónde quedaron varios hospitales levantados por sus esfuerzos como un recuerdo de su incansable laboriosidad. Beck y Teobast eran hombres de sólida instruccion y el primero un eminente humanista.

Los jesúitas, que no vacilaban en la empresa de continuar evangelizando á los Sálibas, pero que conocian la osadía de los Caribes y su odio á les cristianos, pidieron á la autoridad, que se estableciese un fuerte para defensa de los indios y de los españoles, y decian que estaban prontos á partir si se les daban veinte y cinco hombres de escolta; pues esto bastaba para contener á todas las turbas caribes, que solo eran valientes con los dóciles é ignorantes Sálibas. La autoridad se negó á ello, figurándose que los gastos serian ingentes; el corregidor de los Llanos á quien los Padres no dejaban que esquilmase y esclavizase á los indios,

se unió con las autoridades eclesiásticas de Santafé, y una borrasca terrible se desató en la colonia contra la Compañía de Jesus.

Gobernaba el arzobispado D. Fray Ignacio Urbino, de la órden de S. Francisco, encarnizado enemigo de los hijos de San Ignacio, y á él se dirigió el Bachiller Don N. Enciso y Cárdenas, que así se llamaba el corregidor de los Llanos, acusándolos de comerciar con los indios, en vez de extender la fé, y presentando testigos falsos para apoyar su acusacion. El arzobispo envió de visitador á las misiones al canónigo D. Pedro Urretabisque, poco afecto á la Compañía, quien desde luego se unió con el corregidor y empezó á levantar una informacion de testigos. Contra lo que todos esperaban, éstos declararon unánimemente en favor de los misioneros, elogiando su modo de vivir y sus acciones heróicas en defensa de la fé católica Las preocupaciones del canónigo se desvanecieron y pasó al arzobispo un brillante informe : mas el Prelado se enfureció de tal modo que lo mandó quemar,

El P. provincial Francisco Altamirano escribió á Urretabisque, quien le contestó una carta en que se lee lo siguiente: « En la visita de los Llanos » que hice por mandado del señor Illmo, no se » me deben dar gracias algunas, estando como » está la justicia y verdad de parte de la Compañía. » Es mas claro que la luz que los operarios de » ellas no tienen otras ganancias y riquezas que » las almas que ganan. Son tan manifiestos los » progresos de la fé católica por su eficacia y » celo, que no puede oscurecerlos la envidia de » los apasionados, como lo han procurado hacer » por la corrupcion de sus costumbres. No dejaré » jamas de publicar y ser un perpétuo pregonero » de las alabanzas de esta sagrada Religion, como » de oponerme tambien con todas mis fuerzas, » como deseo, á quien se opusiere á ella, juz- » gando que haré sin duda en esto un gran ser- » vicio de Dios. »

Tambien escribió lo siguiente al rey de España:

» Señor: En atencion al amor y lealtad que debo tener como vasallo de V. M., me hallo obligado

á manifestar lo que me parece convenir para que conste de todo ello á V. M. católica. El Arzobispo de este nuevo reino de Granada me eligió por juez y visitador eclesiástico este año presente de 1692, para que como tal visitase esta nueva provincia de los Llanos. Saliendo á esta provincia, llegué á las misiones de estos sitios que están al cuidado de los Padres de la Compañía de Jesus, y habiendo averiguado atentamente el porte y modo de vida de dichos padres, que trabajan en ellas, hallé que se habia esparcido cierto rumor contra ellos muy ajeno de la verdad, excitado de la envidia de algunos émulos suyos. Procedí jurídicamente sobre el caso y con aquel rigor de juicio que pedian las materias, como de tanta importancia, y habiéndome informado de lo que habia secretamente, con todo cuidado y diligencia, juzgué que debia dar cuenta á V. M. de lo que allí averigüé.

Estan tan léjos los padres de lo que se dice contra ellos, que antes bien sin atender á sus comodidades, ni aun á su vida propia, están em-

pleados continuamente en predicar la fé, anteponiendo así ésta como los reales emolumentos á cualesquiera peligros. Poco ha que murieron violentamente á manos de los Caribes tres religiosos suyos; y á fuerza de calamidades y trabajos por la inclemencia de los tiempos, murieron otros, oprimidos con tan duro martirio. Y á la verdad, habiendo advertido cuidadosamente que ni perdonan á trabajos, ni á gastos, ni aun á su propia vida, por dilatar el Evangelio, no puedo ménos de ser abogado suyo, habiendo sido juez ántes; y más cuando veo los muchos infieles reducidos por su medio á nuestra santa fé, y otros tantos vasallos á V. M. Católica.

De las demas cosas que se actuaron ante mí, como juez que era, y que pondré á los piés de V. M., constará mas clara y difusamente, y se verá la integridad de dichos padres y el ardor de su celo con que atesoran cada dia las riquezas de innumerables almas en los tesoros de la Iglesia, sin olvidarse, como fieles vasallos, de los haberes reales. »

El implacable Arzobispo declaró nulos el informe y las declaraciones de los testigos é impuso una multa al canónigo Urretabisque. Los jesúitas, viendo la obstinacion del Prelado, apelaron á la Real Audiencia para que en nombre del Rey enviase un exhorto al Arzobispo á fin de que no se quemasen los autos, ántes bien se comunicasen á las partes. El arzobispo se resistió al exhorto. Entónces los jesúitas acudieron al tribunal eclesiástico. La respuesta fué una condenacion á perpétuo silencio y conminacion con una multa al secretario si volvia á recibir peticiones de los jesúitas. Asi han procedido siempre los enemigos de la compañía de Jesus, por la sencilla razon de que nunca han tenido la verdad de su parte. El P. Rivero, de cuya historia tomamos estas noticias, al hablar del señor arzobispo Urbina, dice : « No dejó piedra por mover para molestarnos y afligirnos. »

Desde la inmolacion de los misioneros en 1684, las misiones de los Sálivas estaban abandonadas. Solo los PP. Francisco Ubierna y Cárlos Panigati,

capellanes en el presidio de Carichana, que se formó para reprimir la osadía de los Caribes, visitaron á los Sálivas, aunque de paso y logrando únicamente refrescar en su memoria la doctrina de Cristo. Pronto murieron los dos capellanes por la escasez y el mal clima, y tanto por el terror que infundian los salvajes, como porque no pagaban su sueldo á los empleados, el presidio quedó abandonado en 1590.

Convencidos al fin los de la Audiencia de que aquella importante mision no podia existir sin fuerza que la apoyase, determinaron enviar doce hombres al mando del capitan Tiburcio Medina, quien deseoso de obtener su paga, decia desacordadamente que tan pocos hombres eran suficientes para rechazar las bandas de Caribes y que esto lo sabia por experiencia como jefe que habia sido del presidio de Carichana. Bien conocian los jesúitas que tan grandes peligros no podian alejarse con tan poca fuerza; pero, temiendo el completo abandono de sus amados Sálivas, partieron Vicente Loberso y José Silva, recien llegados de Europa,

con sus hermanos Alonso Neira y José Cabarte, expeditos lenguaraces, ó sea conocedores de los idiomas indígenas.

Recibiéronlos con mucha frialdad los Sálivas y sólo á fuerza de halagos y dádivas se rindieron, aunque suplicando á los misioneros que no los reuniesen en pueblos numerosos, pues los Caribes les habian dicho que si lo hacian los matarian á todos. Estos crueles y pérfidos salvajes estaban dominando como señores en todo el Orinoco y habian continuado viniendo en mayor número á comprar ó robar aceites, bálsamos y droges para revender á los Holandeses de la Guayana. Convinieron los PP. y empezaron sus trabajos apostólicos con el mayor fervor y prometiéndose frutos sazonados. Pero los Caribes, que á la noticia del presidio se habian acobardado, empezaron á entrar de paz en las poblaciones para informarse de la situacion y dar un golpe en seguro. Su insolencia llegó á tal punto que se entraban á la casa del P. Neira, se sentaban en su cama y le registraban su aposento. Guávera, el matador de

los otros misioneros, llegó á decir al P. Loberso que pronto vendria por las alhajas, de su iglesia pues ya se le habian acabado las otras. Por otra parte la penuria era tal que el P. Loberso dice en una carta al P. Rubio, rector de Santafé : « En estas mis correrías llegó mi necesidad á tal extremo, que tuve por gran fortuna mantenerme comiendo gusanos, ratones, hormigas y lagartijas. » Todo esto se escribió á Santafé; mas la Audiencia no quiso aumentar la fuerza, diciendo que tales cartas estaban dictadas por el miedo. El P. Manuel Pérez, nombrado visitador de aquella comarca, regresó confirmando el parecer de los misioneros. He aquí su informe :

« R. P. Provincial.

« De vuelta ya de mi viaje de Orinoco, escribo ésta para dar noticia á V. R. de todo lo que ocularmente ví, asi en el camino y descubrimiento que hice por tierra como de los pueblos y vuelta por el rio. Habiendo, pues, salido de Ticaría á los 6 de marzo, con siete hombres para mi resguardo

de indios Chisicos y Guahivos que andan todavía en tropas por esa tierra, y sacado los caballos y mulas que se mandaron llevar para los Padres y todo lo demas necesario para el viaje, llegamos á los siete dias al rio Meta que es muy caudaloso y mayor que el de la Magdalena. Pasámosle muy bien por estar prevenidas canoas para este efecto, proseguimos adelante, dando ya en tierra mas alta, pero á los ocho dias reconocí mucha dificultad en el camino por sus malos pastos y mucho mas por no haber aguadas para las bestias, que por ser aquellas cabezas de ciénegas atollan muchísimo, de manera que entrando á beber los caballos se enterraban hasta las orejas y era menester arrastrarlos para sacarlos por lo cual se maltrataron tanto que se iban quedando en el camino de flacos y cansados.

» Con este trabajo proseguimos nuestro viaje, caminando siempre por despoblados sin encontrar en todo el camino sino dos indios Chiricoas, que acaso iban á buscar que comer. Cogimos al uno por guía, pero habiéndonos guiado cinco dias no

quiso pasar mas adelante, diciendo que no sabia el camino; pero Dios Nuestro Señor fué servido permitir que despues de treinta y cinco dias con los trabajos que V. R. puede considerar y lleva el descubrimiento de nuevas tierras, llegásemos á un pueblo de Sálibas llamado Quequicha, que sólo distaba de Cucia, donde estaban el P. Alonso de Neira y el P. Cabarte, legua y média. Holgáronse mucho los indios de mi llegada; trajéronme luego pescado, cazabe y bebida, diciéndome que pasase luego á Cucia, que ellos me llevarian, pero no lo hice por no haber llegado las cargas. Dijéronme dos indios que iban á avisar á los Padres, y asi lo hicieron tan contentos que corriendo entraron en el pueblo, y gritando en su lengua: *Baye, Baye, bueno, bueno que ya han venido los de Casanare!* dando luego noticia de todo al P. Alonso.

» Vinieron luego á recibirme el P. José Cabarte y el cacique, y partiéndome allá me hicieron los indios de su motivo un recibimiento muy solemne de danzas á su uso, que fué cosa muy de ver. Venia delante el cacique con un *jux-ta-corp*, montera

y un alfanje turquesco : seguiase luego la primera danza que sería de siete ú ocho indios, todos coloreados, con coronas de plumas, tocando unas flautas. Luego se seguian otros de blanco y colorado tocando otras. Todos venian de diferentes colores y con instrumentos distintos y algunos muy suaves al oïdo. Sólo se diferenciaban entre todos unos que traian un palio muy curioso de plumas de varios colores con sus varillas de que le agarraban, tambien muy emplumadas y la última danza era de músicos que saltando y cantando en su lengua, decian : *Alegrémosnos todos que ya vino el Padre.* Y así con mucho órden y concierto vinieron acompañándome hasta casa, y habiéndome apeado, entró luego el cacique y me trajo pescado, cazabe y bebida, y luego á su imitacion todo el pueblo.

» Hiciéronme varias preguntas : que cuánto me habia tardado, que cuántos nidos de culebras habia pasado y qué decian las cartas de Casanare. Son los Sálibas sumamente galanes y bien agestados; todos tienen el cabello ondeado y muy largo;

andan comummente todos coloreados, con Guayucos arrastrando, que es con lo que decentemente cubren su desnudez; muestran mucha capacidad, pues no ven cosa que no la hagan con mas perfeccion. Son de docilísimo natural y agradecidos del bien que les hacen, y así digo por lo que ví y V. R. tiene noticia, que los Sálibas y Catarubenes son los mejores indios que juzgo tendrán los Indias para misiones y facilidad en convertirse.

» Las dificultades que al presente tienen estas misiones, que no refiero, por escribirselas á V. R. los Padres, son muchas. Sólo digo, P. Rector, y es cierto como la experiencia dará muestra de ello que no habrá tales misiones, ni se hara fruto en ellas, mientras no se atajáre el paso á los Caribes que insolentes de tantas hostilitades y no haberlos castigado, se hallan dueños de todo Orinoco, obedeciéndoles todos los indios y haciendo cuanto les mandan, como lo verá V. R. por carta del P. Antonio escrita de Catarubenes. Lo fuerza de los doce hombres es sólo de ceremonia y el haber dicho el capitan Tiburcio

que bastaban para resguardo de los PP. no fué mas que para sacar la plata pues conocia él que no era así, como lo dice ahora y escribe que le manden 30 hombres y que sino envien á otro por cabo. Y esté V. R. cierto que ni con 50 hombres pudiera resistir ninguno á los Caribes en el sitio en que están los PP. pues no se les puede impedir el paso, por estar á las orillas del Dubano y Vichada por donde suben, y ser los Caribes muchos y muy buenos soldados, como yo mismo lo ví; pues al bajar el rio encontré con una piragua en los Adoles. Pasó el cacique con su gente á verme, que serian hasta 20 Caribes. Venian todos con escopetas muy buenas, partesanas y carabinas disparando algunos en mi presencia como haciendo alarde con mucha destreza y despejo, de manera que excedian mucho á las gentes que yo llevaba. Pues vea V. R. como resistiria Tiburcio con 12 hombres que en su vida han vista armas y que harto hacen en buscar que comer, á 30 ó 40 piraguas de Caribes que cada una trae 30 hombres y cada uno muy bien armado. Y se colige el poco miedo que tienen ; pues á vista de Ti-

burcio subieron ahora 14 piraguas á los Catarubenes, y enviándolos á llamar Tiburcio, respondieron que no querian ir. Envió dicho Tiburcio á los PP. Loverso y José de Silva para que se acogieran á Cucia diciéndoles que escondieran las petacas en el monte de que se confirmaron los indios mas que no habia fuerzas para resistir á los Caribes y asi dicen que no los junten en un pueblo, que eso es querer que los maten los Caribes; que apartados, como están al presente, tienen tiempo de huir cuando suben los enemigos; que ellos han de seguir la parte mas poderosa.

» En este estado está todo aquello, sin poder los PP. hacer nada, atajados por los Caribes, como he dicho á V. R. Los indios son docilísimos, las tierras fértiles y exceden en mucho á las de los Llanos. Los médios que se nos ofrecen para facilitar el camino de tierra ó navegar por otro rio á los pueblos, lo dejo para mejor ocasion y no escribo mas largo por las cartas que van y por hallarme algo achacoso del viaje tan penoso y dilatado, pues ha sido de tres meses y diez dias descansando sólo

los ocho en Cucia. Dios lo remedie todo y guié á V. R. á quien suplico me encomiende muy de véras para que me haga digno operario suyo que yo no me olvido de V. R. en mis sacrificios. Pauto y junio 16 de 1692. Siempre siervo afectísimo de V. R.

» MANUEL PÉREZ. »

Antes de que llegase Pérez á Santafé ya el hecho habia comprobado los temores; pues el corregidor Enciso y Cárdenas que habia suscitado la persecucion pasada negó la paga á los soldados del Orinoco, y ellos, que poco necesitaban, abandonaron su puesto y dejaron sin defensa á los Padres. Supiéronlo los Caribes y llegaron á una de las poblaciones, bajo el mando de Gúavera el cacique que habia asesinado á los otros misioneros. Allí manifestaron su resolucion de acabar con todos los Padres, y los buenos Sálivas, á riesgo de atraerse el furor de sus enemigos, dieron aviso á Neira y Silva, quienes viéndose sin defensa se escaparon á un monte, en donde supieron al dia siguiente, que los Caribes habian entrado à la poblacion, la habian saqueado, y sólo habian convenido en no

quemarla cuando los Sálivas les dieron una alhaja que tenian para su iglesia. Visto esto siguieron los Padres para los Llanos caminando á pié y sin víveres hasta el Meta, en donde se pusieron á trabajar una canoa. Afortunadamente llegó D. Andres de Palacio, maestre de Plata, que los condujo en su piragua á Casanare. Entretanto Gúavera, sabiendo que el P. Loverso con el capitan Medina se habia embarcado para Casanare, á donde le llamaban los superiores, dispuso una de sus piraguas, la llenó de gente y bogando dia y noche los alcanzó en Adoles. Saltó á tierra con su gente armada y entregó á Medina una carta falsa del Rey de España, en que se ofrecia proteccion á los Caribes. Tratólos el capitan con mas confianza de lo que merecian y cuando estuvo bien descuidado se le echaron encima, dándole furiosos golpes de macana y ahogándoledespues en el rio. En seguida se lanzaron en tropel sobre el P. Loverso á quien dieron muerte hiriéndole la cara con las macanas, sin que el humilde sacerdote intentase la mas leve defensa : su cuerpo quedó casi despedazado. Los Caribes

arrastraron los cadáveres, atados con sogas por el cuello, á la otra banda del rio y los arrojaron en los huecos de unas peñas. Luego volvieron á robarse lo poco que hallaron en las cofres y sacrificaron ferozmente á una niña hija del capitan y á un niño que iba en su compañía cuyas carnes sirvieron de banquete á los asesinos. Solo pudo escaparse el Achagua Quenaven, cuya declaracion jurídica se ha conservado en los archivos de Santafé.

Loverso habia nacido en Palermo, dónde brilló como literato y como jurisconsulto. En enero de 1680 cambió la toga por la sotana de jesúita, y el 12 de febrero de 1693, recibió el lauro del mártir.

Hallábase en otra poblacion el P. José Cabarte y sus indios le aconsejaron que huyese : él creyó que no podia, sin faltar á la obediencia, abandonar su puesto y se mantuvo firme arrostrando la muerte. Sus superiores armaron una piragua con seis hombres. Ya era tiempo : venian trece piraguas de Caribes, cuyo objeto era acabar con él; mas sabiendo la llegada de los Españoles é ignorando

su número, les dieron tiempo para volver á San Salvador.

Ni aun así desmayaron los Jesúitas : antes bien representaron á la Audiencia pidiendo nuevamente una fuerza que contuviese á los Caribes y diese libertad á los misioneros. La Audiencia mandó juzgar al pérfido gobernador de los Llanos que tantos males habia causado, el cual por su parte presentó 17 capítulos de acusacion contra los PP.; pero todos estos resultaron falsos segun la unánime declaracion de sus mismos testigos, y á él se le despojó de su dignidad y de sus bienes usurariamente adquiridos. En seguida mandó que, con los PP. Pérez y Cabarte, saliesen 12 hombres al mando del capitan Félix Castro, todos los cuales llegaron, el 25 de noviembre de 1694, á la tierra de los Sálivas, infestada de Caribes. Los 12 hombres, que iban muy bien vestidos y mejor armados habrian bastado para ahuyentar á los Caribes, que al disparar, cerraban los ojos y perdian todos sus tiros, huyendo sin volver cara luego que las balas españolas empezaban á hacer estrago ; pero el

capitan que tantas promesas habia echo, al ver la turba de salvajes, ordenó la vuelta, diciendo que era temeridad acometerlos y que él no quería perder la gente del rey. Los PP. se vieron en la necesidad de regresar á los Llanos, y los Caribes, llenos de orgullo, continuaron en mayor escala sus depredaciones al ver completamente desamparada la mision. Los Jesúitas, por su parte, buscando entrada mas segura á la tierra de los Sálivas, dejaron á un lado el Meta y penetraron por tierra hasta el Grande Airico, territorio lleno de distintas tríbus, que les habia asignado el Presidente D. Diego de Egües.

Este territorio, bañado por el Uray y el Orinoco, estaba casi totalmente desconocido, Al principio de la conquista habian entrado 70 españoles y mestizos acompañados de 200 indios, que no se sabe si penetraron por tierra ó por el rio Vichada.

Despues entró el maestre de campo Antonio de Tapa, navegando dos dias en el rio Tua, desde cerca de Santiago de las Atalayas. Siguieron hasta la boca del Manacacía por el Meta, y caminando

á pié dos dias por caminos ásperos y pantanos hondos que pasaban agarrándose de las ramas, llegaron á la cabecera del rio Muco formada por un gran pantano sombreado de extensos palmares. Dos dias tardaron en cruzarlo, al cabo de los cuales llegaron al Vichada, ancho rio á cuyas turbulentas aguas no quisieron confiarse por temor de los caimanes. Del otro lado estaban los indios fugitivos que aterrados se dieron de paz, entregándose 300 Achaguas. Algunos soldados se internaron y en la serrania que domina aquellas ricas llanuras, hallaron la tríbu de Tamudes llamada por los españoles Cacatios, algunos de los cuales fueron aprisionados.

El capitan Juan López entró tambien en 1657 y cautivó á 150 indios. Esta y otras crueldades hicieron que el rey de España diese una cédula protegiendo á los indios y que el Papa Paulo III expidiese una bula en que mandaba se les reconociese su libertad y su propiedad.

Los primeros nombrados para evangelizar esta tierra fueron Silva y Cavarte, diestros ámbos en

el manejo de los infieles y concocedor el último de los idiomas Sáliva y Achagua. Acompañados de cinco ó seis personas partieron en 1695 y á poco trecho se encontraron con el Meta que venía crecidísimo. Como en muchos dias no bajasen sus aguas construyeron una mala embarcacion y con peligro de la vida pasó Cavarte acompañado de un indio que servia de guia y de dos soldados, no obstante saberse que la tierra estaba infestada por los Guahivos y Chiricoas. Silva se quedó pastoreando el ganado y los caballos que llevaban para fundar la mision.

Cavarte continuó su viaje sin norte fijo. A poco les faltaron los víveres y sin sorprenderse por ello empezaron á hacer uso de las flechas y á mantenerse con monos y papagayos que abundan en aquella tierra y que son comun alimento de los indios no obstante su dureza y desabrimiento. Qué importaba eso á los misioneros. Uno de ellos decia « que cuidan poco de la vida, que llevan siempre jugada y casi no mantenida.» A los 40 dias de viaje llegaron á Quirosiveni, aldea de un cacique en

otro tiempo católico, prófugo de la mision de Isamena, el cual resolvió matarlos, de acuerdo con los otros indios. La comision le tocaba de derecho á una cuadrilla de Guahivos y Chiricoas, que por suerte se hallaba entre ellos. Salieron pues de la problacion al mando de su cacique Saberno, que contrató el asesinato por una miserable paga, se pusieron en dos filas é hicieron pasar al padre por en medio. Apénas habia entrado éste se lanzó sobre él un Chiricoa, cuchillo en mano ; pero el Padre que llevaba una imágen de San Javier enrollada, levantó el brazo y dió un grito al indio. Este que vió la imágen de repente se quedó aterrado creyendo que era alguna arma rara y soltando la suya corrió precipitadamente, siguiéndole sus compañeros. Al entrar á la poblacion fueron muy mal recibidos : los vecinos creian que iban á hacerlos *macos* ó sea cargueros y en vano se esforzaba el Padre por hacerles creer sus intenciones pacíficas y mas aun por obtener noticias acerca de la nacion en cuyo seno se hallaban. Estas noticias vino á dárselas por venganza un muchacho gua-

hivo á quien habia dado una bofetada el cacique. Así supo Cavarte que se hallaba entre numerosas poblaciones de Achaguas. Mas no queriendo alarmar á los indios á quienes ya iba amansando con dádivas y buen tratamiento, resolvió quedarse en la poblacion y enviar aviso de todo á Santafé, indicando que el viaje seria mucho mas cómodo por San Juan de los Llanos.

El Padre Visitador Francisco Altamirano, que recibió este informe en setiembre, mandó á los PP. Neira y Mateo Mimbela Alimbelaz con órden de que este último se quedase en el pueblo de Sabana-Alta para que recibiese noticias de todo lo que ocurriera y las trasmitiese á Santafé. Desde el principio tropezaron con dificultades, pues no se halló un indio que hubiese entrado tierra adentro para que pudiese servir de guia : así fué que se lanzaron á ciegas, acompañados de algunos indios, de cuatro españoles y de dos alcaldes de San Juan, uno de los cuales era muy animoso y se llamaba Pedro de Mora.

A fines de diciembre de 1695 llegaron á Sa-

bana-Alta y á fines del mes siguiente continuó Neira su viaje.

Antes se habia gastado inutilmente mas de 15 dias rodeando bosques y lagunas : ahora dirigieron la derrota hácia el poniente por hermosas sabanas con altos bancos y morichales, en busca del rio Ariari. Al fin llegaron á la poblacion en donde fueron recibidos á flechazos, hasta que uno de los de Cavarte les habló en lengua achagua diciéndoles que su mision era de paz y que iban de tránsito. Entónces salió el cacique y despues de haber sido muy bien tratado manifestó que tenia alguna noticia de los PP. y muchas del territorio Airico; que debian regresar y atravesar las montañas, al fin de las cuales hallarian al cacique Guayavero, amigo suyo, que les serviria de guia. Dióles compañeros y les prometió alcanzarlos tres dias despues, por estar convidado á una fiesta de bebidas en la poblacion de Guayavero. Confiaron nuestros caminantes en su palabra y el éxito correspondió á lo que les habia anunciado. Recibiólos bien Guayavero merced á

las recomendaciones de su amigo, y habiendo dado algunas piezas de ropa, consiguieron dos malísimas canoas en que apénas cabian y se confiaron á las olas del rio Guayavero, engrosado ya con las del Ariari. El segundo dia chocó la canoa en que iban los víveres con una piedra y volcándose se perdió todo, excepto la ropa del P. y un saco de maiz. Afortunadamente en el rio habia peces y en el monte papagayos y monos que ocuparon provechosamente la habilidad del alcalde Mora. El quinto dia descubrieron huellas de planta humana, saltaron á tierra, coronaron una colina y divisaron un camino ancho, llano y trillado. A poco hallaron un abundante platanal y cerca de él á unos indios que iban á sus labranzas, los cuales los recibieron amigablemente y les anunciaron que la poblacion estaba muy cerca. Dijeron que esta habia sido grande, pero que el terror de los Caribes habia hecho huir á los vecinos; manifestaron ser Airicos y les indicaron una poblacion de Amarisanes, en demanda de la cual se continuó el viaje.

A mediodía de camino la hallaron y el primer

indio que los vió, empezó á agitar la poblacion gritando : Guabaymí! guabaymí! que quiere decir duendes! duendes! Á pesar de esto fueron bien recibidos, gracias á los elogios que habian hecho de los misioneros unos caminantes *chanapes*, tríbu la mas hermosa física y moralmente, que se habia hallado hasta entónces.

En aquel punto se reunieron Neira y Cavarte, y quedándose con los indios y dos soldados despacharon á Mora con el informe de lo acontecido y de lo que prometia la nueva mision. Algun tiempo despues pasó á Santafé el mismo Cavarte para dar informes verbales y abogar por el fomento de su empresa. Demostró que la tierra era hermosa dilatada y fértil como lo demostraba la rica cosecha de los frutos que habian sembrado, y que sólo distaba 14 dias de los Llanos, ya se fuese por agua ó por la márgen del rio. Estaba en fácil comunicacion con la tierra de los Sálivas por los rios Dubano y Vichada que desembocan en el Orinoco; pero las Caribes la tenian aterrada con sus frecuentes invasiones.

Los habitantes eran de condicion apacible, tímidos é indolentes. Nada les preocupaba acerca de su porvenir y la voz de los misioneros se perdia sin eco en sus corazones. Sostenian la poligamía, no por sensualidad sino por ostentacion y la voluntad de uno de los cónyuges disolvia el matrimonio. En lo único que se mostraban incontrastables era en el odio que pasaba sin alteracion á dos y tres generaciones.

Su débil sustento se reducia á pescado, siendo de notarse que cogian los peces atravesándolos con sus flechas en el agua. Cuando las crecientes de los rios les impedian la pesca se mantenian con monos, papagayos, dantas y venados. En caso de necesidad se alimentaban con sabandijas inmundas y con unas hormigas de gran tamaño, manjar delicioso para los niños. Apesar de esta mala alimentacion crecia la gente hermosa y robusta. Los PP. Tomas Varela y Félix Cugía participaron de los trabajos evangélicos de Neira y de Mimbela en el territorio de los Airicos. Inútiles esfuerzos ! despues de

siete años de sudores la tierra se encontró estéril : sólo se habia conseguido aleccionar á unos pocos indios y duplicar dos poblaciones. Por esto fueron llamados á Santafé los cuatro misioneros, declarándose impracticable la mision entre los Airicos. Pero ántes de partir trasladaron la poblacion de Quirasiveni á un sitio llamado Juarria cerca del Meta y la de los Amarisanes al llano de Camoa distante cuatro dias de Sabana-Alta.

Neira, el santo anciano que por tantos años habia evangelizado los Llanos, no pudo acostumbrarse otra vez á las comodidades de la vida civilizada, y lleno de melancolia al verse en Santafé léjos de sus amados indios, pidió con tales instancias se le enviase de nuevo á las misiones, que los superiores le señalaron por residencia á Casanare, poblacion fundada por él y á la sazon la mas floreciente de todas. Mas no queria vivir sino entre los salvajes mas indómitos, por lo cual instó nuevamente y consiguió que le enviasen á los Amarisanes de Camoa donde murió dos años despues, 1703.

Cuarenta años habia vivido en aquellos desiertos : en las poblaciones fundadas por él habia introducida el conocimiento de las artes necesarias para la vida civil, y de su profundo conocimiento en las lenguas indígenas quedaron las gramáticas y vocabularios de lenguas Achagua y Sáliva que compuso para los nuevos misioneros, así como los catecismos de doctrina y varias comedias y autos sacramentales que compuso para que los indios los representasen. Como tenia mucha facilidad para versificar, puso en verso castellano aquel libro de oro llamado Imitacion de Cristo del P. Tomas de Kempis y dos tomos del P. Alonso Rodriguez.

Mimbela, hermano del obispo de Oajaca, Manuel Mimbela de la órden de San Francisco, como tambien del dominicano Jaime Mimbela, Obispo de Santa-Cruz y de Trugillo, habia nacido en Fraga de Aragon en 1663. Fué durante doce años rector del Colegio de Tunja y varias veces jefe de toda la provincia. Siendo él Provincial, tuvieron lugar las suntuosas fiestas con que los Jesúitas del Nuevo

Reino celebraron la canonizacion de sus hermanos los anjélicos jóvenes Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka, decretada por el Papa Benedicto XIII.

CAPITULO V

En 1701 vagaba por el norte del Nuevo Reino un Girara cristiano. En la antigua villa de Pedraza oyó la conversacion de varios indios que en un idioma parecido al suyo, manifestaban su admiracion al ver una ciudad con gentes vestidas y calzadas. Acercóse á ellos Calaimi, que así se llamaba el Girara, y supo que eran indios Betoyes extraviados; con que pensando hacerse conquistador, se ganó sus simpatías, los hizo pasear por la ciudad, donde para ellos habia mucho que ver, y les regaló algunas baratijas. Los Betoyes le llevaron gustosos en

su compañía, anunciándole un territorio de numerosas gentes y al cabo de cinco dias de viaje por montañas desconocidas llegaron á un pueblo de indios Guaneros á orillas del rio Sarare, en donde fué recibido tan amablemente que permaneció con ellos un mes.

La noticia de su llegada, de la liberalidad con que repartía alfileres y vidrios atrajo á los indios Agnalos y Guaracaponos, que fueron muy bien recibidos y regalados por Calaimi; de suerte que quisieron acompañarle á la tierra de los Betoyes.

Continuaron pues todos juntos el viaje, pasaron el rio Apure, y recibieron el festijo de la nacion Situja, cuyos indios son los mas amables de aquellas comarcas y de los cuales siguieron con Calaimi tres familias enteras.

En Isabaco, primera poblacion de Betoyes á donde llegó, mandaban dos indios viejos que alborotaron la poblacion y salieron á recibirle en tren de guerra. En medio de horrible griteria se apoderaron del Girara le amarraron á un caney y con la camiseta trataron de ahorcarlo. El infeliz

que por fortuna tenia el oficio de tocar clarin, ya en el último trance logró embocar su instrumento y dar algunas voces, lo que oido por los indios, se llenaron de espanto y echaron á correr precipitadamente. Los de la comitiva lograron detenerlos y convencerlos de sus pacíficas intenciones. Aquietados los ánimos, trató Calaimi con la mayor viveza de tomar informes sobre toda la tríbu y cuando lo hubo conseguido, regresó á Tame á dar cuenta á los Jesúitas.

Los Betoyes ocupaban un territorio bellísimo, sombreado por seculares y corpulentos árboles, encerrado entre varias vertientes y el rio Sarare, que forma allí una cascada tan hermosa como la de Tequendama y que va recibiendo en su curso los nombres de Chitagá, Cuiloto y Apure. En aquel territorio abundan los animales de caza y las aves de vistoso plumage. Los habitantes, con el espíritu ofuscado por las mas crasas preocupaciones tenian por Dios al Sol, siendo de notar que le llamaban como los Griegos Theos. Creian en la immortalidad del alma y tenian gran miedo á los muertos.

En la nacion Betoye se contaban las tribus de Guanero, Agualos, Guaracaponos y Sibuyos, de que ya hemos hablado, como tambien las de Polacas, Quilifayes, Anabalis y Mafilitos.

Calaimi entró como en triunfo á Tame y los Jesúitas dando caneyes y tierras para sementeras á 16 indios de distintas tribus que le acompañaban, le nombraron cacique, autoridad que fué confirmada por la Audiencia de Santafé.

Por mandato del P. Juan de Ovino, Superior de los Llanos en 1703, volvió Calaimi á los Betoyes y logró que muchos se viniesen con él : pero hallando en cambio de su clima saludable y suavísimo otro de malas condiciones, enfermaron y perecieron casi todos. Persuadiéronse los demas de que los Achaguas los envenenaban, y siendo imposible sacarlos del error por su natural desconfiado y lerdo, se mandó que Calaimi saliese con todos los Betoyes y fundase un pueblo en Cusiavo á orillas del rio Cravo. Bajo el dominio de Calaimi que medio los instruia en la doctrina vivieron quietos hasta 1715, en que Mimbela siendo Pro-

vincial, visitó las misiones. Escogióse para fundar nuevamente la poblacion una llanura á orillas del rio Tame, en donde el Provincial plantó una cruz en señal de tomar posesion, y ofreció mandar un P. como lo pedia Calaimi.

El escogido para esta mision fué el ilustre Jesúita José Gumilla.

Era este sacerdote Valenciano, de acrisolada virtud, de espíritu observador y de una constitucion vigorosa, apto en un todo para la difícil é importante mision que se le confiaba. Estuvo durante un año ejercitándose al lado de un misionero antiguo en el arte de reducir á los indios y en aprender la lengua cirara y algunas otras. Este P. tomó las 50 personas que acompañaban á Calaimi las condujo al sitio escogido por Mimbela y fundo la poblacion ds San Ignacio de cabañas de madera cubiertas de paja.

En breve se puso al corriente de la lengua Betoya y pidió licencia al P. Capuet, Superior de las misiones, para entrar á las montañas, en donde ya le habia precedido el P. Gines Marin, encon-

trando multitud de indios amedrentados por la aproximacion de los blancos. No se le concedió la licencia por temor de que le quitasen la vida: pero las autoridades enviaron algunos soldados, al mando de un jefe de mas valor que prudencia, los cuales llegaron despues de grandes trabajos á una isla cerrada de pantanos, en donde estaba refugiada la tribu de los Lolacas. Esta tropa asaltó de noche la isla y regresó con 35 infelices prisioneros, mientras los otros se escaparon llevando por todas partes la noticia de su catástrofe y anunciando la suerte que á los demas esperaba. Por fortuna al pasar el Sarare les quitaron los lazos con que los traian atados como á criminales y los trataron bien hasta llegar á San Ignacio en donde el P. Gumilla los recibió en sus brazos animándolos y regalándolos.

El año siguiente de 1717 pidió nuevamente Gumilla que le dejasen penetrar en el interior, pero sin soldados, por que estos solo servian para ahuyentar á los indios. No se le permitió que fuese solo sino acompañado de dos ó tres soldados y un

capitan muy valiente y experto llamado Domingo Zorrilla. Los indios amedrentados habian trasladado su rancheria á dos sitios que juzgaban inaccesibles, uno entre pantanos y otro en el centro de una laguna. Despues de 17 dias por entre malesas y fragosidades por donde no podian penetrar los caballos, llegaron á los pantanos. Sorprendidos los indios y estrechados por la misma configuracion del terreno no pudieron huir y llenos de terror se entregaron. La voz de Gumilla se dejó oir entonces: explicóles sus deseos y dióles tantas seguridades que al fin se aquietaron y le prometieron fundar la poblacion. De igual modo confortó á las mujeres que se habian refugiado á los bosques y se creian ya víctimas de los soldados españoles. Dejando á Zorrilla en esta poblacion, siguió á las lagunas donde estaban los Lolacas. Allí se le hizo la promesa formal de que al año siguiente irian á habitar en el pueblo de San Ignacio y se le dieron en rehenes dos hijos de dos capitanes notables. Gumilla anunció su venida al año siguiente diciéndoles: «Cuando oigais disparos de arca-

buz; conoced que estamos cerca, porque nuestra gente viene cazando gallipavos : cuando nos veais, reparad bien, que siempre vendré yo delante. »

Por desgracia no se cumplió al año siguiente al pié de la letra lo prometido y ya veremos lo que sucedió. Al cerrar la noche de aquel dia, se oyó en la montaña un ruido confuso de voces, de mal templados tambores y de disonantes caracoles, y cuando rayó la aurora se vió un escuadron de indios armados de flechas, coronados de vistosos plumages, y capitaneados por uno de aspecto feroz de larga y blanca barba, ojos pequeños y vivos, talla mediana y membruda. Mandó Gumilla que saliese un indio y les rindiese las armas, lo que hizo este de rodillas, dejando tan sorprendido al guerrero, que entregó tambien las suyas y le preguntó por el español negro (el Jesúita) que tanta paz y rendimiento les enseñaba. Salió Gumilla y despues de hablar largo rato con él se ausentó con sus indios, no convertido pero si admirado.

Gumilla tornó á San Ignacio con 100 indios, de los cuales se escaparon algunos por el camino. Los

demas se avecindaron en San Ignacio y continuaron tranquilos. De repente uno de ellos, llamado Taylica soñó que habia 50 soldados en las inmediaciones que se preparaban á arcabucear á los Betoyes cristianos, y como todos ellos tienen los sueños por revelaciones infalibles, Taylica se arrancó las cejas al dia siguiente en señal de irremediable venganza, y seduciendo á 22 de ellos se escapó y fué á reunirse con otro pérfido llamado Coluciaba. Este tal habia hecho creer á algunos que el P. se comia á los niños asi es que no faltó quien le manifestase deseos de entrar á su dormitorio á ver las calaveras de los que habia devorado.

Acercándose la época en que debian ir á traer, segun convenio, á los indios de los pantanos se nombró en comision no al P. Gumilla como se les habia prometido, sino al P. Miguel de Ardanaz desconocido de la tribu y que ignoraba la lengua betoya, circunstancia esencialísima. Los que servian de rehenes bautizados ya con los nombres de Federico y Baltazar, acompañados de otro indio jóven de mucho mérito se adelantaron para entrar

á la poblacion. Taylica que se hallaba en ella, habia comunicado su odio y sus temores á los suzpicaces Mafilitos y Quilifayes. Como no se presentó Gumilla ni entraron á la montaña dando tiros segun lo convenido, la desconfianza se apoderó de ellos. Los tres emisarios presentaron sus armas que fueron recibidas con palabras amistosas. Pero despues el cacique Totodare, padre de Cárlos el indio jóven preguntó por el P.

« Atras viene » contesto Cárlos ; á lo cual replicó su padre : « Miéntes ! el año pasado nos dió por señas que vendria adelante; viniendo detras, se falta á la seña, á la palabra, á lo estipulado. Vosotros no direis que hacen eso vuestros padres, con que en esto hay traicion, hay engaño, estamos vendidos ; los que vienen nos quieren cautivar y matar. » En seguida Totodare, olvidándose de su condicion de padre, gritó : « Matadle, matadle ». Al instante cayó á tiena de un golpe de macana y Taylica lo atravesó con dos zaetas. Otros indios dispararon sus flechas é hirieron á Baltazar y á Federico, libertándose de la muerte por la llegada

de los españoles. Cárlos expiró bajo la bendicion del sacerdoce perdonando á su padre y á sus demas asesinos que despues del crímen se escaparon. El P. para no enconarlos mas, se opuso á que los persiguiesen : pero Zorrilla no pudo contener á los soldados que destruyeron las sementeras y pusieron fuego á la poblacion, actos verdaderamente salvajes que hicieron inútil durante 4 años todo esfuerzo en esta mision.

El año siguiente tomó Gumilla 60 soldados sin jefe y se internó hácia el norte, por entre espesas montañas, en busca de los Anabalis. Rozó montes, abrió sendas por un suelo que solo habian holaldo las fieras, pasó dias y noches á la intemperie, bebiendo el agua de los charcos y alimentándose solo con arroz sin sal. Dieron al fin con un camino ancho, en el cual habia á trechos castillejos formados de ojas, construido por los mohanes ó hechiceros, quienes hacian creer que de este modo no podian penetrar ladrones ni enemigos en sus dominios. Los indios de Gumilla se atemorizaron con esos castillos de ojas; pero pronto perdieron el

miedo al ver que él los desbarató con los piés, sin que desgracia alguna le sobreviniese.

Adelantóse solo Gumilla y á pesar de oir gran voceria en el primer caney, entró derecho á dar cuenta de su llegada y de sus designios: pero nada pudo obtener y no solo creció la voceria sino que se comunicó al campo español. Para vencerla impuso Gumilla silencio á los suyos y mandó disparar un esmeril que traian. Al ruido del tiro los indios se quedaron espantados y silenciosos, de lo cual se valió el sacerdote para inspirarles confianza y simpatías. Cuando ya lo creia logrado se retiró á su campo en donde lo sorprendió un desmayo procedente de las fatigas del viaje y de la excesiva debilidad, pues en todo el dia no habia tomado alimento ni bebida. Acercáronle un vaso de agua y no lo habia apurado cuando le avisaron que los contrarios estaban encima. Salió á verlos y le pidieron á un indio llamado Toloquia que acompañaba al P. y que ellos creian muerto á manos de los españoles. Aunque Gumilla hizo salir á Toloquia, no creian que estuviese vivo y manifestaron

sus deseos de pelear para vengarlo aquella misma noche. El P. les contestó que no bastando las reflexiones y el cariño, los haría ametrallar al dia siguiente por los soldados. Los indios amedrentados vacilaron y se retiraron : pero muy pronto recobraron el ánimo. Al amanecer se oyó su griteria y se les vió avanzar en número considerable. Gumilla preparó á los españoles haciéndoles ver la justicia de la propia defensa pero aconsejándoles humanidad y moderacion. Despues los hizo formar en semicírculo y esperó.

Era uso entre ellos que antes del combate general saliese de cada campo un adalid y augurasen por decirlo asi en un combate singular pero no sangriento el éxito de la batalla. Del campo indio salió Balibasi, jóven arrogante y membrudo de reconocido valor, el cual empuñó su arco lo templó con el dardo y se vino hácia el P. Este le miró fijamente sin pestañear siquiera, cosa en que se fijan mucho los indios, pues el miedo les hace cerrar los ojos al disparar y al recibir el golpe. Cuando los dos combatientes estuvieron bien cerca,

Gumilla le dió un terrible grito al oido y se hechó sobre él queriendo cogerlo por el pelo : pero el indio era ágil y se le escapó dejando sin decidir la victoria; repitióse esta escena seis veces, en cada una de las cuales mostraba mas y mas miedo Balibasi, de modo que ya no se acercaba al P., y cuando este avanzaba, el indio se refugiaba entre los suyos. A la sexta vez entró Gumilla resueltamente en el campo enemigo y los indios conociendo que no podian competir con él contestaron á sus razones de paz y amor con gritos alegres y poniendo sus palos debajo del brazo en señal de paz se abrazaron con los españoles y con los indios cristianos que venian con ellos.

Antes habian enviado mensageros á Seifere, jefe de muchas tribus, dotado de prudencia y de valor, el cual se presentó pidiendo sus indios muertos. Recibiósele con moderacion, probósele que no se habia herido ni dado muerte á nadie, y que estaba engañado por los suyos. Gumilla le habló en seguida sobre la religion que deseaba extender entre los salvajes y sobre las ventajas que cada uno re-

portaria si convenian en formar poblaciones arregladas y dirigidas segun las leyes del cristianismo. Las palabras del misionero produjeron el deseado fruto. Seifere, que era justo y prudente se hizo amigo del P., despues recibió el bautismo y mas tarde contribuyó á la reduccion de sus súbditos. Empezó por reunir á los principales de sus numerosas poblaciones y el P. les expuso la doctrina de Cristo y les pintó la felicidad de la vida civil, en la cual tendrian vestidos, muebles, ganados y sementeras : la edad de oro aparecia brillante en la imaginacion de aquellas rudas é inocentes criaturas. Pero cuando el P. pasó á hablarles de los misterios, soltaron la risa y manifestaron que todo era una patraña y que se volvian á sus bosques. Necesitábase una prueba de bulto, so pena de perderse tal vez para siempre la mision. Gumilla pidió que unos cuantos indios viniesen con él á San Ignacio y tragesen un testimonio indisputable de la veracidad de sus ofrecimientos; con la promesa de que irian en el verano siguiente regresó el misionero á su residencia ; en donde pasó el año

de 1720 sin hacer tentativa alguna por temor de inspirarles desconfianza. El año siguiente salió con soldados capitaneados por Zorrilla en busca de los Sitrofas y Anabalis, pero tuvo que regresar para dar cuenta de sus hechos al provincial Antonio Gonzalez que estaba visitando las misiones. Zorrilla continuó su viaje y halló que los indios habian cambiado las poblaciones á otro punto, como lo han por costumbre : pero fué bien recibido. Seifere se alegró con su venida, manifestándole que los indios olvidadizos de suyo y tímidos por demas, no habian querido partir solos en el verano anterior, segun lo estipulado. A su regreso le acompañaron 11 indios hasta la hacienda de Caribabure, de donde llenos de regalos tornaron á sus bosques.

En 1772 emprendió viaje otra vez Gumilla con el capitan y habiéndose extraviado en un bosque, dieron con un aduar de foragidos capitaneados por Taylica y Coluciaba, los cuales fueron capturados. Los demas se escaparon y fueron á inquietar la poblacion donde residia Seifere, pintando con tan negros colores la captura de sus jefes, que

el mismo cacique empezó á vacilar, Cuando Gumilla le propuso que se viniese con sus indios contestó que no era tiempo de hablarles por que el lance de la noche anterior los tenia mal dispuestos y que el tenia acancerado un dedo, El P. logró curarle en tres dias este mal de que adolecen frecuentemente los indios y le regaló un ceñidor bordado y muy vistoso que al efecto traia. Su amabilidad y su talento triunfaron. Una comitiva de 300 indios le siguió con ánimo de avecindarse en San Ignacio. Con esta comitiva venian presos los desgraciados Taylica y Coluciaba y al pasar el rio Sarare, punto de donde ya no era fácil la fuga, Zorrilla les formó una especie de proceso y los condenó á muerte, Arcabuceáronlos contra un árbol y despues se colgaron sus cadáveres en las ramas. Gumilla no pudiendo librarlos de la muerte hizo cuanto pudo por abrirles las puertas del cielo, excitándoles al arrepentimiento,

La comitiva despues de muchas hambres y penalidades llegó como en triunfo á San Javier, en donde los colonos salieron á recibirlos á caballo

con música y banderas desplegadas; pues los futuros cristianos no solo eran de la misma tribu, sino que estaban unidos con ellos por los lazos del parentesco. Inmediatamente fueron conducidos al templo y por primera vez adoraron al verdadero Dios. Repuestos del hambre y la fatiga continuaron el viaje á San Ignacio en donde fueron recibidos con iguales demostraciones de alegría. Bien pronto fueron bautizados recibiendo Seifere por nombre el de Ventura y su esposa el de María. El gobernador D. Joaquin de Mendigaña padrino de Ventura, le nombró Justicia Mayor del pueblo para que le gobernase en nombre del rey, eleccion acertada por la respetabilidad de su persona y porque contribuyó mucho á la reduccion de sus súbditos.

En 1723 y 1724 volvió á entrar el P. Gumilla y recogió la mayor parte de los indios que por timidez ó por rebeldia se habian quedado en los bosques. Toda la nacion Betoya quedó reducida y San Ignacio llegó á ser una poblacion crecida, en donde florecian las virtudes cristianas y tanto

la industria como la agricultura adquirian vuelo. Las mismas pestes que diezmaban á los indios y que eran hijas de su debilidad natural y de su ligero sustento desaparecieron desde que los misioneros les enseñaron el uso de la carne de vaca y de los granos nutritivos, al mismo tiempo que los dedicaban á los ejercicios corporales, En breve tuvieron una linda Iglesia con tres altares bien alhajados, su sagrario de cedro y un precioso camarin de la vírgen. Las haciendas y sembrados mejoraban y las artes se aclimataban no obstante la rudeza y pereza de los Betoyes. Gumilla no solo les predicaba en su idioma sino que hizo gramática y diccionario betoyes, traduciéndoles los catecismos de religion.

Los indios llegaron á amarle tanto, que llegando en cierta ocasion el Provincial á la visita y creyendo que les iba á quitar á su Padre le pidieron inocentemente permiso para ir á flecharlo.

Volvamos á la nacion Achagua.

Abandonada en el Airico por no dar esperanza á los misioneros, se dividió en parcialidades que

en cruel y larga guerra se despedazaron. De los pocos que quedaron, algunos temiendo á los Caribes y cansados de su triste vida salieron en 1721 y llamaron al P. Tabarte, pidiéndole que los acompañase en su nueva poblacion que construyeron en el sitio de Juanía á las orillas del Meta. Tabarte estuvo con ellos dos años; pero no pudiendo convertirlos á la fé y siéndole dañoso el clima fué llamado á los Llanos. Obedeció con dolor por el amor que profesaba á aquellos desgraciados. Sinembargo siguió visitándolos con frecuencia, hasta que visitando las misiones el Provincial Ignácio Meaurio se le presentó en Pore el cacique con las principales indios, pidiendo que les enviase á su Padre Tabarte, que ellos querian convertirse. Ofrecióles el Provincial lo que pedian, con tal que mudasen el sitio de la poblacion á otro situado entre unas montañas que daban paso al rio Guanapalo abundante en pesca y sobre todo muy sano y batido por suavísimos aires. Aunque este sitio estaba á cuatro dias de navegacion rio abajo y los indios no querian vivir cerca de poblaciones españolas; por tal de

vivir con su Padre, aceptaron la proposicion del Provincial y dieron principio á la nueva residencia que puso Tabarte bajo la advocacion de San Juan Francisco Régis y que se ha llamado tambien Guanapalo. Mientras se hicieron las rancherias dormian todos al raso y Tabarte bajo un toldo viejo : mientras se rozaba y se preparaba el terreno, es decir, por espacio de un año el alimento de todos se reducia á un poco de pescado: los mas penitentes cenobitas no guardaron un ayuno mas riguroso que este santo anciano. Lastimados las superiores al verle sufrir tanto y con tan poca utilidad, le llamaron otra vez á los Llanos : pero el rogó y suplicó tanto, que al fin le dejaron. Cuarenta y ocho familias se le habian presantado sin buscarlas y otras habian venido, merced á los esfuerzos del indio Chepe Tabarte, compañero inseparable por larguísimos años del misionero, y que sin ser sacerdote era un verdadero operario. La poblacion empezó á florecer, construyéndose buenas casas y una iglesia bien abastecida de cuadros y ornamentos; pero en la

misma progresion se iban agotando las fuerzas del santo misionero que expiró á principios de febrero de 1724, entre sus indios á la edad de setenta años de los cuales habia pasado treinta en las misiones.

Veinte y ocho años hacía que suspiraba por esta fundacion y murió al verla iniciada.

Habia nacido en Zaragoza de España y se habia dedicado á la jurisprudencia. La heroicidad de los misioneros en América le hizo no solo vencer la antipatía que tenia á los Jesúitas, sino alistarse bajo sus banderas y pedir que se le dedicase á los Llanos. En Bogotá terminó sus estudios y se recibió de sacerdote. El historiador antiguo le compara con el buey por su constancia y la firmeza con que asentaba el pié en cualquier terreno por deleznable que pareciese.

Pasó los 40 años de su vida de misionero con una actividad incansable, siempre viajando en busca de los indios, pasando por mil aventuras de que salvó milagrosamente la vida.

Su manjar ordinario se componia de gusanos

y raices y de vez en cuando algun pescado ó algun mono sin sal.

La sotana con que entró á los Llanos la tuvo hasta que ya no admitia remiendo y desde entónces su vestido era una pobre ruana. Los indios se admiraban de que viviese despues de tantos trabajos y Chepe Tabarte lloraba al recordarlos.

En su vejez y no pudiendo ya salir se dedicó á la carpinteria y logró hacer muebles y puertas para la iglesia y la casa de los misioneros. Causábame admiracion, dice Rivero, el ver un anciano venerable de casí 70 años seco y con la piel sobre los huesos, nevado de canas empeñado como si fuese un jóven en oficio de carpinteria.

Fué sobresaliente en el estudio y conocimiento de los idiomas indígenas, sobre todo en el Girara, en el Achagua y en el Sáliva, y entre sus papeles se encontró un diccionario principiado de lengua Enagua.

Momentos ántes de morir, predicó á los indios, dándoles sus últimos consejos y despues se dirigió á Dios, orando en lengua Achagua.

Para ocupar el puesto del P. Tabarte, se nombró al P. Juan Rivero, célebre en su órden en la cual ocupó puestos distinguidos y mas célebre aun en nuestros anales, no solo porque evangelizó á los salvajes de nuestro territorio como Gumilla, sino por que como él sirvió á la ciencia, escribiendo la Historia de las misiones de los Llanos, que se conserva inédita en la Biblioteca Nacional.

Rivero, conocedor del terreno y hallándose en plena juventud heredó el espíritu de Tabarte, y no solo continuó sino que extendió su obra. Frente á San Régis, á la otra banda del Meta, habia una gran poblacion Chiricoas que mandaba el cacique Chacuamare, ejerciendo un poder absoluto sobre muchas otras poblaciones y cacicazgos. Su padre habia destruido casi totalmente la nacion Achagua; él no necesitaba ya de hacer la guerra, pues dominaba sin contradiccion y Rivero juzgó que le convenia reducirlo á la vida civil y formar allí un fuerte contra los Caribes. Temiáse mucho la inutilidad de este paso, por la volubilidad de los Chiricoas; que solo gustaban de andar errantes

en robos y matanzas, y se tenia presente el ejemplo de la dos poblaciones Chiricoas fundadas con tanto trabajo por Monteverde y Maisland, las cuales se habian desbaratado totalmente. Partió sinembargo Rivero, llevando en su compañía al operario Chepe Tabarte y halló al cacique que rayaba ya en los cien años. Habláronle ambos y le propusieron que mudase de sitio la poblacion, y como manifestase que no viviria cerca de los blancos, Chepe le aseguró que los nuevos Españoles eran distintos de los antiguos, y le dió algunos regallilos con que el pobre viejo se dejó persuadir. « Hizo gran fruto, dice el cronista, una montera muy guapa bordada de distintos colores que se llevó para el viejo y una camisita de lienzo pintado que se puso á un nieto suyo muy su querido. » Estos eran los leones de aquella inocente raza! Trasladáronse pues á otro sitio mas al frente de San Régis, y bajo la direccion de los cristianos fabricaron capilla, casas y habitacion para el misionero. Los otros Guahibos errantes se apoderaron del terreno luego que los vieron reducidos y empezaron á hacer entradas á la poblacion y

á robarse las sementeras; por lo que se trasladó á la otra orilla del Meta junto á las márjenes del Duya. Esta poblacion recibió el nombre de la Santísima Trinidad y el cacique recibió en el bautismo el de Fortunato.

La inconstancia de estas tribus no fué parte para que los misioneros perdiesen la esperanza de reducirlos; bien que las residencias de San José y Sta Teresa se habian desbaratado repentinamente y los indios habian continuado en los bosques.

Súpose que en las vecindades del Meta habia ranchos de estos indios y juzgándolos ménos andariegos se les buscó y se les excitó á vivir en asociacion, imitando el ejemplo de los súbditos de Chacuamare. Como no oyesen mal la proposicion, se les nombró de misionero al P. Juan José Romeo, natural de Toledo, el cual tomó posesion del sitio escogido por Gumilla. Era aquel un territorio bellísimo coronado de árboles lujosos y bañado por el Meta y el Cravo que se juntan á una legua de distancia formando una isla de palmeras, donde se pusieron despues huertas de arroz, plátanos y

demas frutos de nuestra zona, aumentando la belleza del sitio. Estando ya muy anciano Rivero enseñando teologia moral en Santafé, obtuvo la gracia de volver á las misiones y llegó á tiempo de acompañar á Romeo en la fundacion. A la noticia de su llegada fueron saliendo los indios de sus montes; se les repartió lo necesario para trabajar y empezaron las rocerías, los cortes de madera y la construccion de iglesias y casas. Los únicos alimentos eran el pescado del rio Cravo con algun pato real cogido á flecha en sus orillas y los dátiles del bosque; por la cual se permitia que los indios saliesen en busca de alimentos. Cosa rara! los vagabundos Chiricoas, léjos de quedarse en los bosques, volvian contentos á trabajar trayendo algunas piezas de caza. Romeo hizo con sus propias manos las puertas, ventanas, altares y muebles de la Iglesia, todo de cedro, despues de haber dirigido la obra de albañileria y escultura. Desgraciadamente su débil constitucion se rindió á tantas penalidades y fué llamado á Santafé en donde siguió prestando importantes servicios.

Sustituyóle el fervoroso valenciano Mateo Rivas, quien fué á recoger el fruto de la paciencia de su antecesor. En efecto la poblacion estaba ya concluida, los campos cubiertos de sementeras y empezado el hato de ganados : los indios vivian quietos y la semilla evangélica arraigaba en sus corazones. La Concepcion de Cravo, que así se llamaba este pueblo, solo tenia año y medio de existencia. De repente se dividieron sus moradores en dos bandos y para vengar sus injurias abandonaron la poblacion y se escaparon al monte.

Rivero salió el 5 de diciembre del mismo año en busca de los Amarisanes del Airico y de los Masibarivenis, en compañía de tres Españoles y de algunos Achaguas que le servian de guias. Embarcóse en el Meta con mucha provision de víveres, telas, abalorios y espejos, y á los 3 dias entró por la boca del Manacacía que desemboca en él con abundantes y atropelladas aguas encajonadas por largo trecho entre altas montañas. A los 4 dias amarraron las canoas en una ensenada, saltaron á tierra y escondieron entre las matas las provisiones

que calcularon necesarias para la vuelta; no por temor de los viajeros, que allí no los había, sino de las fieras. Con la carga á cuestas tomaron el camino coronando los altos cerros que forman las riberas del Manacacía. Por enmedio de riscos y desfiladeros trepaban á las puntas do los cerros, tratando de descubrir alguna poblacion ó algun copo de humo que indicase vivienda humana: pero en vano descendian á los valles formados de pajonales y pantanos, en vano subian á cerros inaccesibles. El quinto dia declaró un guia Achagua que no sabia donde estaba y los otros guardaron silencio. Seguir y retroceder era igualmente aventurado: una naturaleza totalmente solitaria y salvaje los rodeaba y los abromaba. Rivero en aquel trance animó á los indios, que continuando el viaje atravesaron un prado en que hallaron huellas recientes, tal vez de Chiricoas mas no por eso poco consoladoras. Continuaron su rumbo hácia el nordeste única seña que traian, despues de algunos dias esguazaron el rio Tebiare. En sus orillas encontraron huellas humanas y al dia si-

guiente una poblacion incendiada. No podia estar léjos la nueva, supuesto que los indios acostumbraban mudar de sitio frecuentemente pero á no muy larga distancia. Siguieron caminando á ciegas por el valle formados en alas, y á poco rato vino la esperanza á animarlos: un nubecilla de humo lejana les anunció que tenian cerca alguna aldea. Algunos Achaguas se adelantaron á reconocer el terreno; los demas se quedaron descansando en la falda de un montecillo. Cuando cerró la noche la melancolía se apoderó de sus corazones; pero bien pronto oyeron voces y recibieron á cuatro Masibarivenis, enviados por los Achaguas exploradores que los excitaban á continuar hácia el pueblo. Legaron al dia siguiente y el amable y cortés cacique Macubara salió de gala y acompañado de 150 personas á recibir á sus huéspedes. No léjos de aquel sitio se encontraban los ranchos de los suspirados Amarisanos, entre los cuales se halló Rivero el 31 de diciembre despues de 24 dias de viaje por el desierto.

Camuibay, cacique tirano y soberbio, sabiendo

que los huéspedes iban de paz los recibió con agrado y de una manera ostentosa. Traia su morrion de plumas, vestia una camiseta colorada y manejaba una escopeta, aunque se excusó por no hacer la salva á causa de no tener pólvora. Despues se celebró la siguiente ceremonia de recepcion que llaman *Minaí*. Entraron los huéspedes y despues los indios, que poniéndose en cuclillas los saludaron diciendo: *Nude* es decir *Primos*, á lo que se contesta *Chá*, que quiere decir *Pues*. En seguida se sirvió profusamente de beber y por último un indio les dió la bienvenida con tantos circunloquios y repeticiones que duró hablando mas de una hora. Era costumbre que el perorador tuviese el arco y las flechas en la mano izquierda, los ojos bajos y la cabeza apoyada en la diestra.

El cacique se negó con aspereza á la proposicion que le hizo Rivero de seguirle y abrazar el evangelio: los conquistadores habian dejado tantos recuerdos de horror en aquellas tribus! Solo se consiguió que revelara la existencia de otro cacique de quien él dependia y cuyo ejemplo pensaba

seguir. Rivero partió á su residencia, que solo distaba un dia pasando el Guabiare. Pero antes de esto envió emisarios que anunciasen su próxima llegada de paz, y fueron tan bien recibidos que inmediatamente vinieron otros de la poblacion trayendo canoas y refresco para la comitiva. Enijure, que así se llamaba el cacique, era de condicion apacible. Conocia los pueblos reducidos, y habia sido bautizado por el P. Neira. Habia fugado de las reducciones porque quería vivir con varias mujeres, lo que no podian permitirle los misioneros: pero no conservaba rencor contra ellos, pues sabia que no se ocupaban de su gobierno, sino de su bien espiritual y de su progreso en todo sentido. Recibió pues al Padre con el mayor cariño y celebró un suntuoso Minal en su casa, que era muy grande, redonda, con paredes de tierra, y con media naranja, á imitacion de lo que el indio habia visto en las iglesias católicas. Despues condujo al Padre á otra casa que le tenia prevenida y mandó á sus vasallos que lo agasajasen. Los indios le llevaron tanto de beber que habiendo ha-

bido por la noche un incendio en las cercanías á falta de agua lo apagaron con licor.

El indio, ya viejo, y con las pasiones ménos ardientes prometió que al año siguiente iria al Santo Régis y envió á un sobrino suyo con otros 25 indios para que fuesen preparando sementeras en el sitio á donde todos debian trasladarse.

Con esta promesa y la que en seguida obtuvo de Camuibay, empezó Rivero el viaje de regreso. Llegaron al rio Manacasía. Una partida de Chircoas habia dado con los víveres escondidos entre las matas y se los habia llevado como tambien los canoas, de las cuales solo habian dejado una creyéndola tal vez inservible. En esta pasó á la otra orilla toda la comitiva para seguir caminando á pié mientras unos pocos siguieron en la canoa á pedir auxilios en San Régis. Los demas llegaron el 10 de febrero de 1726, despues de dos meses y cinco dias de viaje.

No habiendo cumplido los indios del Guaviare, su palabra fué á buscarlos Rivero acompañado del

capitan Zorrilla, de 8 soldados y de algunos indios flecheros. El 4 de diciembre se embarcaron en las bocas del Guanapalo para entrar al Meta y á la vista misma de la poblacion se volcó la canoa, y víveres y gente todo se fué á la agua. Los indios que estaban en la ribera á pesar de ser tan buenos nadadores se quedaron inmóbiles y el ilustre jesúita habria perecido si el superior de las misiones que habia ido á acompañarlo hasta la orilla del rio no los hubiese obligado á socorrer á los náufragos. Quiso la fortuna que nadie pereciese y renovados los víveres se dió principio al viaje, que hicieron casi todo por tierra, deseosos de evitar el paso del Manacasía. Atravesaron el inmenso Airico, de donde habian huido todos los indios. Solo á la otra banda del Vichada, divisaron unos bohíos y creyendo que fuesen Chiricoas se acercaron á ellos; pero solo hallaron unos leones que huyeron al monte sin hacerles daño. A los 21 dias llegaron al pueblo de Chamuibai, cuyo cacique se llenó de espanto al ver soldados; bien que el Padre le hizo algunos regalos y lo tranquilizó manifestándole

que la escolta únicamente le servia contra los vagabundos Chiricoas.

No mucho tiempo despues regresó Rivero con el cacique Inijure, que ya se llamaba don Pedro y con 300 indios. Casi todos estos se escaparon con Camuibai en el tránsito. Los demas llegaron muy fatigados á las cercanías del Meta en donde hallaron víveres, abalorios y lienzos que les enviaban los de San Régis. Para fundarles poblacion se escogió una fértil y hermosa llanura entre el Meta y el Guanapalo. En 1728 trasladó Rivero á dos leguas de distancia el pueblo de San Régis con calles en que se ordenaron casas como las de Santafé y con una iglesia de hermosa techumbre formada á mejor dicha tejida de ciertas hojas que los indios saben secar y pintar de colores. Ayudó mucho á la construccion de la iglesia y de las casas un carpintero de Sevilla que llegó al Nuevo Reino, creyendo hallar el oro por el suelo, y desengañado de todo se volvió á Dios y se hizo jesúita.

Los buenos Salinas, en favor de quienes se habian hecho tantos esfuerzos en numero de 80 man-

dados por dos hermanos de Chepe Tabarte se presentaron al pueblo de San Régis donde gobernaba aquel indio por nombramiento del rey. Venian pintados con la cabeza adornada de lujosos plumajes, medias lunas de plata en el pecho y al hombro sus escopetas que manejaban muy bien. Traian ademas provision de herramientas y útiles de cocina de fábrica española. Estos laboriosos y cultos indios tuvieron en breve abundancia de ropas, copiosas sementeras y un famoso hato que pastoreaban muy bien, pues eran diestrísimos ginetes. Tanto progresaron aquellas reducciones que habia en 1728 5,000 cristianos y 500 catecúmenos. Chepe Tabarte que tanto habia contribuido al engrandecimiento de las reducciones propusó que se enviase una comision para que fuese á traer á los demas Sálivas.

El P. Manuel Roman, que escribió despues la Historia del Orinoco, fué señalado para esta empresa y fundó á dos leguas de San Régis la poblacion de San Miguel de los Salinas, con 70 pobladores. Posteriormente fueron llegando otros, traidos de los montes por los misioneros y por los indios cris-

tianos. El 16 de enero de 1731 cedió Rivero su puesto y se dirigió al rio Vichada, con buena provision de abalorios, acompañado de 8 soldados y un cabo que le sirviesen de escolta contra los feroces Caribes. Hizo un viaje penosísimo por tierra, se embarcó en el Moso, en el Vichada y en el Orinoco, á cuyas orillas encontró una poblacion de Sálivas que le recibieron muy bien y manifestaron deseos de hacerse cristianos; pero se negaron á salir de sus tierras, á pesar de las irrupciones de los Caribes. Tanto vale el rincon donde se meció nuestra cuna! cincuenta indios que quisieron acompañarle fueron el único fruto de este viaje de tres meses.

En noviembre del mismo año emprendió el P. Roman otra expedicion al Orinoco en compañía del cacique Yanique. Antes de llegar á Pauava se encontró con una partida de Caribes que se mostraron de paz, pero que atacaron al dia siguiente la poblacion, con ánimo según dijeron despues de comerse al Padre. Al acabar de decir misa se presentaron 100 Caribes armados y formados militarmente. El cacique se adelantó hácia el Padre con

la macana en la mano en ademan de presentársela. Los soldados que conocian la perfidia de aquella tribu perversa no le permitieron acercarse; visto lo cual, fueron tomando puesto los Caribes de modo que rodearon á los soldados y dieron la señal del combate con su acostumbrada griteria. El sargento español mató en el momento de un trabucazo al jefe y sus soldados mataron á otros, hirieron á muchos é inspiraron tal temor á los demas que huyeron dejando por botin mas de 400 pesos en hachas, cuchillos, tigeras y herramientas. Roman regresó solo y continuó doctrinando á sus feligreses de San Miguel hasta enero de 1732, en que realizó su tercera expedicion. En esta visitó á los Sálivas del Vichada, separados de los del Orinoco por sabanas inmensísimas. No pudo conseguir que los indios abandonasen su tierra; pero se mostraban tan dóciles y tan bien dispuestos para la vida civil, que fundó entre ellos cinco pueblos, dejándoles reglas para que se gobernasen y llevando á su residencia la esperanza de enviarles algun misionero. El deseo principal y constante de los misioneros se dirigia

al establecimiento de las misiones en el Orinoco. Así fué que habiendo sabido que el rey de España iba á enviar una fuerza para que limpiase el rio de la plaga de los Caribes, salieron los Padres Gumilla y Rotella en direccion á la Guayana el 10 de diciembre de 1721. Al llegar á aquel pais supieron que no habia venido aun el gobernador nombrado, pero que merced á las órdenes reales, los de Cumaná habian hecho cruda guerra á los Caribes y estaban en disposicion de dictarles una paz favorable. Gumilla se dirigió á la isla de Trinidad, creyendo hallar allí al gobernador, lo que no tuvo efecto.

En 1732 se dirigieron ambos operarios á la nacion de los Guaiquiries. « Llegué repentinamente, dice Gumilla, con mis compañeros la primera vez á su pueblo, mal formado de chozas pagizas, á dos ó tres leguas del Orinoco, á la banda del sur, y salió aquel con toda su gente asustados unos y otros de la novedad : ellos de ver misioneros en su tierra, y nosotros de ver una sombra de República compuesta de 50 hom-

bres, que es el número de súbditos que tiene el tal cacique. Entramos en su triste casa, que pudiera servir de ejemplar á los mas penitentes monges de la Tebaida. No tenia mas ajuar que las pobres redes en que duermen en alto para librarse de las culebras y murciélagos y unos asientos de palo sólido y tosco que llaman en su lengua *tures*. Tomamos asiento y no hubo aquí Minai..... La primera cosa que me dijo el cacique no bien recobrado del susto fué esta : *Padre, si traes algo que comer, nos desayunaremos todos; porque no hay en todo el pueblo cosa que llevar á la boca.* En este y en otros semejantes pueblos quisiera yo que estuviesen siquiera un mes aquellos críticos especulativos que intentan macular con sus plumas, bien que en vano, las apostólicas tareas que la compañía de Jesus mi madre fomenta en las Américas. » Preguntándole el Padre porque eran tan pocos y tan pobres, contestó en lengua caribe? « *Tuaca patri, ana rote, Cariná acusinimbo,* que quiere decir no somos mas, Padre, y los que vivimos somos los que han querido los Caribes. »

Habia tambien otras dos causas para la diminucion de los indios ; el veneno con que se perseguian unos á otros y la frecuente costumbre que tenian las indias de matar á sus hijas hembras para libertarlas de la triste y laboriosa vida á que los hombres las tenian condenadas. Los misioneros fundaron allí el pueblo de la Concepcion, que quedó constituido plaza de armas y presidio. Quedóse en él Rotella, y Gumilla siguió á la tierra de los Mapoyes, á quienes reunió en el pueblo de San José. Continuó al occidente y fundó con los Sálivas el pueblo de Nuestra Señora de los Angeles. Siguió rio arriba el Orinoco y fundó la poblacion de Santa Teresa de Tabage. Como estuviese próximo el invierno, y tuviese resuelto convertir la tribu Otomaca de la cual se conocian 35 capitanías, regresó á la Concepcion que habia adelantado grandemente á impulsos del P. Rotella. Todas estas poblaciones, en que con tanto celo trabajaron los sacerdotes católicos estaban perseguidas, esclavizadas y desoladas, como ya hemos dicho por los feroces Caribes. Los Holandeses estabie-

cidos en la Guayana y los Indios esparcidos en las Antillas Menores, les compraban indios para emplearlos en el laboreo de sus tierras y les enseñaron el uso de las armas de fuego. No contentos con esto algunos franceses y holandeses tomaban la direccion de las piraguas, y medio desnudos, pintados y adornados de plumas venian á asolar las poblaciones recien formadas en torno de la Cruz. Testigo de esto son la destruccion de muchas tribus, como tambien el martirio del obispo La Madrid y sus dos diáconos y del santo capuchino Andres López. Para que se vea cuanta culpa tenian los europeos en estos horrores, citaremos algunas líneas del P. Antonio Julian, que escribió un libro entero sobre la materia. « Del Rionegro, dice, venian aposta los portugueses al Orinoco á llevarse esclavos á los indios de varias naciones. Comenzaban la tiránica presa de indios por las orillas del Casiquiare, que es el brazo famoso en nuestros dias, por el cual el Orinoco se comunica con el Marañon y por ser brazo del Orinoco pertenecia ya al rey de España. » En este último

rio sejuntaban con sus amigos y servidores los indios Guaipunabis, que los ayudaban en su infame tráfico. La ley de Portugal reconocia como legítima la esclavitud de los indios y tenia establecida una casa real para el registro jurídico del número y calidad de los pobres indios transportados. Mas generoso y cristiano, el gobierno español mandaba en la ley 1ª libro 6º titulo 2º, que no sea hecho esclavo, ni tratado como esclavo indio alguno de sus reales dominios aunque fuese pillado de otros indios gentiles en guerra justa. La casa de contratacion, á donde se llevaban los esclavos del Rionegro, del Casiquiare y del Orinoco estaba en el Gran Pará, capital del Marañon. El Padre misionero que residia en el Arrayal, era el inspector nombrado para declarar que indios habian sido cogidos en justa guerra, mision que tal vez aceptaban para evitar mayores injusticias. A 5,000 llegaban los esclavos que se hacian anualmente. Hubo vez que un portugués se fingiese sacerdote, llegase á fundar una gran poblacion, y enmedio de una gran festividad religiosa,

los declarase presos y los mandase transportar con lazos y esposas para venderlos en el Gran Pará. Que crímen tan grande habia cometido aquella inocente raza, que tan cruelmente se veia perseguida y humillada, no solo por los salvajes Caribes, sino tambien por los europeos ! El siguiente rasgo pinta el caracter de los Caribes. Estando uno de ellos ya sometido al P. Gumilla le dijo un dia humildemente, « Vengo, padre mio, á pedir licencia para ir por ese mundo á matar gente. » A las exortaciones del padre contestó : « Padre mio, yo he de matar hombres, que para eso nacimos; yo soy valiente y me gusta la carne, y así con gran humildad pido la licencia. Me la has de dar; porque has de sentar de fijo que yo he de matar gente y comer su carne. » Desceando el padre hablarle segun su ignorancia le dijo : « Pues yo te mando que no mates á ningun Guaiquirí, ni Mapoye, Otomaco ni Sáliva. » Entónces contestó el indio ; « Pues bien está Padre me voy á matar Chiricoas é Iraruros ! » Y se despidió.

Los únicos que hacian frente á los Caribes y

les inspiraron temor fueron los indios Caberres. Tenian estos en las cimas de los montes cercanos al Orinoco constantemente centinelas de vista que atalayaban las piraguas de los Caribes. Daban aviso en sus cajas de guerra formadas de inmensos troncos ahuecados por medio del agua y del fuego, é inmediatamente venian todos los hombres de guerra resueltos á triunfar ó morir. Fué gran fortuna ó mejor dicho disposicion providencial que enamorándose los Caribes de las armas de fuego, aun cuando no las sabian manejar olvidasen sus flechas envenenadas que con tan admirable destreza dirigian. Poseian entre otros el veneno Curare, sacado de unas plantas acuáticas y trabajado por los indios Guaiquiries, que lo vendian á las demas tribus. Este veneno es completamente inofensivo mientras no toque la sangre viva y no solo es alimento sano el animal muerto á su impulso, sino que los indios metian sus flechas envenenadas con él en la boca para hacerlo mas activo con la humedad y lo tragaban sin que les hiciere daño : pero al tocar la

mas leve herida, la muerte es instantánea. Con esta arma pudieron quedar destruidas en breve las reducciones católicas aunque ejércitos enteros hubiesen ido á sostenerlas : pero Dios que quería dejar allí sembrada la semilla evangélica, no les permitió conocer el elemento de destruccion que tenian en su mano.

Nada de esto contenia el celo ardiente de los Jesúitas. Víctimas de él, murieron los PP. Juan Capuel, Ernesto Esteigmiller, Agustin de Salazar y Andrés de Nizaus. En 1738 entraron los PP. Roque Lubian y Francisco del Olmo con varios otros que permanecieron allí hasta que fueron arrancados por el gobierno español de sus queridas misiones. En aquel mismo año el capitan D. Francisco Sanabria con 20 soldados construyó el fuerte de San Javier, en el cual los Sálivas y los Guamos del pueblo de San Ignacio pelearon valerosamente y desbarataron á los Caribes que dejaron en el campo á su terrible jefe Mayurucari.

Así describe Gumilla el fuerte de San Javier que con la casa fuerte de enfrente cerraba totalmente

el paso al enemigo : « Es una peña de mas de 6 millas de circuito y toda es de una pieza sin añadidura alguna, tambien está coronada de arboleda silvestre : tiene difícil y única subida, y ha de ser á pié descalzo por su parte oriental : desde su cumbre hasta dar en el espacioso plan (que á modo de balcon ofrece al rio) medimos de altura perpendicular ciento veinte y seis brazadas ; el plan, que tiene cuarenta pasos de ancho, y mas de ochenta de largo, dista de la lengua del agua catorce varas perpendiculares ; en este balcon ó plan, que ofrece la disforme peña, formaron los misioneros una fuerza con tres baterias, cuarteles y casas para una parcialidad de indios Sálivas, que se han agregado á dicha fuerza. Esta fué mas dirigida de la urgente necesidad, que del arte, y fabricada por mano de los mismos Padres Misioneros, soldados é indios contra las contínuas invasiones de los bárbaros Caribes. Es totalmente invencible porque no da subida sino para ir de uno en uno y ayudándose de piés y manos para no caer ni puede ser asaltada á la fuerza por otra parte. El rio todo cuanto él es se estrella con

este tremendo peñasco que se llama en aquella lengua *Marumaruta* y oprimido de otras peñas y arrecifes del otro lado, se estrecha todo aquel gran cauce de Orinoco á solo un tiro de fusil, con tales remolinos y precipitadas corrientes que dá paso muy árduo á los navegantes. »

Al pié de la peña entra el rio Paruasi que baja de la serranía del Sur y en sus vegas se fundó de nuevo la mission de San José de Mapoyes.

La colonia de Santa Teresa de Jesus de los Sálivas quedaba á cuatro leguas del furioso raudal de Carichana.

No debemos olvidar entre los ilustres misioneros de aquel tiempo al P. José María Cervilini y Agustin de la Vega que dirigian los pueblos fundados por Roman; al P. Francisco del Olmo que escribió la Gramática y el Diccionario de la lengua Sarura; al P. Pedro de Ortega que vivió 30 años recogiendo Tunebos, Eles y Airicos; al P. Martin Niño, natural de Tunja, que vivió 40 años con los Tunebos, de los cuales dejó interesantes escritos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TABLA

Poissy. — Imprenta de S. LEJAY et Cia.


3 2044 024 419 053



